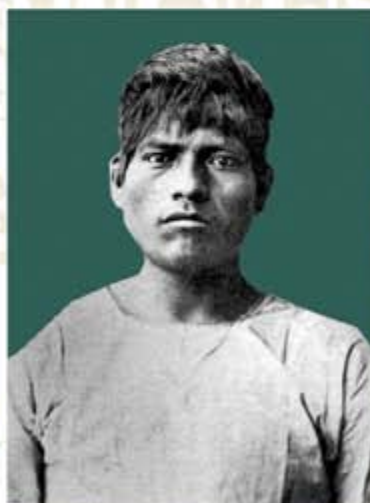
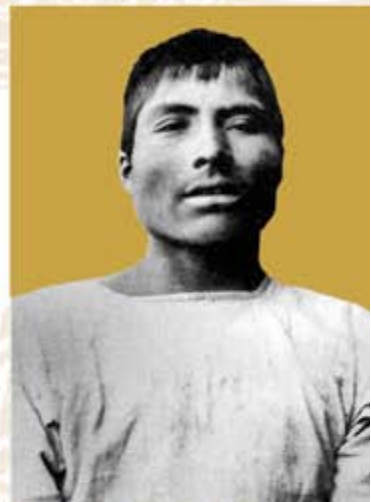


diario de campo 1

TERCERA ÉPOCA | ENERO-MARZO DE 2014



XV ANIVERSARIO

Diario
DE CAMPO

COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA / INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
75 ANIVERSARIO

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Rafael Tovar y de Teresa

PRESIDENTE

Instituto Nacional de Antropología e Historia

María Teresa Franco

DIRECTORA GENERAL

César Moheno

SECRETARIO TÉCNICO

José Francisco Lujano Torres

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Diego Prieto Hernández

COORDINADOR NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Leticia Perlasca Núñez

COORDINADORA NACIONAL DE DIFUSIÓN

Benigno Casas

SUBDIRECTOR DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS, CND

IMAGEN DE PORTADA

Varia Visual Creativos, con base en imágenes reproducidas en *Diario de Campo*, primera época.

Las viñetas que ilustran este número son de Gabriel Fernández Ledesma y Francisco Moreno Capdevila, y fueron tomadas de Celedonio Serrano Martínez, *El coyote. Corrido de la Revolución*, México, SEP, 1959.

Diario de Campo

Tercera época, año 1, núm. 1, enero-marzo de 2014

DIRECTOR

Diego Prieto Hernández

CONSEJO EDITORIAL

Saúl Morales

José Antonio Pompa

Alfonso Barquín

Cuauhtémoc Velasco

Citlali Quecha

Marco Antonio Rodríguez

EDITOR

José Luis Martínez Maldonado

ASISTENTES DE EDICIÓN

Óscar de Pablo

Sergio Ramírez Caloca

DISEÑO Y CUIDADO EDITORIAL

Raccorta

CORRECCIÓN

Héctor Siever y Arcelia Rayón

COMUNICACIÓN VISUAL

Paola Ascencio

APOYO SECRETARIAL

Alejandra Turcio

Elizabeth Aguilar Segura

ENVÍO A ZONA METROPOLITANA Y ESTADOS

Marco A. Campos, Fidencio Castro, Juan Cabrera, Concepción Corona, Omar González, Graciela Moncada y Gilberto Pérez, personal de la Coordinación Nacional de Antropología

Diario de Campo, tercera época, año 1, núm. 1, enero-marzo de 2014, es una publicación trimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Córdoba 45, Col. Roma, C.P. 06700, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de derechos al uso exclusivo: en trámite; ISSN: en trámite. Licitud de título: en trámite; licitud de contenido: en trámite, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Domicilio de la publicación: Insurgentes Sur 421, séptimo piso, Col. Hipódromo, C.P. 06100, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Imprenta: Jaime Torres Marina, Aragón núm. 34, Col. Álamos, C.P. 03400, México, D.F. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH, Insurgentes Sur 421, séptimo piso, Col. Hipódromo, C.P. 06100, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Este número se terminó de imprimir el 30 de mayo de 2014, con un tiraje de 2 000 ejemplares.

presentación 2

recuento

Proyecto “Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio” 4
Citlalli Quecha Reyna / Karla Peniche Romero

A tres décadas de la muerte de Posada: estudio de un catálogo 9
Denise Hellion

entóques

Ciento cuatro años de antropología mexicana 16
Luis Vázquez León

Las antropologías mexicanas y el multiculturalismo 25
Francisco Javier Guerrero

catálogos

Diario de Campo: una revista para hacer comunidad. Conversación con Gloria Artís 30
Óscar de Pablo

precursores

In memoriam 34

Presentación 38

A la sombra del árbol pionero 39
Antonio García de León

El 68 no es un recuerdo 45
Margarita Nolasco

animágenes

XV aniversario de *Diario de Campo* 50

reseñas, comentarios

Lourdes Báez Cubero, Gabriela Garret Ríos, David Pérez González, Beatriz Moreno Alcántara, Ulises Julio Fierro Alonso y Milton Gabriel Hernández García (coords.), *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico*, México, Gobierno del Estado de Hidalgo/INAH, 2012 71
Ana María Salazar Peralta

Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*, México, CIESAS/UAM/UIA, 2012 73
Gabriela Iturralde Nieto

Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*, México, CIESAS/UAM/UIA, 2012 75
María Camila Díaz Casas

Gilberto López Castillo, Cuauhtémoc Velasco Ávila y Modesto Aguilar Alvarado (coords.), *Etnohistoria del ámbito posmisional en México: de las reformas borbónicas a la Revolución*, México, INAH (Historia, Logos), 2013 80
Gilda Cubillo Moreno

pregones

El INAH en el *Hay Festival*, Cartagena, Colombia 85

Novedades editoriales 86

Diplomados, cursos, seminarios, redes sociales y acervos bibliográficos

Con el presente número de *Diario de Campo* iniciamos una nueva época de este boletín periódico de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, dedicado a fomentar la comunicación y el intercambio de ideas entre los investigadores y profesionistas que, desde este instituto y otros frentes académicos, nos dedicamos al estudio, divulgación y salvaguarda de la memoria, el patrimonio y la diversidad cultural de México.

El inicio de esta época de *Diario de Campo* coincide con la conmemoración de los 75 años de vida del INAH, institución que fue creada en el momento culminante de las grandes reformas sociales a las que dio lugar la Revolución mexicana, con el encargo de otorgar identidad, sentido y reconocimiento a la nación que emergía de las grandes gestas históricas signadas por ese movimiento, así como la Independencia y la Reforma, y que reclamaba su lugar en el horizonte de la contemporaneidad. Un cuarto de siglo después, el discurso histórico y simbólico que el INAH se encargó de perfilar encontró su materialización escenográfica en el Museo Nacional de Antropología, en Chapultepec; uno de los grandes orgullos del México del siglo xx y que este año celebra su cincuentenario.

Apenas cumplía el INAH su primer medio siglo cuando el ámbito de su quehacer cambiaría de manera sensible. El bloque soviético se derrumbaba, la Guerra Fría llegaba a su fin, el proyecto de la Revolución acusaba un tremendo desgaste, los discursos de la igualdad, la justicia social y el Estado de bienestar perdían prestigio en el mundo occidental, al tiempo que se fortalecían las perspectivas neoliberales, con sus ideas del Estado mínimo, el beneficio individual y la idolatría del mercado. Por otra parte, el empeño en construir una nación culturalmente homogénea se topó con la creciente y multiforme resistencia indígena, que obligó a reconocer, en la propia Constitución, la composición pluricultural de la nación mexicana, “sustentada originalmente en sus pueblos indígenas”.



Desde entonces ya no se trataba para el INAH de coadyuvar en la construcción de “la” identidad de la nación, sino de contribuir a documentar, esclarecer y ponderar sus múltiples identidades al acreditar la diversidad de las culturas, las lenguas y las historias de México. Esto modificó el papel y la relación del INAH con el Estado, la sociedad y los muchos Méxicos que somos. Por eso en 1999 la Coordinación Nacional de Antropología se planteó emprender un amplio proyecto nacional de “Etnografía de las regiones indígenas de México”, el cual tiene ya 15 años de vida y ha dado lugar a un sinnúmero de obras científicas, monográficas y de divulgación.

Para los estudiosos de la antropología y la historia, las conmemoraciones que ahora celebra el INAH representan, más allá de las efemérides, el reconocimiento del enorme legado intelectual producido por el instituto en estos 75 años de investigación de las realidades nacionales, en sus dimensiones diacrónica y sincrónica. Tres cuartos de siglo de trabajo sistemático, de pensamiento crítico, de discusión fraternal y de trabajo colectivo. Se trata de un momento en especial propicio para repensar el rumbo y contenidos de una publicación como esta, dedicada al trabajo antropológico. *Diario de Campo* inició su aparición en 1998, bajo la dirección de Gloria Artís, como un boletín interno dedicado a fomentar la vinculación entre los investigadores del INAH. Por su propia naturaleza, la comunicación entre académicos fue reclamando un intercambio de ideas cada vez más intenso y de mayor aliento, que incluía la publicación de artículos científicos. En 2010 la revista comenzó una segunda época, en la que se uniformó su apariencia, se fortaleció el carácter temático de cada número y se otorgó un mayor énfasis a la divulgación.

Además de dar a la revista un nuevo formato, hemos procurado proveerla de una mayor diversidad, flexibilidad y frescura, mediante la incorporación de diversas secciones en pos de un equilibrio, con un número limitado de artículos científicos, por necesidad breves, así como un abanico de plataformas para generar comentarios, reseñas, entrevistas, semblanzas y exposición de avances y hallazgos de investigación. Por otra parte, para el segundo semestre de 2014 planteamos acortar la periodicidad del boletín y hacerlo bimestral.

Obligados a mirar cada fenómeno en su dimensión histórica, consideramos que el mejor modo de iniciar esta nueva época es un número dedicado a examinar qué ha sido de la antropología mexicana en las últimas décadas: después de todo, los antropólogos somos también sujetos y campo de estudio de la antropología. Desde esta perspectiva, hicimos de este primer número un espejo que nos muestra quiénes somos y cómo hemos sido. Por eso introducimos la sección *Precursores*, con el objetivo de difundir trabajos y semblanzas de los grandes personajes académicos del INAH, vivos y muertos, cuya labor es ineludible y un clásico para la comprensión del desarrollo de la antropología y la historia en nuestro país. En este número incluimos un artículo de Margarita Nolasco sobre el 68 y otro de Antonio García de León sobre Gonzalo Aguirre Beltrán.

A fin de contribuir con el recuento de nuestra historia, varias de las secciones del boletín se dedican ahora al examen retrospectivo de *Diario de Campo*. Así, en esta ocasión la sección *En imágenes* reúne algunas portadas de la revista, además de que en *Diálogos* ofrecemos una conversación con Gloria Artís sobre la fundación y desarrollo de esta publicación.

En esta nueva época esperamos ofrecer a los investigadores del INAH una publicación que sientan y hagan suya, de modo que contribuya a cohesionarnos como comunidad en el plano humano y de las ideas. En todo caso, agradecemos al lector por darnos la oportunidad de intentarlo.

Diego Prieto Hernández
Coordinador Nacional de Antropología
Director de *Diario de Campo*

Proyecto “Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio”

Citlali Quecha Reyna* / Karla Peniche Romero**

Presentación

Las últimas décadas del siglo xx fueron de suma importancia para los pueblos indígenas. Articulados en un gran movimiento social con expresiones locales, nacionales y regionales, estos pueblos originarios se visualizaron como un sujeto colectivo que enarboló reivindicaciones étnicas y culturales para construir nuevas formas de convivencia mediante políticas institucionales inclusivas para y con la diversidad cultural. En este contexto, las ciencias sociales en general experimentaron cambios paradigmáticos que buscaban crear conceptos y metodologías acordes con los nuevos tiempos, en los cuales las transformaciones económicas, políticas y tecnológicas eran constantes. Comenzó entonces un auge de estudios interdisciplinarios con miras a construir perspectivas integrales de análisis. La ciencia antropológica no estaba exenta de participar en este festín académico. Ese entrecruce de perspectivas generó la necesidad de una reflexión en torno a la etnografía, otrora método exclusivo de la antropología.

Una de las tareas centrales de la Coordinación Nacional de Antropología (CNAN) del INAH es el diseño de políticas en materia de investigación. Ante una coyuntura histórica tan particular como la mencionada, era necesario plantear una reflexión sobre el quehacer etnográfico y la realidad cambiante de los pueblos indígenas, de modo que en 1999 nació el proyecto “Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio”, puesto en marcha por etnólogos, antropólogos sociales, etnohistoriadores y lingüistas, todos ellos investigadores de 14 centros de trabajo del INAH de distintas regiones del país, con el impulso y el apoyo operativo de la CNAN.

Los ejes que lo estructuran son los siguientes:

- Recuperar la tradición de los estudios etnográficos en el INAH y promover el desarrollo de nuevas perspectivas multidisciplinarias en la investigación.
- Integrar un cuerpo de conocimientos etnográficos sobre la diversidad étnica, lingüística y cultural que conforma el país.
- Difundir el conocimiento emanado de los procesos de investigación para documentar a las instituciones, los organismos internacionales y a la población en general sobre la composición pluricultural de México.

Como se observa, el tema central de esos ejes se fundamenta en el tópico de la diversidad, el cual fue otro de los conceptos importantes debatidos cuando se inició este gran proyecto de

* Directora de Fomento a la Investigación de la Coordinación Nacional de Antropología, INAH (citlali_quecha@inah.gob.mx)

** Subdirectora de Apoyo a la Investigación de la Coordinación Nacional de Antropología, INAH (karla_peniche@inah.gob.mx)

investigación. Alrededor de la diversidad se realizaron cambios de distinta índole en el mundo. En América Latina las principales transformaciones ocurrieron en los marcos legislativos nacionales, donde se asentó el reconocimiento de la pluriculturalidad de los Estados y a su vez posibilitó la emisión de una serie de políticas públicas *ad hoc*, sobre todo para los pueblos indígenas, pero también para otras “minorías nacionales” y poblaciones afrodescendientes.

Las luchas de los pueblos por el reconocimiento a la diversidad y, de manera inherente, la defensa de la etnicidad tenían como telón de fondo la construcción de un nuevo federalismo, respetuoso e incluyente de las diferencias. Amén de los cambios legislativos, notamos una eclosión de movimientos etnopolíticos que enarbolaban varias banderas y causas, si bien delinearon un cambio importante en la construcción de la acción colectiva y política en nuestro país. Esta situación exigía también, de parte de los antropólogos, nuevas formas de hacer y pensar en el proceso de la producción científica. Con esta preocupación se desarrollaron los objetivos que constituyen los principios rectores de la dinámica de trabajo del proyecto, enunciados a continuación:

- Documentar la riqueza y vitalidad de la diversidad cultural en México, y comprender la dinámica y formación de regiones interétnicas en territorio nacional.
- Ampliar, profundizar y actualizar el conocimiento etnográfico de los pueblos indígenas de México a partir de estudios regionales y de comunidad, elaborados bajo líneas de investigación establecidas en forma previa.
- Contribuir al desarrollo de la teoría antropológica mediante estudios etnográficos regionales a profundidad y el replanteamiento de la etnografía.
- Canalizar hacia obras comunes los intereses académicos y las búsquedas de los investigadores del INAH en relación con los pueblos y regiones indígenas de México.
- Formar una nueva generación de especialistas en los estudios etnográficos a partir de su incorporación al proyecto, la elaboración de tesis y la realización de estudios de posgrado.
- Difundir los conocimientos y conclusiones del proyecto en el ámbito científico y proporcionar información a las instituciones responsables de diseñar y operar las políticas públicas dirigidas a atender a los pueblos indígenas.

- Sentar las bases de una nueva política de investigación en el INAH orientada a obtener resultados de amplio alcance en sus áreas de competencia, al alentar entre los investigadores la creación y el desarrollo de proyectos colectivos dirigidos al estudio de temas de interés nacional que no han sido lo suficientemente tratados.

- Propiciar una colaboración y diálogo académico permanentes entre los investigadores como sustento para la construcción del conocimiento científico de la diversidad humana y cultural, pretérita y presente, que el país requiere para su desarrollo.

Articulación de la investigación

La investigación en el proyecto sigue una línea temática específica, dirigida por coordinadores académicos con el objetivo de generar un proceso de búsqueda puntual, así como para proponer temas a debatir y pasos a seguir. Las líneas temáticas constituyen una guía que orienta el proceso de indagación, que a su vez permite conocer una multiplicidad de aristas en torno a procesos sociales concretos, de tal suerte que el método comparativo ha estado presente en forma permanente. No sólo se comparan las incidencias de un tema en regiones y comunidades distintas, sino también las perspectivas de análisis teórico, las cuales nos muestran un abanico de posibilidades para generar aproximaciones antropológicas novedosas de acuerdo con la realidad indígena actual.

El proyecto ha transitado por tres etapas de investigación. La primera, entre 1999 y 2005, integró cinco líneas temáticas: “Estructura social y organización comunitaria”, “Territorialidad, santuarios y ciclos de peregrinación”, “Relaciones interétnicas e identidad”, “Sistemas normativos, conflicto y alternativas religiosas” y “La migración indígena: causas, efectos y consecuencias”. En la primera fase se contó con 20 equipos regionales, en los que participaron 107 investigadores de tiempo completo del INAH e investigadores contratados, además de que incorporó a 58 becarios de licenciatura. Con esta estructura se estudió a 48 pueblos indígenas en 24 áreas de estudio.

La segunda etapa abarca el periodo comprendido entre 2005 y 2008. Entonces se desarrollaron tres líneas de investigación: “Procesos rituales”, “Cosmovisiones y mitologías” y “Chamanismo y nahualismo”. En este periodo participaron 18 equipos regionales, con un total de 93 investigadores de tiempo completo del INAH y contra-

tados, a los que se integraron 11 becarios de maestría, doctorado y licenciatura. Durante esta etapa se estudió a 54 pueblos indígenas en 21 áreas de estudio.

La tercera etapa, que se encuentra en marcha, comprende el periodo entre 2009 y 2014. La primera línea de investigación desarrollada es “Etnografía del patrimonio biocultural de los pueblos indígenas de México”, y mientras se redactan estas líneas se encuentra vigente la línea de “Pueblos indígenas y procesos socioambientales”. El objetivo de esta última es aproximarse y profundizar en el análisis de las formas de articulación de los pueblos indígenas con el entorno ambiental y sociopolítico de las regiones de que forman parte y llevan a cabo su vida social. El proyecto se integra por 14 equipos regionales, en los que participan cerca de 70 investigadores de tiempo completo del INAH y contratados. Durante esta etapa se estudia a 42 pueblos indígenas en 22 áreas de estudio.

En el desarrollo de las tres etapas destaca un objetivo fundamental: la formación de jóvenes investigadores como uno de los recursos más valiosos del proyecto, por lo que uno de sus aciertos es su carácter formativo. Los jóvenes que han participado en algunas de las líneas de investigación (algunos de ellos en todas) han acumulado una experiencia y grado de especialización altamente significativo. La dinámica de trabajo en las líneas de investigación implica una actualización constante que no sólo permite a los jóvenes poner en práctica la teoría en el momento de realizar su trabajo de campo, sino que también les posibilita conocer una multiplicidad de corrientes teóricas que se encuentran en el centro del debate antropológico.

En la primera fase del proyecto se otorgaron 70 becas del Conacyt (63 de licenciatura, cinco de maestría y dos de doctorado), con lo que se apoyó la formación de una nueva generación de especialistas en los campos de la etnología, la antropología social y la etnohistoria. A escala nacional el proyecto fue uno de los más exitosos en el rubro, pues 52 becarios obtuvieron el grado de licenciatura y seis más concluyeron sus estudios de posgrado. Además, 53 investigadores del proyecto obtuvieron su título de licenciatura, maestría o doctorado. La CNAN ha editado cuatro discos compactos que contienen las tesis de becarios e investigadores, con el objetivo de difundir los resultados del programa:

- *Programa de apoyo a la formación académica: tesis de antropología* (vol. I, 2004): reúne 19 tesis de licenciatura.

- *Programa de apoyo a la formación académica: tesis de antropología* (vol. II, 2007): reúne 20 tesis de licenciatura.

- *Tesis de licenciatura, maestría y doctorado* (vol. I, 2004): reúne 21 tesis.

- *Tesis de licenciatura, maestría y doctorado* (vol. II, 2007): reúne 20 tesis.

Actualización y debates

Una de las actividades que deben realizar los investigadores participantes en el proyecto consiste en asistir al Seminario Permanente de Etnografía Mexicana, que constituye el espacio de discusión académica de las líneas de investigación desarrolladas. Mediante este seminario se han generado diálogos importantes entre los investigadores del INAH y de otras instituciones, tanto nacionales como extranjeras.

Con las presentaciones que se llevan a cabo se analizan conceptos, estrategias metodológicas y reflexiones que brindan la oportunidad de conocer y debatir de manera crítica y propositiva las diferentes aproximaciones de la antropología a temas particulares, al analizar y ponderar asimismo la relación con el concepto de cultura, sociedad y estructura social.

Después de 10 líneas de investigación, el bagaje teórico y conceptual de los participantes ha sido variado. Los investigadores son especialistas en etnografía, con un conocimiento profundo en temas diversos y formas de aproximación.

Cabe mencionar que los seminarios se transmiten en línea a través de la dirección electrónica del proyecto (www.etnografia.inah.gob.mx), de modo que así tienen acceso estudiantes, colegas y el público interesado en los debates y las presentaciones realizados mes tras mes. Se cumple también así el objetivo de difundir la investigación por diversos medios, en este caso por internet.

Contamos con cuatro discos compactos de los cursos y talleres especializados impartidos en el contexto del seminario permanente:

- Doctor Jacques Galinier, “Campo del ritual, campo del sacrificio”.
- Doctor Carlo Severi, “Memoria ritual”.
- Doctora Danièle Déhouve, “El depósito ritual tlapaneco”.
- Doctora Roberte Hamayon, “Chamanismo siberiano y otros chamanismos contemporáneos”.

Entre los resultados derivados de la investigación colectiva del proyecto “Etnografía...” destaca un importante registro de imagen y video etnográfico, asociado con las investigaciones desarrolladas en las líneas temáticas. Estos acervos constituyen fuentes de información que a su vez han generado nuevos productos, como catálogos de fotografía, cápsulas, documentales y exposiciones fotográficas, los cuales asimismo son parte de nuevas fuentes de investigación.

Otras actividades académicas relevantes han sido los simposios y coloquios internacionales, donde se ha congregado a reconocidos especialistas en materia antropológica. En 15 años se han realizado los siguientes:

- La etnografía en México (simposio internacional).
- Otomíes de la Sierra Madre Oriental y grupos vecinos (primer coloquio).
- Las formas expresivas en México, Centroamérica y el suroeste de Estados Unidos: dinámicas de creación y transmisión (coloquio).
- Arte ritual amerindio (ciclo de conferencias).
- Las formas expresivas en México, Centroamérica y el suroeste de Estados Unidos: dinámicas de creación y transmisión. Reflexividad y espejos (seminarios I y II).
- Lévi-Strauss. Un siglo de reflexión (homenaje).
- Hacia una crítica de la etnografía en México. Homenaje a Margarita Nolasco (coloquio internacional a realizarse en octubre de 2014).

Estructura interna del proyecto

Es importante destacar la organización del proyecto. ¿Cómo hacer para coordinar a cerca de una centena de colegas distribuidos en varios estados de la República? Los integrantes de los equipos regionales de investigación cuentan con un coordinador; también figuran uno o más coordinadores de la línea temática en curso, y para los procesos de toma de decisión se conformó un Comité Académico (antes Consejo Académico), que es un órgano colegiado integrado por el coordinador nacional de Antropología, dos representantes de los coordinadores regionales, los coordinadores de la línea de investigación y un representante de la Dirección de Fomento a la Investigación de la CNAN. Otras de las funciones importantes del Comité Académico, cuyas sesiones de trabajo se realizan por lo menos una vez al mes, consiste en proponer los contenidos de las líneas de investigación y del Seminario Permanente de

Etnografía Mexicana. De igual forma asesora y da seguimiento a los trabajos desarrollados por los equipos de investigación, evalúa su desempeño académico, y propone los foros y reuniones a realizar.

Publicación de resultados de investigación

Los resultados de las líneas de investigación conforman la colección editorial “Etnografía de los pueblos indígenas de México”, que reúne hasta el momento 59 obras publicadas en las cinco series que la componen: Ensayos, Divulgación, Bibliografía, Debates y Estudios monográficos. De manera adicional a las publicaciones de la colección editorial, los investigadores han producido más de 500 artículos científicos y libros especializados, así como la publicación de 34 monografías en la serie “Pueblos indígenas del México contemporáneo”, editadas por la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI).

Logros y reconocimientos en el ámbito internacional

En 2003 el Conaculta presentó ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) la candidatura “La festividad indígena dedicada a los muertos en México. Obra maestra del patrimonio oral e intangible de la humanidad”. El expediente, elaborado a partir de una investigación colectiva, obtuvo la declaratoria y se publicó en 2005.

En 2009 el equipo regional de Querétaro, con el apoyo del gobierno estatal, logró el reconocimiento de la UNESCO de la cultura de los pueblos otomí-chichimecas, la Peña de Bernal y las 260 capillas familiares de Querétaro como patrimonio inmaterial de la humanidad, luego de la elaboración durante cuatro años del expediente correspondiente: “Lugares de memoria y tradiciones vivas de los pueblos otomí-chichimecas de Toluca. La Peña de Bernal, guardián de un territorio sagrado”.

En 2014 el proyecto ha sido reconocido por la Organización de Estados Americanos (OEA) como uno de los programas culturales dignos de incluirse en el portafolio “Cultura y desarrollo”. Gracias a este reconocimiento, a partir de marzo de 2014 aparece promovido en la sección “Cultura y turismo” de la página web de la OEA.

Aportaciones del proyecto

- Un amplio cuerpo de conocimientos sobre la diversidad étnica y cultural de la nación.

- Una nueva política de investigación en el INAH, basada en proyectos colectivos y de alcance nacional.
- Nuevos horizontes analíticos en el desarrollo de la teoría antropológica.
- Visión crítica del quehacer etnográfico y sus enfoques de análisis.
- Diálogo académico con investigadores del INAH y otras instituciones nacionales y extranjeras.
- Nuevos proyectos de investigación en las áreas de la etnografía y la antropología aplicada.
- Colección editorial científica con perfil propio.
- Red de antropólogos especializados en pueblos indígenas que asesora a instituciones dedicadas a la atención de los mismos.
- Programa permanente de divulgación científica sobre la diversidad cultural indígena.
- Nueva colección de documentales etnográficos.
- Intensa producción de artículos científicos y de divulgación, que hasta ahora alcanza más de 500 ya publicados.
- Ampliación de la trayectoria profesional de los investigadores.
- Doce ayudantes de investigación que han obtenido la titularidad en el instituto.
- Ochenta tesis de antropología sobre diversos tópicos del México indígena.

Retos a futuro

A 15 años de la puesta en marcha del proyecto todavía nos quedan desafíos importantes para seguir forjando una etnografía integral. Es necesario integrar el estudio de otras alteridades para comprender la diversidad cultural que nos distingue como país; generar un proceso de reflexión conjunta en torno al concepto de región; pensar sobre las distintas formas de hacer trabajo de campo en contextos de violencia, dadas las condiciones sociales y culturales que se viven hoy en México; integrar otras disciplinas antropológicas que dialoguen con la etnología y la antropología social, como lingüística, antropología física e historia, entre otras; debatir a profundidad sobre los alcances del aprendizaje de las lenguas indígenas para la realización del ejercicio etnográfico; preguntarnos por la pertinencia de realizar una etnografía multisituada, por citar algunos temas.

Festejamos una década y un lustro, periodo que exige un balance y asimismo nuevas formas de hacer e imaginar. Hemos realizado una apología de la etnografía por medio de la investigación colectiva desde el INAH, a modo de sentar las bases que nos permiten continuar trabajando con miras a enriquecer nuestra disciplina.



A tres décadas de la muerte de Posada: estudio de un catálogo

Denise Hellion*

Tenemos un gusto especial por conmemorar con énfasis los lustros y las décadas, tanto más cuando se trata de un siglo. En 2013 hubo dos centenarios marcados: el de la Decena Trágica y el del fallecimiento de José Guadalupe Posada (1852-1913).

Durante una revisión de los impresos conmemorativos en otras fechas encontré el catálogo *Posada. Printmaker to the Mexican People*, editado para la exposición que se montó en 1944 en The Art Institute of Chicago –tres décadas después de la muerte del artista–, el cual se encuentra en el acervo de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia del INAH. Aquella fue una muestra modificada de la que se exhibió el año anterior en el Palacio de Bellas Artes, y en ambas participaron como “responsables” –hoy diríamos “curadores”– Víctor M. Reyes y Fernando Gamboa. El primero era jefe de la sección de Artes Plásticas y el segundo, de mayor jerarquía, el director general de Educación Estética. En el organigrama burocrático estaban sobre ellos Roberto Montenegro, Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet, este último secretario de Educación Pública.¹ Por su parte, el Instituto de Chicago incorporó la lista completa de su equipo y el grupo mexicano debió pedir la inclusión en la lista de agradecimientos de aquellos que prestaron obra para la exhibición, lo cual permite identificar a los coleccionistas que aportaron las obras exhibidas y que se reprodujeron en catálogos.²

Además de la mirada a la complejidad de una exposición con obras dispersas en colecciones privadas y acervos públicos, la revisión del catálogo nos aproxima al trabajo del grabador, aunque también se puede convertir en un análisis sobre la recepción del artista en México y en Estados Unidos. Esto incluye el modo en que la institución pública dedicada al arte valoraba a Posada, como parte de un proceso que a la postre enarboló al artista como genio de la plástica nacional y nacionalista. En el primer aliento de interpretación a la figura del artista popular contribuyeron autores extranjeros —entre los de mayor repercusión se hallaban Jean Charlot y Frances Toor—, y si bien las publicaciones tuvieron trascendencia y aún hoy se pueden ver como referentes clásicos, el caso de las exposiciones ha tenido un tratamiento diferente en la historiografía, donde

* Profesora-investigadora, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH (denise_hellion@inah.gob.mx)

¹ Ellos fueron los funcionarios mencionados en el prefacio de Daniel Catton Rich. Pellicer ocupaba el cargo de director de Educación Artística, y Montenegro el de jefe del Departamento de Bellas Artes. A Gamboa se le menciona como el principal organizador de la muestra.

² La lista abría con los coleccionistas Blas y Arsacio Vanegas Arroyo, Germán List Arzubide, Manuel Álvarez Bravo, Armando de María y Campos, Alfonso Caso, Adrián Devars, Guillermo M. Echániz, Xavier Guerrero, Carlos Alvarado Lang, Gabriel Fernández Ledesma, Francisco Díaz de León, Luis Márquez, Alfonso Ortega Martínez, Leopoldo Méndez, José Chávez Morado, Tomás Chávez Morado, Francisco Orozco Muñoz, Pablo Neruda, Eduardo Noguera, Pablo O'Higgins, José Clemente Orozco, Gonzalo de la Paz Pérez, Lino Picaseño, León Plancarte, Julio Prieto y Everardo Ramírez. Además de las siguientes instituciones: Biblioteca de la Escuela Central de Artes Plásticas de la UNAM, INAH, Museo Nacional de Arqueología, Taller de la Gráfica Popular, así como un crédito particular a la empresa de Pérez Síllico hermanos, que proveyó las ampliaciones fotostáticas (Gamboa, Schniewind y Edwards, 1994: 7).

son muy poco referidas.³ Por ese motivo, una excursión a este catálogo aporta elementos para la historia de las exposiciones internacionales en nuestro país.⁴

En 1943 la exposición del Palacio de Bellas Artes contó con un folleto de sólo un pliego (16 páginas) con la lista de las obras y objetos expuestos, así como su ordenamiento en grupos temáticos o salas. El catálogo se titulaba *José Guadalupe Posada. La exposición de su obra del 7 de abril al 7 de junio en el Palacio de Bellas Artes*, editado por la SEP en aquel año. En hoja suelta se incluyó el grabado *Flora y Gil perseguidos por su contrario Luzbel*, impreso de la placa original e integrado a la muestra de último momento, de ahí que se decidiera un tiraje especial para acompañar al catálogo. Para Chicago, en cambio, The Art Institute editó un catálogo de 128 páginas, con portada en cartulina, cuya textura señalaba su carácter artesanal y donde se reprodujo a *La Catrina*. En las guardas, también en cartulina, se reprodujeron dos grabados que no se repitieron en los interiores. El tamaño era de 25.5 por 19 centímetros, menor a las ediciones actuales de los catálogos para exposiciones artísticas.

En el prefacio, escrito por Daniel Catton Rich, director de Bellas Artes del Art Institute, se menciona que la muestra fue producto del intercambio, pues una selección de carteles y litografías de Henri de Toulouse-Lautrec viajó a la ciudad de México en 1945. Es probable que ésta fuera la primera firma para un intercambio entre instituciones culturales latinoamericanas y estadounidenses, por lo que la cortesía obligó a reconocer a los funcionarios involucrados, en especial a Gamboa, que se desempeñó como comisario, autor del texto sobre Posada en el catálogo y “apoyo en la instalación de los impresos” (Gamboa, Schniewind y Edwards, 1944: 5).

A diferencia del texto redactado para la muestra nacional, para el de Chicago Gamboa consideró imprescindible ofrecer una sucinta y reveladora revisión del contexto histórico mexicano. Por ejemplo, así quedó asentada la apretada síntesis del porfiriato y la valoración política del grabador: “El país se volvió hacia la Europa feudal en sus ideales políticos y sociales, ne-

gando todo lo mexicano. El clero recuperó su poder y prosperó extremadamente a pesar de las Leyes de Reforma, las cuales nunca fueron anuladas. El pueblo expresó su protesta a través de periódicos satíricos, volantes y manifestaciones públicas” (*ibidem*: 10).

Así surgió Posada como parte del movimiento político opositor, en una acción cuya arma fue el grabado reproducido en hojas volantes, cuadernillos y la prensa periódica. Un artista que representó una “fértil influencia al alma de su amado país”, con lo que se le estableció como partícipe de la Revolución que entonces se afianzaba como gobierno. Frente al porfiriato, se mencionó con rapidez la Revolución iniciada por Francisco I. Madero, el gobierno usurpador de Victoriano Huerta, el movimiento zapatista en el sur y la División del Norte de Francisco Villa. Como fin de la lucha se colocó a Venustiano Carranza en el poder, con quien se logró la base legal mediante la firma de la Constitución en 1917.

Además de la narración de Gamboa, el catálogo lleva una cronología entre 1850 y 1917, a modo de recuento político, donde se omitió toda referencia a la actividad artística, periodística y la situación de los impresores en México. Ni siquiera las fechas de nacimiento y muerte del artista se mencionan en el listado, que finaliza con la Constitución signada en Querétaro.

El glosario que acompaña el texto consta de apenas cuatro entradas: calaveras, ejemplos, *Don Chepito* y corridos; es decir, el mínimo requerido para dar significado a la actividad de Posada. La bibliografía y hemerografía de Gamboa finalizan con el catálogo de la exposición de 1943, donde se indica que se adjuntó un grabado a partir de la placa original de *Flora y Gil*, aunque no se refieren su dimensión ni características.

Hasta aquí la contribución mexicana para ofrecer el catálogo de obra, realizado por Carl O. Schniewind, quien era curador de impresos y dibujos del recinto de exposición. En su nota sobre el catálogo se detiene en las características técnicas de los grabados y destaca que algunos eran impresiones originales, pues la muestra también incluyó reproducciones en ampliaciones fotostáticas de la casa de Pérez Siliceo Hermanos, establecida en la calle de Uruguay número 19. Por cierto, en el catálogo de 1943 se añade La Exposición, casa dedicada a la venta de vidrios y realización de biseles, ubicada en Guatemala número 12. La mención a los proveedores tal vez indica la alternativa de reducir costos con la inclusión de su nombre en la exposición y en los impresos, como una forma inicial de patrocinio a modo de intercambio.

³ Véase Toor, O'Higgins y Vanegas Arroyo (1930). Otro estudio que se mantiene como referente clásico es el de Díaz de León (1968), por citar aquí dos de las ediciones que se mantienen como referente en la extensa cantidad de textos sobre Posada.

⁴ Un estudio sobre las exposiciones temporales y de las que fueron enviadas al extranjero es uno de los muchos pendientes sobre la historia cultural de México. Como ha mostrado con maestría Francis Haskell (2002), una historia de estas muestras permitiría detectar las perspectivas de enfoque, las presiones políticas, las afectaciones a la conservación física, además de las transformaciones del mercado del arte.

El catálogo de obra sigue el orden de exposición. De las 807 obras expuestas, sólo hay 13 no atribuidas a Posada, pues se incorporaron para establecer los antecedentes al trabajo de grabadores en el siglo XIX. La edición finaliza con la reproducción de 66 de las obras expuestas, identificadas con el número correspondiente para que el lector consulte la ficha completa en el catálogo.⁵ No es mi intención detenerme en ellas, sino en las seleccionadas por el editor, personaje anónimo al que se debe el carácter de la diagramación, la adecuada selección tipográfica, la limpieza en la formación de los grabados y, tal vez, el esmerado cuidado de la impresión. En los trabajos históricos sigue vigente el poder de la palabra sobre otras grafías, asunto que explicaría que los catálogos de exposiciones no se aborden como objetos de estudio, no obstante que ofrecen información sobre una época y cuyo análisis requiere una perspectiva que considere al diseño editorial y sus componentes.

Los catálogos de exposiciones son expresiones sucintas de la valoración de temas, autores y enfoques que se consideran de relevancia para ser dispuestos en un museo. En México, al carácter patrimonial de las obras seleccionadas se añaden las inquietudes de una época y los esfuerzos de los grupos en el poder por construir una historia que sirva de antecedente y en la cual la selección de personajes históricos, artísticos y culturales se convierte en raíz casi genealógica.

La muestra de Posada lo refrendaba como el artista revolucionario afectado por la injusticia del porfirismo feudal. La valoración de la época lo colocó como precursor de la crítica a la dictadura y eso sirvió como emblema para que artistas plásticos fueran considerados como una parte indispensable de la Revolución devenida gobierno y se les incorporara en el presupuesto federal.

En las últimas décadas nuevos enfoques historiográficos han ofrecido estudios que ponderan a Posada como parte de una época que aprovechó los antecedentes del grabado, exploró las tareas publicitarias y de impresos privados, a la par que ejerció el oficio de la sátira caricaturizada. En la década de 1940 se optó por mostrar a un Posada aislado de otros grabadores, del que sólo se destacó su vínculo con la casa de Antonio Vaneegas Arroyo, cuyos sucesores colaboraron con el prés-

⁵ La ficha de catálogo incluía número de identificación; título en inglés y español o, en caso de carecer de él, la descripción en inglés; fecha; técnica con breve descripción y medidas. Por ejemplo: "491 Songs: Long live Cuba. *Canciones: Viva Cuba*. 1901, Cover on booklet. Relief engraving on metal, printed in two colors, black and red. 5 3/8 x 3 1/2 in".



tamo de materiales originales y con ello garantizaron la relevancia de sus impresos.⁶

Aparte del texto y el énfasis en los contenidos de una exposición, los catálogos ofrecen una aproximación a otros contenidos culturales. A partir de la diagramación y el espacio de libertad expresiva de los diseñadores editoriales se reconoce una interpretación diferente de la obra y el tema. En ocasiones estos destellos proporcionan elementos de análisis susceptibles de pasar inadvertidos. Al respecto Kracauer (2008: 51) afirma que las discretas expresiones superficiales, " causa de su naturaleza inconsciente, garantizan un acceso inmediato al contenido fundamental de que existe o es. Y, al revés, su interpretación está ligada a su conocimiento. El contenido fundamental de una época y sus impulsos inadvertidos se iluminan recíprocamente".

Me parece que el catálogo nos ofrece estos fragmentos que proceden de contenidos esenciales, los cuales aproximan a la percepción de Posada en Chicago. En la formación del catálogo aparecen elementos cuyo orden no se puede alterar, si bien la selección de viñetas para cierre de sección, transición, guardas y portada no se debe a los responsables de la exposi-

⁶ Me parece que, entre los diversos trabajos que circulan sobre Posada con enfoques que complejizan y enriquecen su labor, está el de Galí Boadella (2008: 45-62), quien analiza la larga tradición de que forma parte Posada, que lo une a las tradiciones del grabado popular europeo. Allí mismo López Casillas (2008) contribuye a la presentación de un ilustrador que diversificó su trabajo. Un cambio en el balance crítico de Porfirio Díaz lo ofrece Barajas (2009) con un estudio sobre las caricaturas políticas de Posada. Otro texto que complementa la biografía documentada con la obra y ha demostrada la solicitud pormenorizada de los contenidos de una caricatura es el de Bonilla Reyna (2012), además del trabajo de investigación que se mostró en las exposiciones curadas por Agustín Sánchez González.



ción –ni del lado estadounidense ni del mexicano–. Allí se observa un espacio de interpretación independiente. En otras palabras, la selección de las viñetas no acató el ímpetu nacionalista de Fernando Gamboa y ni siquiera optó por la pericia del detalle de los grabados, sino que el editor optó por la legibilidad de las escenas y la cercanía de los temas cotidianos.

La guarda de inicio es una caricatura política con una república mexicana como un gran canasto donde se representa el transporte (automóvil, ferrocarril, tranvía eléctrico y barcos), defensa militar (cañones), el trabajo mecanizado (fábricas con chimeneas humeantes y un tractor), además del gobierno (un edificio coronado con un escudo nacional). Sobre México se ubicó una “calaca” que extiende los brazos cubiertos por una túnica, la cual deja traslucir los huesos de los brazos y las manos. La “desdentada” lleva en la capucha que cubre su cráneo la identificación del mal que se acercaba: el hambre. Se trata pues de una selección que



muestra a un país vulnerable pese a los esfuerzos de modernización, una amenaza constante que no afectaba a la población, sino a los sectores productivos con una importante inversión de capital, que conllevaba la posibilidad de alcanzar al ámbito político.

La lectura de la caricatura, sin referentes sobre la situación específica que enfrentó Posada, ofrece una síntesis de un país que, no obstante sus empeños, es frágil ante la siniestra figura que lo cubrirá. La muerte allí elegida no es la figura festiva y satírica de la garbancera de la portada, sino una cruel imagen del futuro acre y doloroso. Su colocación en la apertura del volumen confronta al lector para remover el prejuicio del grabado gozoso, la sátira y el humor. El autor se mostraba así con una densidad en la percepción política, mas no ajena al pesimismo con que vislumbraba el futuro.

Después de remover con esta guarda la imagen de la “catrina garbancera”, el editor presenta al grabador: la portadilla está ornada con una calavera bajo la cual se cruzan dos buriles, con lo que parece condensarse la imagen de Posada: entre la representación popularizada de las calaveras como sello de autor y su identificación con el trabajo de grabado de manera más destacada que la del litógrafo que emplea lápices grasos.

Otro grabado, previo a los reconocimientos a la extensa lista de propietarios de la obra e instituciones depositarias, muestra a un niño con sombrero que ofrece viandas y bebidas sobre una mesa de mantel a un trío de hombres barbados, con sombrero y fusil. El acto de hospitalidad parece desarrollarse en una cocina doméstica con una alacena en cuyos entrepaños se colocan botellas u otras viandas, entre las que aparece un chorizo que se orea de un extremo a otro. ¿Vicisitudes cotidianas ante la llegada de “levantados” durante la Revolución? Lo cierto es que la lectura en páginas contiguas permite al editor acentuar el reconocimiento de los colaboradores, quienes no eran hombres armados, aunque se les recibía como personajes ajenos al Art Institute.

Para acompañar el texto de Gamboa, titulado “José Guadalupe Posada. The Man. His Art. His Times”, el editor eligió una escena violenta aunque cotidiana.⁷ En el que podría considerarse un mercado, se encuentran y discuten con aspavientos una vendedora tras su puesto

⁷ Gamboa usó el título de nuevo, pero en español, en *50 grabados de José Guadalupe Posada* (1952), donde también subraya el nacionalismo mediante la valoración del grabador: “Ni la más ligera sombra de influencia europea, ni siquiera de los ilustradores coloniales de los últimos años del siglo xviii, se descubre en sus grabados después que abandonó León, Guanajuato. Por eso, el carácter de su obra básicamente popular es esencialmente mexicana. Su producción está libre de trasuntos ajenos al paisaje nacional”.

y un hombre con sombrero de copa. La mano derecha del “ensombrerado” se cierra en un puño amenazante, mientras que la mujer, peinada con una trenza, extiende la mano para sostener el intercambio de agravios. La revisión de Gamboa de un país en disputa por el poder político pareciera ejemplificarse con la violencia entre dos extremos en cuanto a género, posición e intereses: el “elegante” y la “verdulera”. La confrontación entre opuestos se ubica en un mercado urbano. Las referencias visuales de un México de extremos sociales no se encontraban en poblaciones rurales, sino en la convivencia urbana, donde el mercado era el espacio capaz de reunir expresiones distantes en un área reducida. Posada muestra en la caricatura la explosión agresiva entre el hombre en elegante atuendo de gala, el cual sigue los modelos de urbanidad europea, y la humilde verdulera, quien tal vez llega con los frutos de la producción agrícola chinampera hasta su puesto. El editor reconoció esta tajante diferencia, además de un punto común en la acción: la confrontación violenta que, pese a su gestualidad, evoca los sonidos de la disputa.

De este modo Posada interpretó el tiempo de manera puntual, pues los trabajos promovidos corresponden a los años en la ciudad de México, en tanto que se omitió su actividad en Aguascalientes y León. Si bien la época del artista ya era de confrontación, su deceso en 1913, semanas antes de la Decena Trágica, le impidió atestiguar la extensión de la violencia. Al final de la cronología el editor incluyó una viñeta en que dos mujeres con rebozo platican despreocupadas, mientras que tras ellas se dispersa un grupo de uniformados que al parecer persigue, tolete en mano, a unos contrincantes no incluidos en la escena. En la parte superior derecha esa violencia se acentúa en el personaje que sostiene el arma con ambas manos, como para asestar un golpe más fuerte.

La diagramación parece contemplada con la intención de dar un descanso a los lectores de una cronología, cargada de fechas y nombres de personajes que destacan por la confrontación política y armada, en realidad lejana a la comprensión de la muestra. Las mujeres son distantes de la violencia, al igual que los lectores del catálogo o los visitantes de la exposición.

El extenso listado de la obra posee una viñeta que sirve como pausa y división. En ese caso el editor eligió una escena mundana. Tres mujeres ataviadas en mallas y corsés llevan sombreros de copa rematados con una pluma, las cuales dan la espalda al lector y parecen en descanso, aunque atentas a la acción. Una cuarta dama aparece a su izquierda. Es la única ataviada con



un vestido abierto en el costado que revela una pierna. El escote es amplio, con un moño sujeto en el hombro, además de que se distingue por la ausencia de sombrero. La escena correspondería a una casa de citas o bien a la preparación para la salida a escena en alguna función de circo. Las dos mujeres del fondo no llevan zapatos de tacón, por lo que bien se podría tratar de acróbatas.

El espectáculo circense aprovechó las mallas teatrales que en el último cuarto del siglo XIX daban comodidad en los movimientos de actrices, bailarinas y acróbatas, a la vez que eran motivo de alarma moralista debido a la precisión con que delineaban los contornos femeninos. En Estados Unidos las compañías cigarreras explotaron la sensualidad ambigua en los movimientos acentuados por el atuendo, al obsequiar a los consumidores con tarjetas insertadas que reproducían fotografías de actrices en el atavío de su oficio.





En México algunas empresas cigarreras también emplearon esta estrategia promocional y en ambos países se suscitó una reacción moralista (Hellion, 2003: cap. I).

En nuestro país la mirada era atrapada cuando en los diarios aparecían imágenes de actrices. Posada fue el ilustrador que realizó para el matutino *El Popular* los retratos de las bailarinas, acróbatas y esgrimistas que formaron parte del elenco del circo Orrín, en 1897.⁸ En el caso estadounidense, la presión moralista también actuó en contra de la ilustración y reproducción de tales imágenes provocadoras de las conciencias puritanas, aunque su popularidad y difusión permitió que se conservaran y muchas se han incorporado a repositorios disponibles hoy para la consulta pública.⁹

Para el editor de la década de 1940 la selección de la ilustración de Posada era un contrapunto, tomado co-

⁸ *El Popular* era dirigido por Francisco Montes de Oca, y para la temporada que se inició en enero de ese año se incluyeron al menos cuatro grabados de Posada en la primera plana. En 1900 el vespertino *El Chisme*, del mismo empresario, publicó de nuevo las ilustraciones circenses, aunque sin relación alguna con notas sobre el espectáculo, sino como atractivas viñetas de gran formato. Véase *El Popular*, 25 de enero de 1897, y *El Chisme*, 7 de noviembre de 1900.

⁹ Algunos ejemplos se pueden consultar en la página de la Biblioteca Pública de Nueva York.

mo una referencia de la sensualidad vigente entre los lectores estadounidenses. Tras la larga lista de obra, que en esa página llega al número 686, el editor eligió una escena pícaro y nostálgica, pues hacía tiempo que las revistas para hombres proliferaban en las representaciones de desnudez. La última viñeta cierra el listado de obra: una pareja mira la elevación de un globo aerostático. El hombre se halla sentado sobre una barda. De corpulencia gruesa, se resguarda del sol con un sombrero de carrete, mientras que la mujer de mangas abombadas y cintura ceñida por un corsé se encuentra ataviada con un elegante sombrero rematado con plumas. Ambos asisten en relajado solaz a un espectáculo admirable: la conquista del aire. La viñeta reitera la observación propia de los visitantes a la muestra y también la atención que se espera de los lectores del catálogo.

El impreso cierra con una guarda que, al igual que la calavera con buriles, evoca el trabajo. Las calaveras de artesanos son un cierre festivo de la obra. Posada seleccionó a diversos trabajadores con su herramienta distintiva: al centro el zapatero, sentado en su banco y rodeado de hormas y botines. Sus manos sujetan unas tenazas con las que sostiene un zapato. Es la única calavera con pelo, y a partir de ella se distribuye el resto de los artesanos. A la extrema izquierda, un panadero con su pala; en la esquina inferior, el sastre, y arriba, el sombrerero. En equilibrio aparece un carpintero, también concentrado en el corte con el serrucho. En la parte superior un rotulista y, debajo, un talabartero. La guarda invita a detenerse a mirar, a la identificación de detalles y herramientas. Pese a que allí finaliza la publicación, el editor invitó así a continuar en la observación y lectura de las imágenes. Se puede regresar al catálogo para descubrir la riqueza de detalles de la obra del grabador.

Tras esta lectura, que invita a detenerse en la edición y colocación de viñetas, con independencia de los datos precisos del catálogo, nos acercamos a la recepción y resignificación de la muestra. El editor difería de lo dicho por Gamboa, quien acentuó al genio artístico y comprometido con la Revolución. También se distanció de Schniewind y Edwards, responsables de la publicación, cuya precisión recayó en los aspectos técnicos, incluir el listado completo e identificar las obras expuestas o impresas en la publicación. En cambio, para el editor, éste debía establecer un vínculo directo con los lectores, que pese a no compartir la historia política contaban con los elementos para una identificación que trascendiera la anécdota local de las hojas sueltas. De este modo el grabador es reconocido como un contemporáneo, cuya

vigencia no radica en los esfuerzos por asentar un pan-
teón de precursores de la intelectualidad en el gobierno.

El editor acercó a José Guadalupe Posada a una tras-
cendencia que Monsiváis (1996: 177) llamó “la alegría
impensada: la metamorfosis de lo contiguo”. Con esta
claridad el trabajo editorial ofrece un libro que interpre-
ta la obra del grabador y le atribuye un interés artístico
que trasciende fronteras culturales y décadas. El catálo-
go se transforma en un impreso con diferentes autores y
mensajes: corresponde al lector reconocer los códigos
y asociar los referentes de significado, y a los investiga-
dores incorporarlo como objeto de análisis que abarque
otras grafías de la historia, además del texto.

Bibliografía

- Barajas, Rafael, *Posada. Mito y mitote. La caricatura política de José Guadalupe Posada y Manuel Alfonso Manilla*, México, FCE, 2009.
- Bonilla Reyna, Helia Emma, *José Guadalupe Posada a 100 años de su partida*, México, Índice/Íconos de Siempre, 2012.
- Díaz de León, Francisco, *Gahona y Posada: grabadores mexicanos*, México, FCE, 1968.
- Gamboa, Fernando (texto), Carl Schniewind y Hugh L. Edwards (catálogo), *Posada. Printmaker to the Mexican People*, Chicago, The Art Institute of Chicago, 1944.
- Gamboa, Fernando, “José Guadalupe Posada. Sus tiempos. El hombre. Su arte”, en *50 grabados de José Guadalupe*

Posada. Edición homenaje en el primer centenario de su nacimiento. Febrero 1852-febrero 1952, México, Museo Nacional de Artes Plásticas-INBA, 1952.

- Galí Boadella, Montserrat, “José Guadalupe Posada. Tradición y modernidad en imágenes”, en *Posada. El grabador mexicano*, México-Sevilla, Centro Andaluz de Arte Contemporáneo/RM, 2008, pp. 45-62.
- Haskell, Francis, *El museo efímero: los maestros antiguos y el auge de las exposiciones artísticas*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Hellion, Denise, “De la palabra a la imagen”, en *Humo y cenizas. Los orígenes de la publicidad cigarrera en la ciudad de México*, México, INAH, 2013.
- José Guadalupe Posada. La exposición de su obra del 7 de abril al 7 de junio en el Palacio de Bellas Artes*, México, Secretaría de Educación Pública, 1943.
- Kracauer, Siegfried, “El ornamento de la masa”, en *La fotografía y otros ensayos. El ornamento de la masa I*, Barcelona, Gedisa, 2008, p. 51, *apud* David Frisby, *Fragments de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*, 1992, p. 268.
- López Casillas, Mercurio, “Posada. Profesional de la imagen”, en *Posada. El grabador mexicano*, México/Sevilla, Centro Andaluz de Arte Contemporáneo/RM, 2008.
- Monsiváis, Carlos, “Posada: en este carnaval se admiten estos rostros”, en *Posada y la prensa ilustrada: signos de modernización y resistencias*, México, Munal-INBA, 1996.
- Toor, Frances, Paul O’Higgins y Blas Vanegas Arroyo (eds.), *Monografía: las obras de José Guadalupe Posada, grabador mexicano*, México, Mexican Folkways, 1930.



Ciento cuatro años de antropología mexicana

Luis Vázquez León*

Introducción

Si convenimos en considerar al año de 1910 como el inicio de la antropología profesionalizada en México –dado que entonces se fundó la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas–, entonces pretender ofrecer una visión de conjunto de esta ciencia social implica referirse a más de un siglo de prácticas e ideas de diversa índole, en que lo mismo puede haber fundación de instituciones que rupturas, escándalos, cotidianidad, producción de obras clave y una inmensa cantidad de literatura que en realidad hace normal la actividad en conjunto, e incluso la constitución de unas comunidades virtuales –asociaciones, congresos, redes, entre otras– que se sobreponen a los conflictos más profundos.

En lo que sigue no intento hacer un recuento histórico pormenorizado de un siglo de avances y retrocesos, sino más bien reflexionar, tal como hemos venido haciendo varios autores (Vázquez, 2002; Giglia, Garma y De Teresa: 2007; Krotz y De Teresa: 2012), sobre qué ha sido, sobre qué es y sobre qué será la antropología tras un siglo de existencia.

En sus orígenes, la profesionalización de esta ciencia social coincidió con una escuela que desapareció. No obstante que se trató de un esfuerzo incipiente por internacionalizarse, más tarde este intento fallido fue relevado hasta la fecha por una escuela de orientación nacional. Más aún, después han sobrevivido, en forma casi simultánea, una treintena de nuevas escuelas, institutos, colegios y un centro de investigaciones. Eso haría pensar, de modo complaciente, que el futuro de esta disciplina se encuentra plenamente asegurado. Y deberíamos celebrarlo. Pero antes de instalarnos en un área de seguridad y confort ontológicos, habría que recordar que venimos de un fracaso inicial y que la mayor institución antropológica en México, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con 950 investigadores en su planta, vive en continuas dudas sobre su persistencia. Y que ellos no son los únicos. En los momentos en que escribo, el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), que constituye el sostén de la élite científica mexicana, se halla en revisión por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) a raíz de la creciente percepción de la ineficacia del juicio o evaluación de pares en el que descansa su membresía. Algunas medidas correctivas ya han sido tomadas, aunque cabe preguntarse si habrá más en el futuro.

Tal vez haya llegado el momento de hacer un balance provisional de ese siglo de antropología, si vislumbramos una renovación relevante. La orientación nacional o internacional es una disyuntiva básica, pero hay otras pendientes, como la gubernamental o la académica, o aquella otra de sobrevalorarnos de modo comunitario cuando la exigencia puede estar fuera de la profesión.

* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Unidad Occidente (lvleon@prodigy.net.mx)

**La antropología gubernamental,
¿sobreseída por la académica?**

He pasado la mitad de mi vida profesional en cada una de las dos maneras en que la antropología mexicana se ha constituido, y veo en ambas tanto problemas como aciertos, por lo que no superpondría una a la otra. De hecho, pienso que ambas son necesarias y se requieren entre sí. En términos numéricos las diferencias son evidentes y hasta contradictorias a mi pregunta. Mientras que el INAH reúne a 950 investigadores –arqueólogos, historiadores, etnohistoriadores, lingüistas, antropólogos físicos, etnólogos y antropólogos sociales–, a los que es preciso agregar a 250 investigadores “no basificados” –es decir, aún sin contratación permanente–, el CIESAS sólo reúne a 148 investigadores –antropólogos sociales, historiadores, lingüistas y sociólogos–. La planta de ambas instituciones –emblemáticas de la antropología gubernamental y de la antropología académica, respectivamente– indica que no crecen al mismo ritmo ni existe la misma demanda profesional en cada una. De hecho una requiere personal muy calificado, mientras que la otra prefiere al personal especializado, de calificación variable.

Para empezar es necesario desdibujar con firmeza la concepción de que una y otra antropologías son antagónicas. Difieren, sí, aunque poco a poco se van asemejando. El origen de esta percepción antagónica son dos conflictos internos que provienen de dos rupturas profesionales, una ocurrida en 1943 y la otra en 1968. En ambas, grupos de antropólogos innovadores –muchos de los cuales optaron por llamarse “antropólogos sociales críticos”, si bien en 1948 asimismo hubo dos arqueólogos destacados– entraron en conflicto por adoptar visiones distintas a las del pensamiento dominante prohijado por el entonces director vitalicio del INAH, quien introdujo un lenguaje denigratorio contra sus opositores, pero también contra otros de sus colegas cercanos.

Es muy posible que de este estilo autoritario provenga la práctica del arqueólogo enemigo, pero asimismo del colega enemigo, al que hay que ignorar, ofender y, sobre todo, jamás leer, lo cual incluye la práctica de nunca citarlo en los textos académicos, es decir, de no reconocerle mérito alguno. Esta práctica nulificadora existe tanto en las instituciones gubernamentales como en las académicas, por las cuales no sólo me refiero al CIESAS, sino también a las escuelas universitarias esparcidas por el territorio nacional.

A la postre, los dos conflictos referidos indujeron a crear nuevas instituciones y escuelas, que representa la parte más positiva de su desenlace. Del INAH se desprendió el Centro de Investigaciones Superiores (CISINAH), en 1973, y de éste surgió el CIESAS, en 1980, sin que por esto dejara de mediar un conflicto personal entre sus primeros dos directores (Téllez-Girón y Vázquez, 2013). Dicho de otra manera, de la antropología gubernamental emergió un segmento importante de la antropología académica de hoy. Asimismo, a las escuelas iniciales ubicadas en varios estados –Yucatán y Veracruz; luego Puebla y Chiapas– las sucedieron otras escuelas mucho menos parecidas a la ENAH —a excepción de la ENAH Chihuahua, que de todos modos al principio sólo se ocupaba de la antropología social aplicada–, existente desde 1939, aunque ésta tuvo una breve vida académica dentro del Instituto Politécnico Nacional.

Por mucho tiempo la antropología de la ENAH y la demanda institucional del INAH se confundieron, incluso cuando se creó el Instituto Nacional Indigenista (INI), en 1949, que de todos modos requirió de un perfil aplicado y una instrucción etnológica formativa, y que terminó transformado en un campo de la antropología social. La oferta académica creció con mucha lentitud en la UNAM, y el verdadero cambio ocurrió hacia finales del siglo XX, cuando los antropólogos se abrieron paso en las universidades públicas estatales, así como en cuatro colegios con influencia de El Colegio de México. Muchas historias pioneras se cuentan al respecto. Incluso sobre el fracaso del Colegio del Bajío.

En cierto modo, ambas maneras de practicar la antropología se han ido acercando, copiándose estilos. Muchos de los investigadores del INAH, incluso los más ligados a la administración patrimonial –zonas arqueológicas, museos y bienes históricos– han aprendido a gestionar recursos del Conacyt, al tiempo que el CIESAS se convirtió en “centro público de investigación”, integrado a plenitud a ese organismo central de la ciencia y la tecnología. El propio INAH se distanció de la SEP y se subordinó al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), de modo que se atenuó la línea de demarcación entre lo gubernamental y lo académico y acaso sólo los colegios retengan cierta autonomía heredada del decreto de creación del Colmex, aunque de cualquier manera deben negociar recursos dentro de los centros públicos del sector de ciencia y tecnología. Aun así, sólo en El Colegio de Michoacán he escuchado una declaración pública de defensa de su legado humanista pese a las políticas científicas, lo cual no re-

sulta claro en el CIESAS, que ha interiorizado sin chistar las cambiantes exigencias del Conacyt.

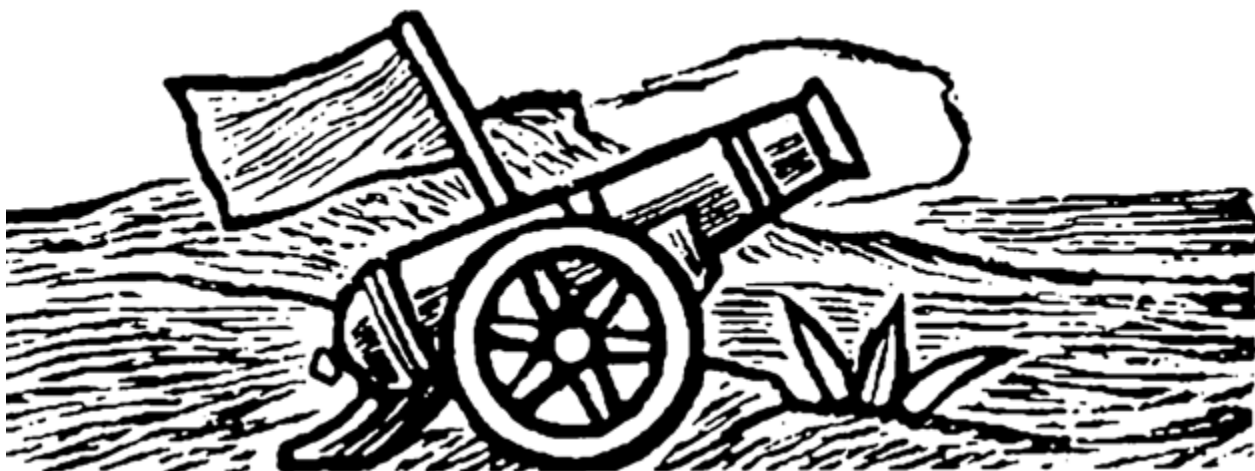
Cierto que el aparato burocrático del INAH es impresionante, cuya sola función ocupaba varios edificios. Sin embargo, se mueve. En gran parte ese aparato se justifica por la cuantiosa masa de bienes llamados “patrimonio cultural” que debe administrar por ley. También es cierto que esa burocracia no entiende por completo las exigencias cotidianas de la investigación, sobre todo aquella que se rige por valores más académicos que aplicados, como ocurre en sus dos escuelas –la ENAH y la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México (EAHNM), antes ENAH Chihuahua– y en varios de sus departamentos de investigación, que funcionan con una relativa autonomía.

¿Qué ocurre del otro lado de la moneda? Parece que algo similar. En el CIESAS su burocracia ya tiene edificio propio. Al respecto no hace mucho Krotz y De Teresa (2012) publicaron un par de volúmenes que desean abiertamente convertirse en la continuación de los 15 editados por García Mora (1987-1988), los cuales en su momento fueron motivo de todo un elogio, monumental en sí mismo, a la antropología hecha por y desde el INAH. Por el contrario, los dos libros citados, en vez de abocarse a *La antropología en México* –título general de aquellos 15 volúmenes–, se vuelven sobre sí mismos para abordar una antropología de la antropología mexicana, pues ambos se ocupan más bien de las instituciones y programas educativos vigentes. En ellos reaparecen la ENAH y la ENAH Chihuahua, no obstante que su interés se centra en las universidades públicas y, algo en verdad novedoso, en el programa formativo de la Universidad Iberoamericana (UIA), de tipo privado y orientación jesuita.

Al leer las historias institucionales reunidas por Krotz y De Teresa uno se percató de que la antropo-

logía académica hecha dentro de la universidad pública sufre también del burocratismo universitario, asunto que en los estados del país puede resultar funesto, ya que agrega la complicación asidua de una burocracia no pocas veces subordinada a los gobiernos estatales. Por supuesto que no es el único problema; los profesores mismos generan sus propios diferendos y llegan a divergencias casi rituales, como ocurre en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), donde hay dos maestrías en antropología paralelas y en competencia de recursos, correspondientes a un instituto y a un colegio de licenciatura. Empero, lo que sí sorprende del reporte de Pérez y Arce (2012: 431-516) sobre la UIA es que trabajar bajo criterios empresariales no representa el paraíso de la privatización. Incluso dentro de la UIA se cerró una licenciatura en antropología social porque resultaba poco redituable. El mismo criterio llevó al cierre de la licenciatura en la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) y hoy sólo subsiste en la Universidad de Guadalajara (UDEG), que es, por lo demás, la única licenciatura pública que se negó a participar en el proyecto de investigación conocido como “Adela” –antropología de la antropología– que dio lugar a los dos volúmenes auspiciados por la Red Mexicana de Instituciones de Formación de Antropólogos (Red MIFA) que ahora comento. Más aún, la UDEG se mantiene reacia a ingresar a esta red. Lo que se hace en esa licenciatura es de competencia exclusiva de su burocracia de profesores y de su peculiar estructura piramidal.

Aunque en el CIESAS existe una tradición retórica de informalidad que raya en el dejar hacer y dejar pasar –lo cual se contrasta con el excesivo peso reglamentario del INAH–, y que en sus orígenes pretendía mantener una burocracia reducida al mínimo posible, con el tiempo la administración de proyectos ha resultado tan cuantiosa



que ha obligado a un subrepticio crecimiento del aparato administrativo, con un funcionamiento casi autónomo. Resulta harto extraño que su Comité de Ética sea una extensión del funcionariado de la institución, cuando debería constituir un organismo por entero autónomo. Algo similar ha hecho con su sindicato, cosa que la burocracia del INAH no ha logrado hasta la fecha con el suyo. Por su parte, la gestión de recursos externos no presupuestados ha generado preocupación dentro del Conacyt debido al crecimiento que provoca en la consultoría y sus obligaciones primarias con sus clientes, en vez de la institución. A este fenómeno se le suele llamar “antropología aplicada”, pero no tiene nada en común con ella: éste es un conocimiento especializado que rara vez se ocupa de intervenir, sólo de recomendar. Varios factores actuantes estimulan este crecimiento: la entrada de *overheads* a la institución, la respuesta a una demanda por las evaluaciones de programas sociales y la propia conveniencia pecuniaria de los investigadores, casi todos con un muy alto nivel de capacitación.

En otros segmentos de la antropología académica ha aparecido una práctica análoga para remediar la falta de empleo dentro de la academia. Es muy claro que muchos egresados no encontrarán lugar en ella. Se habla entonces de “prácticas profesionales diversas”, ya sea como consultores o como peritos. El último *Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales* (2013; véase Escalante, 2002) se dedicó a ello, aunque recuerdo encuentros estudiantiles similares en la Universidad Autónoma Metropolitana. Asimismo, en la Red MIFA ha habido discusiones en torno a los escasos mercados laborales existentes. Si esto ocurre en las escuelas de reciente creación, la profesión entera debería preguntarse sobre su inserción en la esfera pública y si en este terreno antropólogos gubernamentales y académicos mejor deberían estar unidos.

Aparte de constituir ya un interés común de supervivencia, buena parte de los arqueólogos del INAH hacen una especie de intervención aplicada en los sitios que trabajan, lo que ha inducido a un cambio desde una mentalidad patrimonialista hacia una más preocupada por involucrar a las localidades, comunidades y municipios, al punto de que la gestoría se ha venido a agregar a sus exigencias profesionales. No obstante, y a diferencia de los demás, han conformado una Red Mexicana de Arqueología (RMA) que los articula y les da un sentido cada vez más académico a su trabajo, no obstante que siga concentrado en el INAH y algunas universidades –México y San Luis Potosí–, así como un colegio –el de

Michoacán–. La propia revista *Arqueología Mexicana* posee una peculiaridad digna de destacarse: acaso no sea una publicación del todo academicista, pero a cambio comunica a la arqueología con un público muy amplio de lectores –la revista se vende en muchos quioscos–, lo cual los mantiene presentes en la esfera pública. No se puede decir lo mismo de otras revistas, tan sólo consultadas por los propios especialistas.

Por último se encuentran los programas de posgrado. Éstos se han generalizado en universidades, colegios, institutos, escuelas. El CIESAS estimula que cada una de sus sedes tenga una maestría y, de ser posible, un doctorado. Se puede discutir la calidad de cada programa, pero en mucho depende de las exigencias de evaluación del Conacyt, pues todos apuntan a conseguir reconocimientos y, con ellos, becas estudiantiles y otros emolumentos en caso de que el programa sea de “nivel internacional”. En esa tarea, el personal muy calificado del CIESAS resulta descolante, pues todos buscan cubrir los requisitos de la membresía en el SNI con cursos, tesis dirigidas y asesorías. Esta práctica es ampliamente compartida por todos sin excepción. Por medio de sus escuelas (ENAH y EAHNM), el INAH actúa de la misma manera. Y el personal adscrito a muchos más planteles se ha ido capacitando a ojos vistas, al conseguir doctorados y su ingreso al SNI. Podemos, pues, hablar de un efecto uniformador.

¿Antropología nacional vs. antropología mundial?

Desde la publicación del libro *World Anthropologies* (Lins y Escobar, 2006) se ha propagado la idea de que la antropología nacional se hace metropolitana o parece ahogada bajo el auge de la globalización en vigor. Algo así como si la antropología fuera una mercancía de exportación, una cosificación innecesaria –hablamos de conocimiento–, pero de cara a la élite antropológica. Nada así ha ocurrido desde entonces, aunque es característico de la élite moverse en redes internacionales de investigadores, si no es que se han hecho estudios de posgrado en las antropologías de orientación mundial. Sin embargo, en contadas excepciones tales estudiosos han emprendido trabajos de campo de larga duración en otras latitudes y aplicado métodos comparativos de algún tipo. Eso sí, existen contados casos de investigadores mexicanos que se han colocado en Brasil, Chile y Estados Unidos.

Al principio de este artículo mencioné de pasada el fracaso de la Escuela Internacional de Arqueología y

Etnología Americanas (1910-1935), seguida de la fundación de la ENAH, que hasta ahora persiste (Rutsch, 2007; Villalobos y Coronado, 2003). Tan sólo decirlo provoca la idea equivocada de que sus orientaciones eran en principio excluyentes. La orientación diferente de ambas fue real, mas ello no impidió imbricaciones entre ambas a través de las redes maestros-alumnos. Las primeras generaciones de la ENAH se acostumbraron pronto a un profesorado extranjero, que incluso atrajo los primeros egresados hacia sus proyectos (Faulhaber, 2011). Esto habría continuado si no hubiera ocurrido el conflicto con los exiliados españoles, que derivó en una xenofobia nacionalista que se siguió alimentando por razones de competencia profesional –Juan Comas iba a la dirección de la ENAH y Ángel Palerm a la del Museo Nacional de Antropología–. Finalmente, en 1968 las cosas se llevaron al extremo intolerante de expulsar a excelentes maestros, y lo que la ENAH perdió lo ganó la Escuela de Antropología Social de la Universidad Iberoamericana, que más tarde se convertiría en Departamento de Antropología, cuyo doctorado fue encabezado por Palerm y Arturo Warman (Téllez-Girón y Vázquez, 2013).

¿En verdad es un dilema tajante aquél de ser o no internacionales? A mi juicio, el problema está mal planteado. No se trata de decidir entre una u otra orientación, sino que el desafío consiste en hacerlas combinables de la mejor forma posible. Para empezar, las buenas y malas ideas producidas en otros contextos seguirán siendo trasplantadas a México por *brokers* intelectuales –caso de la época en que era un puñado la gente que salía al extranjero–, pero más aún por sus intérpretes –y cultivadores– locales. Hoy cualquier investigador con estudios suficientes se encuentra en capacidad de hacerlo y no sólo de imitar esas ideas. Qué tan correcta o no sea su interpretación es materia de otra discusión. La globalidad digital ha hecho de este intercambio masivo de información un asunto acuciante, dada su vasta magnitud. Éste puede ser un factor que haga ver el problema como crucial. Uno siempre padecerá la sensación de quedarse atrás, al olvidarse de la importancia del estar aquí. Sin embargo, aparte de ese problema de actualización resulta claro que la antropología siempre ha sido una disciplina universalista, con un sentido metropolitano. Basta con ver la literatura que el viejo Museo Nacional reunió por intercambio durante años para darse cuenta de que las antropologías mundiales de los imperios siempre han estado allí para su lectura, y de que, a nuestro modo, seguimos apelando a tal literatura, aunque

a veces el encierro nacional aparente ser una jaula de oro comodísima.

Tan grave resulta ignorar a propósito el conocimiento generado afuera como suponer que la producción nacional entera resulta mediocre. Por desgracia –y de seguro por su costo– el INAH dejó de publicar sus *Anales*, que entre otras cosas daba cuenta de la producción antropológica del momento. Hoy esa labor divulgativa debería recaer en los dos colegios profesionales, el CEAS ya mencionado y la Sociedad Mexicana de Antropología, pero ésta yace tan aletargada que no publica siquiera las memorias de sus congresos. En cambio, el CEAS ha optado por el formato de revista, al informar en su boletín sólo de los eventos venideros. Además –hay que decirlo con sus letras–, a causa de los conflictos citados, la antropología mexicana quedó fracturada como comunidad, fractura que sigue las líneas institucionales y a los dos colegios profesionales opuestos. Sólo hasta fechas recientes, en los primeros dos congresos del CEAS, se ha visto la creciente asistencia de investigadores del INAH, pero no es suficiente. Tampoco resulta conveniente para el interés general de la profesión que se rebaje a unos como marginales y se resalte a otros como *mainliners* o *mainstreamers*, los cuales serían la *crème de la crème* antropológica –lo que he llamado la “elite académica”–, casi toda proveniente de la UIA. La contribución escrita por los investigadores del INAH es tremenda –ella sola basta para llenar varias revistas al año, lo cual de hecho ocurre–, lo mismo que en el CIESAS, y no existe universidad ni colegio del que no se diga lo mismo.

Ya sea porque el SNI ha estimulado esta práctica o porque el mercado laboral es tan reducido que la exigencia de publicar resulta obligada para hacerse de un lugar en él, el punto es que no se puede simular menosprecio alguno. Si no fuera por toda esa variada literatura especializada, todos nos encontraríamos en serios problemas. Además, como ya dije, así se hace por lo común la antropología, con esa labor cotidiana y paciente de mucha gente. Es de lamentarse entonces que no hagamos lo que los historiadores, los cuales consignan todas las publicaciones recientes de su disciplina en el *Boletín del Comité Mexicano de Ciencias Históricas*. Usualmente hallamos en él eventos, presentaciones de libros, convocatorias y, en su última entrega digital, incluso un enlace al *Catálogo de tesis de historia 1931-2011*.

Esta última mención me lleva al asunto de la literatura gris de las tesis, que rara vez son publicadas. La labor del INAH –y en menor escala en los certámenes del CIESAS Golfo y El Colegio de Michoacán– para premiar-

las años tras años resulta meritoria porque hace visible esa literatura a todos los niveles: licenciatura, maestría y doctorado, incluso como nuevas publicaciones. Pero asimismo resalta la carencia de catálogos generales. Ésta fue una labor que se inició en el INAH (Montemayor, 1971), se mantuvo en la ENAH (Ávila *et al.*, 1988), siguió con una pretensión latinoamericana en el CIESAS Golfo (García Valencia, 1989) y luego se extinguió, hasta que la UIA la revivió para exhibir su propia producción (Pérez y Arce, 2012: 500-515); por último, el CIESAS de Occidente usó algunas contribuciones de sus alumnos para celebrarse, si bien no se trata de ningún catálogo (Villarreal y Preciado, 2012). A pesar de que en las reuniones de la Red MIFA se ha mencionado esta carencia, no contamos con un catálogo nacional de tesis de antropología en todas sus especializaciones profesionales y niveles. Hacerlo no representa una mera cuestión de elaborar bases de datos y generar “bibliobase estadísticas”. Entraña un asunto mayor. Como lo saben en el Conacyt, se trata de un indicador de la eficiencia de los programas educativos vigentes. Pero hay mucho más implicado. Según sostengo, es una expresión del interés de conocimiento real de los nuevos profesionales. Por ejemplo, en muchos posgrados hay también una marcada tendencia a seguir y repetir conocimientos convencionales, que suelen ser los de moda. En ese sentido he logrado apreciar cómo los comités de premiación optan por lo convencional y menosprecian la innovación, presente en las tesis más singulares y novedosas, que son precisamente las desechadas.

¿Es que la ciencia normal no es pertinente? O, por el contrario, ¿es que nuestra elite ha producido tal revolución científica al estilo kuhniano como para dejarlo todo y adoptar su nuevo sentido de pensar la realidad? Que yo sepa nada así ha ocurrido, y la actividad normal es persistente, acumulativa y necesaria en varios sentidos. Por eso toda investigación empieza por una revisión de la literatura previa, de toda índole. Sin embargo, resulta innegable que algunos investigadores destacados sí han generado programas de investigación que han atraído a otros para imitarlos. Con todo, son programas muy simples y para consumo doméstico. Acaso los genios brillen por su ausencia, si bien me inclino por apostarle a las masas críticas de investigadores cooperantes. Además, mucha de la trascendencia latinoamericana de pensadores mexicanos provino de la antropología gubernamental –quiero decir, de los intelectuales políticos en nuestra profesión– y del impacto que provocó el Fondo de Cultura Económica (FCE)

en los países hispanohablantes en momentos difíciles en el aspecto político. Tal parece que se conjugaron varios factores a su favor. Comoquiera, se leyeron e influyeron en Latinoamérica y España, y hubo casos en que se les tradujo a otros idiomas. Conviene pues no jactarse de nuestro metropolitanismo *per se*.

Esto me lleva a un asunto planteado por Poblocki (2009) en respuesta al ideal de una “comunidad transnacional de antropólogos” de Lins y Escobar (2006). Poblocki sale en defensa del supuestamente provinciano conocimiento antropológico nacional, al hacer una referencia especial a la importancia de la historia económica y etnología polaca y húngara. Aparte del idioma, en las antropologías dominantes se les ignora desde el (des)uso de la lengua vernácula. Muestra entonces las jerarquías del conocimiento antropológico según la región y según la falta de interés recíproco desde los nichos superpuestos en el mercado global de conocimiento. No opera en ellos ninguna heteroglosia: es pura ignorancia asimétrica. Con privilegiadas excepciones, se reconoce que el paradigma nacionalista también ha aportado conocimiento. Es el caso de Immanuel Wallerstein (1979 [1974]), quien leyó a Franz Fanon al parejo de los historiadores polacos. Se infiere pues que su teorización sea producto de logros locales y logros metropolitanos del conocimiento comprensivo y crítico. Ése es el camino indicado. Si hay que entrar al escaparate internacional, la antropología mexicana en conjunto debería fijar una agenda con sus intereses de conocimiento y, si es preciso, negociarlos afuera. Así como debemos esforzarnos por comprender los contextos e ideas ajenos, es posible que busquemos los nichos indicados para comunicarlos lo mejor posible.

¿Comunidades ideales, reales o virtuales?

El caso del indigenismo es digno de mención en este contexto. En sus días de auge nunca se habló de una “comunidad transnacional”, aunque su resonancia latinoamericana lo recuerda. Ante todo fue una creación de la antropología gubernamental, que en sus mejores momentos influyó en procesos similares en varios países que no sólo imitaron la política social implicada, sino varias de las ideas que la inspiraban. Por supuesto que resulta pertinente distinguir entre el indigenismo del campo interamericano –o sea, el propagado por el Instituto Indigenista Interamericano, que muy pronto fue controlado por el Departamento de Estado estadounidense– y el campo propiamente mexicano –esto es, del

Departamento de Asuntos Indígenas y luego del INI-, ya que el primero sufrió inconsistencias –“ambivalencias”, las llaman Giraudo y Martín-Sánchez (2011)– que el segundo enfrentó mediante ajustes internos y cierta dosis de soberanía nacional. Del conflicto de 1971 –en que los antropólogos sociales jóvenes cuestionaron su cometido aplicado y único– surgió un INI renovado, hasta que en 2003 ya no fue capaz de regenerarse. Es significativo que desde entonces se hayan creado instituciones multiculturales inspiradas en ideas foráneas, en especial provenientes de Canadá y la Organización Internacional del Trabajo (Vázquez, 2010).

¿Cómo fue que el INI sobrevivió durante cinco décadas cuando las instituciones multiculturales han entrado en decadencia en una sola? Claro, resulta obvio mencionar el sostén gubernamental, que fue también el que, al menguar, dio al traste con la institución entera. Pero hablo aquí de las ideas que forjaron su espíritu de cuerpo, tan caro al pensamiento de Gonzalo Aguirre Beltrán –y es posible que sea de nuevo la impronta de Alfonso Caso–. Un hecho poco sopesado es que él mismo procuraba adaptarse hasta cierto punto a los cambios de ideas. A ello atribuyo que haya hecho el último recuento bibliográfico del campo indigenista mexicano mediante un repaso de todas las publicaciones con el tema indígena hasta 1975 (Aguirre, 1978).

Sin embargo, también hizo otra cosa loable. Estimuló y mantuvo una “Colección de antropología social” de cerca de cien títulos, donde aparecieron tanto investigadores nacionales como extranjeros. A finales de la década de 1980 el INI, apoyado por el Conaculta, reimprimió esa colección, ahora renombrada como “Presencias”. Pero algo estaba fallando ya en el mecanismo de reproducción de ideas indigenistas, en vista de que las contribuciones originales fueron desapareciendo. Es muy probable que la crisis profesional ocurrida en 1971 resquebrajara a la comunidad de indigenistas que debía al INI una entrega incondicional. El espíritu de cuerpo de la “época de oro” dejó de tener sentido para la profesión. Vino con ello la fragmentación, a modo de una diversificación de temáticas de estudio cada vez más de interés académico. Sólo el Programa Universitario México Nación Multicultural de la UNAM ha conseguido unificar las ideas multiculturales en torno a su colección “La pluralidad cultural de México”, con 25 entregas.

El conflicto por la orientación general de la antropología social (García Mora y Medina, 1983-1986) fue en general apreciado de manera positiva por sus prac-

ticantes, ya que por una parte favoreció la pluralidad de enfoques y temas de estudio –antes los temas eran en exclusiva indigenistas o etnológicos– y por otro lado indujo a generar instituciones cada vez más académicas. Todavía en sus inicios (1973-1974) el CISINAH, bajo la dirección de Palerm, insistía en atender “los grandes problemas nacionales”, una frase aplicada por Andrés Molina Enríquez, uno de los iniciadores de la antropología social en México, y que desapareció del lenguaje profesional durante el proceso de academización que sobrevino luego de 1971.

Resulta llamativo entonces que los organizadores del III Congreso Mexicano de Antropología Social y Etnología –a celebrarse en septiembre de 2014– hayan vuelto a usar esas palabras, urgidos por la multiplicidad de problemas del país. También hablan de una presunta “comunidad antropológica mexicana” que, aparte de la docencia, también comparte la preocupación por esos problemas. Ya que no existe consenso sobre cuáles son esos problemas, queda claro que tal comunidad deberá ser construida por algo más que congresos que en forma momentánea crean una comunidad virtual, pues esto exige una mayor institucionalidad. No deja de ser preocupante que mientras que el CEAS busca abrirse a todos, los investigadores del INAH celebren aparte su octavo congreso. Resulta innegable que estas celebraciones aún son sólo para miembros, pero se revela que no existe un sentimiento comunitario recíproco, ni siquiera virtual.

En realidad tampoco hay consenso respecto al rumbo de la antropología, y da la impresión de que no se encuentra en nuestras manos fijarlo. Los dos rumbos iniciales se mantienen a condición de abstraer cuál será el futuro de las generaciones estudiantiles arrojadas por esa treintena de escuelas, facultades, institutos, colegios y centros de investigación. La ruptura ocurrida entre los antropólogos críticos y tradicionales marcó esos dos caminos. En cierto modo la distinción entre la antropología gubernamental y la antropología académica viene de antes, la cual coincidió con la muerte de Alfonso Caso. Así ocurrió que Ángel Palerm se erigió como provocador de instituciones académicas (Vázquez, 1998), mientras que Guillermo Bonfil y Arturo Warman se adentraron en las instituciones gubernamentales para reformarlas en distintos sentidos, algunos de ellos muy controvertidos. Para haber sido funcionarios públicos, las credenciales académicas de ambos eran impecables y fuera de México cobraron una fuerte resonancia. Como intelectuales políti-



cos claro está que veían con preocupación el proceso de separación de la antropología de los deberes de Estado. No obstante, como segundo director del CISINAH, y en plena transición al CIESAS, resulta paradójico que haya influido tanto en volver a la temática indígena –que no indigenista– y que ésta sea hoy uno de los emblemas de la institución. Es obvio que ya había investigadores dedicados a ello, mas no fue un giro radical.

¿Hubo un proceso de conocimiento análogo desde la antropología académica hacia la gubernamental? Hasta aquí he mostrado que ambos campos se entrelazan en varios puntos, pero en otros de plano se disgregan. El tema del patrimonio cultural y su administración es aún exclusivo del INAH, y en ese sentido Bonfil cumplió funciones de mediación a fin de introducir reformas (Vázquez, 2003: 334). Con Warman la antropología gubernamental llegó a un punto culminante y sus funciones de mediador fueron menos claras, aunque atrajo a muchos profesionales al INI y otras instituciones (Vázquez, 2014). Sin embargo, personajes como ellos desaparecieron y con ello sobrevino la carencia, si no de intermediarios, al menos sí de interlocutores en dominios clave de interés para la profesión entera. A cambio, la carrera académica se convirtió en básica –“ciencia básica”–, si bien reducida por entero a los méritos conseguidos en las trayectorias individuales, si esos méritos pueden ser o no vitales para el país o lo deciden otros académicos que se reconocen en el espejo. Por lo tanto, resulta complicado responder a la cuestión del conocimiento puro con un impacto conductual significativo. Si lo hay en calidad de consultoría, no es de los alcances que se obtuvieron en otras épocas en que la antropología tenía una presencia pública destacada en ámbitos que no sólo fueran libros, artículos y ponencias de interés para la propia academia.

En el presente esta disgregación individual implica una ausencia correlativa del espíritu de cuerpo que existió en el INI, y que en el INAH persiste con ras-

gos anacrónicos. La fundamentación de una comunidad profesional efectiva, que rebase las constancias de asistencia a congresos sólo para puntualizarlas, es un reto que valdría plantear a modo de interés de supervivencia de la profesión en conjunto. No se trata de una mera ocurrencia de mi parte. Mucho del éxito académico de lo que he llamado la elite antropológica se basa en una especie de espíritu corporativo sustentado en su origen profesional común y una suerte de ideología armónica compartida a propósito de su fundador.

Conclusiones

El siglo de surgimiento profesional de la antropología mexicana ha resultado multifacético y muy rico en su creatividad interna, pero encara problemas que conviene discutir con seriedad. La oposición, tajante en sus inicios, entre una antropología gubernamental y una académica se mantendrá porque involucra a dos instituciones ya constituidas, amén de un universo variado de universidades y colegios, no todos con funciones de investigación, pero sí de docencia. Desde luego que esas funciones seguirán en vigor, pero lo que aquí importa son los miembros de esas instituciones y cómo interactúan. En la perspectiva provisional que ofrezco, percibo puntos de intersección que pueden ser de colaboración y aproximación. Las instituciones, como han mostrado la Red MIFA y la RMA, no son motivo para mantenerse fragmentados, sino que pueden y deben verse como nichos donde están activos los profesionales.

Otro desafío en perspectiva consiste en mantenerse en el horizonte nacional o perseguir el internacional. En realidad no se trata de materia de elección, sino de una desiderata. La “solución óptima”, dirían algunos. El punto es que no hemos sabido apreciar el valor de que estamos aquí, en un país motivo de interés internacional por las más diversas razones. Sin embargo, aun si nos restringimos a lo estrictamente an-

tropológico, debe destacarse que ese interés externo requiere de nuestra experticia. Que académicos extranjeros se comporten como si los logros internos fueran despreciables no debería importarnos tanto, pues también hay investigadores mexicanos que actúan de igual modo ante los aportes externos. En realidad lo que importa es encontrar los puntos de confluencia y comunicación adecuados, ya sea participando en colaboraciones o, de plano, pensando en llevar a nuestras revistas a otro nivel más allá del reconocimiento del Conacyt.

Por último está el siempre complicado asunto de superar lo mejor posible los conflictos del pasado y buscar la cooperación, a pesar suyo. Mientras algunas generaciones antropológicas de uno y otro bando tenían plena conciencia de los diferendos y agravios, las actuales los han ido dejando en los anaqueles de la historia profesional. Quizá no haya que olvidarlos del todo, porque también se aprende de ellos, pero tampoco hay que darles un papel central en las interacciones profesionales. Son éstas las que importan, no lo mal que nos hemos llevado hasta hoy. En todo caso esas rupturas son un constante recordatorio de que pueden volver a ocurrir en el futuro.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, "La antropología social", en *Las humanidades en México 1950-1975*, México, UNAM, 1978, pp. 545-644.
- "Antropología y prácticas profesionales diversas", en *Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales*, 2013.
- Ávila, Agustín, Fausto Martínez, Beatriz Quintanar y Marta Tello, *Las tesis de la ENAH. Ensayo de sistematización*, México, ENAH-INAH, 1988.
- Escalante, Yuri (ed.), *La experiencia del peritaje antropológico*, México, INI, 2002.
- Faulhaber, Priscila, "I Instituto de Antropología Social (EUA, Brasil e México): Um Artefato da Resposta Antropológica Ao 'Esforço de Guerra'", en *Mana*, vol. 17, núm. 1, 2011, pp. 9-39.
- García Mora, Carlos (ed.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 15 vols., México, INAH, 1987-1988.
- García Mora, Carlos y Andrés Medina (eds.), *La quiebra política de la antropología social en México*, 2 vols., México, UNAM, 1983-1986.
- García Valencia, Enrique Hugo, *Catálogo latinoamericano de tesis de antropología*, México, CIESAS Golfo, vol. I, 1989.
- Giglia, Ángela, Carlos Garma y Ana Paula de Teresa (eds.), *¿Adónde va la antropología?*, México, UAM, 2007.
- Giraud, Laura y Juan Martín-Sánchez (eds.), *La ambivalente historia del indigenismo. Campo interamericano y trayectorias nacionales 1940-1970*, Lima, IEP, 2011.
- Krotz, Esteban y Ana Paula de Teresa (eds.), *Antropología de la antropología mexicana. Instituciones y programas de formación*, 2 vols., México, UAM/Red MIFA/Juan Pablos, 2012.
- Lins Ribeiro, Gustavo y Arturo Escobar (eds.), *World Anthropologies. Disciplinary Transformations within Systems of Power*, Oxford/Nueva York, Berg, 2006.
- Montemayor, Felipe, "28 años de antropología", tesis, México, ENAH-INAH, 1971.
- Pérez Lizaur, Marisol y Tania Arce Cortés, "El programa de posgrado en antropología social de la Universidad Iberoamericana (1980-2005)", en Esteban Krotz y Ana Paula de Teresa (eds.), *Antropología de la antropología mexicana. Instituciones y programas de formación*, México, UAM/Red MIFA/Juan Pablos, 2012, vol. II, pp. 431-516.
- Poblocki, Kacper, "Whiter Anthropology without Nation-State? Interdisciplinary, World Anthropologies and Commoditization of Knowledge", en *Critique of Anthropology*, vol. 29, núm. 2, 2009, pp. 225-252.
- Rutsch, Mechthild, *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana (1877-1929)*, México, INAH/UNAM, 2007.
- Téllez-Girón, Ricardo y Luis Vázquez León (eds.), *Palerm en sus propias palabras. Las entrevistas al Dr. Ángel Palerm Vich realizadas por Marisol Alonso en 1979*, México, CIESAS/BUAP, 2013.
- Vázquez León, Luis, "Quo Vadis Anthropologia Socialis?", en Guillermo de la Peña y Luis Vázquez (eds.), *La antropología sociocultural en el México del milenio. Búsquedas, encuentros y transiciones*, México, FCE, 2002, pp. 50-104.
- _____, "Ángel Palerm y la institucionalización de la antropología social en México", en *Alteridades*, vol. 8, núm. 15, 1998, pp. 167-184.
- _____, *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, México, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, 2003.
- _____, "El indigenismo ha muerto. ¿Viva la gestión étnica empresarial?", en *Multitud y distopía. Ensayos sobre la nueva condición étnica en Michoacán*, México, PUMC-UNAM, 2010, pp. 181-219.
- _____, "Historia de la etnología. La antropología sociocultural mexicana", México, Primer Círculo Editorial, en prensa.
- Villalobos Nájera, Hugo y Rodolfo Coronado Ramírez, "La Escuela Nacional de Antropología e Historia, un proyecto académico-político, 1938-1981", tesis de licenciatura en antropología social, México, ENAH, 2003.
- Villarreal, Magdalena y Julia Preciado (eds.), *Dilemas, debates y perspectivas. Ciencias sociales y reflexividad*, México, CIESAS de Occidente, 2012.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979 [1974].

Las antropologías mexicanas y el multiculturalismo

Francisco Javier Guerrero*

Es conocida la definición del famoso antropólogo Sol Tax acerca de la ciencia por él desarrollada: “Antropología es lo que hacen los antropólogos”. En el caso de México, por lo menos desde 1917 –cuando, según se postula, “la Revolución se hizo gobierno”– las cosas fueron muy claras, como aduce el colega Guillermo de la Peña; la antropología en el siglo pasado tenía un objeto de estudio pronunciadamente específico: la población indígena del país. Pero después de 1968 la antropología mexicana parece más bien obedecer a la opinión de Tax, y uno se pregunta si se ha descarriado o se encauza en forma productiva.

Citaré algunos hechos que en apariencia carecen de vinculación entre sí, pero que en realidad muestran ciertas orientaciones en la antropología mexicana. En diversas ocasiones se tiene la impresión de que la mayoría de los miembros de nuestra sociedad no sabe muy bien con qué se come eso de la antropología. Cuando yo y otros colegas declaramos que nos dedicamos a tan al parecer esotérica disciplina, muchos suponen que podemos indicar si algunas figurillas de barro o de obsidiana que tienen en sus hogares son prehispánicas, de qué fechas son y de dónde provienen. Es decir, parten del supuesto de que somos arqueólogos y, en efecto, la arqueología es una rama importante de la antropología. Esta disciplina, considerada por Enrique Nalda, quien fue uno de los más destacados arqueólogos mexicanos, como una “paleoetnología”, es indispensable para auxiliar a ciencias como la historia.

Al respecto cito aquí la postura de un famoso y despistado arqueólogo respecto a la profesión que ejercía, ya que ello también se conecta con los azares, venturas y desventuras de la antropología en tierras aztecas. Ese arqueólogo medio pelmazo decía que la arqueología carecía de importancia en el presente, sin aplicación alguna para abordar problemas propios de la actualidad, ni incidía en la transformación social. Por supuesto, tales aseveraciones no eran más que disparates. La arqueología nos muestra tendencias generales de la evolución humana, así como las particularidades de los acervos culturales y el modo en que los seres humanos han enfrentado a diversos ecosistemas –lo cual, sin duda, muestra métodos y técnicas aprovechables en la época contemporánea–; descubre la existencia de concepciones y saberes –expresados, por ejemplo, en inscripciones grabadas en recipientes materiales–; analiza restos humanos asociados con ofrendas u otros rasgos materiales que se configuran como indicios de creencias religiosas o de estratificación social, entre otros aspectos. Concebir a la arqueología como algo inútil para conocer las sociedades actuales implica degradarla al nivel de un simple pasatiempo.

Por el contrario, el arqueólogo Jaime Litvak me dijo en una ocasión que la arqueología era una ciencia que se traslapaba con otras disciplinas antropológicas, pero que poseía un carácter

* Dirección de Etnología y Antropología Social, Coordinación Nacional de Antropología, INAH (fguerrero.deas@inah.gob.mx)

independiente. En relación con esto Litvak, que estaba muy influido por la arqueología estadounidense, no era un discípulo aventajado de los más destacados antropólogos mexicanos –algunos de los cuales no poseían títulos de antropólogos.

En la década de 1920 el notable maestro Moisés Sáenz –que en su práctica social era también un notable antropólogo– declaró que la etnología, la antropología social, la arqueología, la antropología física y la lingüística deberían conjugarse y converger en una sociología práctica, es decir que la antropología en México tenía como fin una transformación de la realidad social del país mediante una serie de acciones institucionales emprendidas básicamente por el Estado.

En principio se supone que cualquier ciencia tiene como objeto estudiar la realidad para transformarla, pero aquello en lo que se incide para llevar a cabo esa transformación varía según los diversos escenarios sociales.

En Estados Unidos la antropología se desarrolló, en principio, como una disciplina que en el marco de las ciencias sociales intentaba hallar los elementos esenciales del fenómeno denominado como “cultura”. Esto obedecía de manera sustancial al carácter pluricultural de ese país y a la tentativa de inhibir su importancia para lograr una mayor eficacia en la asimilación o “norteamericanización” de diversos grupos de migrantes, o bien de aprovechar algunos elementos de ese pluriculturalismo para fortalecer, no debilitar, el crisol asimilacionista –*melting pot*–. En atención a lo anterior, en esa nación se incrementaron las corrientes antropológicas “culturalistas”, de notable influencia en México, donde no obstante sufrieron cambios notorios debido a su encuentro con otras corrientes predominantes en nuestra nación.

Al irse desarrollando la nación estadounidense, también se desarrolló su expansionismo en el globo terráqueo. Por tal motivo la antropología del país vecino adquirió, según varios de sus críticos, una fisonomía “colonialista” o “imperialista” que la emparentó con las antropologías pergeñadas en los países europeos. En todo caso la presencia estadounidense en muchos lugares del mundo –que podía ser política, militar, social o ideológica, y más bien combinaba esos aspectos– requería estudios y análisis de las “idiosincrasias” de los pueblos con que los habitantes del país de Lincoln se hallaban en contacto.

Si bien la arqueología en el país del dólar verde no se hallaba segregada de otras disciplinas antropoló-

gicas, se remitía a estudiar las “sociedades de indios muertos”; por esa misma razón tuvo un fuerte impulso la disciplina llamada etnohistoria. En Estados Unidos la inquietud por conocer el pretérito precolombino se debe en buena medida a resolver problemas generales de la arqueología como los que ya apunté previamente. No se trataba tanto de estudiar a grupos étnicos desaparecidos, sino de analizar las diversas prácticas sociales de hombres y mujeres a través de la historia.

En México la arqueología responde a los principios enunciados por Sáenz, ya que la herencia prehispánica desempeña un papel tan protuberante, que algunos analistas como el antropólogo Guillermo Bonfil la postulan como el núcleo de la civilización auténtica de México –el “México profundo”–, opuesta a una civilización exógena –el “México imaginario”– que se ha impuesto por la fuerza en el país. De tal modo, aunque los antropólogos como Bonfil fueron y son fuertes críticos del llamado “indigenismo” –la política oficial del Estado Mexicano nacido de la Revolución de 1910 en cuanto a los grupos étnicos indígenas–, suscriben la unidad de las disciplinas antropológicas, sólo que desde el punto de vista de ellos mismos; la “sociología práctica” –casi confundible con una “antropología práctica” (que para algunos sería lo mismo que la antropología aplicada)– sería o debería ser una *praxis* dirigida por los propios pueblos que son materia de estudio de los antropólogos, y éstos, a su vez, deberían conformarse como un núcleo intelectual orgánico que coadyuvara a su propia emancipación.

Según ciertos colegas, como el polémico Luis Vázquez León, profundo estudioso de la antropología mexicana, en el México del siglo xx ha predominado una “antropología gubernamental”, y a fines de este siglo ha repuntado una “antropología académica”.

¿En qué consiste la antropología “gubernamental”? Aquí debemos partir del magno acontecimiento que fue la Revolución de 1910. Conforme a mi punto de vista, tal movimiento armado fue un conjunto de rebeliones populares por lo general conducidas por caudillos “modernizadores”, es decir, partidarios del establecimiento de un capitalismo más desarrollado y dinámico que el que despuntaba en tiempos del porfiriato (1876-1911), todavía muy atado a elementos y remanentes precapitalistas. El único movimiento en el proceso revolucionario de “esencia anticapitalista” fue el zapatismo, surgido en el estado de Morelos y aliado de la intelectualidad orgánica del magonismo, lo cual no significa que añorara los sistemas precapitalistas, co-

mo han declarado algunos analistas a los cuales no les funciona muy bien el cerebro.

Los triunfadores en la Revolución –componentes de una burguesía nacional ávida de crecimiento– se enfrentaban a una tarea de gran envergadura: por un lado trataban de imponer un sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción y en la explotación del trabajo asalariado; por el otro, debido a su “dependencia histórica” de un movimiento de masas populares, se veían obligados a crear e incluso a desarrollar hasta ciertos límites políticas reformistas y de corte populista. La antropología “gubernamental” tiene ese doble carácter, y quizá su mejor representante haya sido el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán.

A principios del siglo pasado existía en México un sector de la población que se hallaba al margen de la modernización: el compuesto por los grupos étnicos indígenas. Se consideró necesario integrarlos al desarrollo capitalista mediante su transformación en “agentes” de ese desarrollo, sobre todo como trabajadores, como campesinos protagónicos de una reforma agraria pilar de una industrialización o como trabajadores en otra rama de la economía, en forma medular como proletarios. Y por otra parte al desligarlos de sus medios de producción –en particular de la tierra–, que no tenían un carácter mercantil.

Sin embargo, no era posible abolir en su totalidad las diversas estructuras sociales en que se desempe-

ñaban los pueblos indígenas, ya que por un lado éstos se resistían a abandonar sus formas de asociación y, por el otro, exigían que se les ofrecieran tierras y otros medios de producción para explotarlos en un sentido no capitalista. Por eso el Estado se vio obligado a respetar con muchas reservas a las comunidades indígenas e incluso a crear cooperativas agrícolas, llamadas “ejidos”, en las cuales la tierra no se configuraba como un producto destinado al mercado. Por eso también algunas personas alegaron que en México existía una economía “mixta”, algo así como el vaso medio lleno y medio vacío: una sociedad medio capitalista y medio socialista. En realidad las conquistas sociales de la Revolución se fueron minando en forma gradual en razón directa del incremento del poderío de la burguesía nacional.

La antropología “gubernamental” estuvo estrechamente ligada al Estado y muchos de sus más destacados representantes fueron funcionarios públicos. Destaca en ese marco la presencia de Manuel Gamio (1883-1960), discípulo del antropólogo germano-estadounidense Franz Boas y uno de los precursores más notables del indigenismo mexicano. Aunque muy influido por el relativismo cultural estadounidense, Gamio fue un acérrimo defensor del nacionalismo y en sus trabajos empleó un enfoque histórico donde planteaba un criterio evolucionista en el que se apreciaba la idea de que las culturas del mundo iban desde peldaños inferior-



res hasta superiores, lo cual no era afín con el relativismo cultural de Boas. Gamio escribió en 1916 un libro de título significativo, *Forjando patria*, donde planteó que para convertirse en una auténtica nación México debía seguir el ejemplo de los países más desarrollados de la época, obviamente los más modernizados; en tiempos posteriores Gamio llegó a dirigir el Instituto Indigenista Interamericano.

Los antropólogos con o sin título que trabajaron más o menos entre 1917 y 1940 siguieron la trayectoria de Gamio y casi siempre mencionaron el problema indígena como un asunto con raíces en la estructura social y en la tenencia de la tierra. Esta postura cobró auge en la época del cardenismo, cuando se postuló que no había que indianizar a México, sino mexicanizar a los indios. La contraofensiva sumamente fuerte contra el populismo cardenista que ocurrió hacia 1938 logró que el llamado problema indígena se fuera concibiendo de otra manera. La antropología “gubernamental” alcanzó en 1939 un ápice con la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Esta institución tenía y tiene un papel sumamente relevante en el estudio, la salvaguarda y el desarrollo del patrimonio cultural de México. Su papel es central en defender un conjunto de opciones culturales en un mundo donde los grupos dominantes intentan uniformar los patrones de pensamiento y de cultura. En el interior del INAH se creó, además, un importante centro de formación de antropólogos: la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), que durante muchos años contó con un gran prestigio internacional.

El declive de las conquistas sociales de la Revolución mexicana a partir de 1940 se tradujo en un viraje en el contenido de la antropología “gubernamental”: empezó a reinar el “casismo”, al cual llamo de esa manera por la influencia preponderante del abogado y arqueólogo Alfonso Caso, que desligó el problema indígena del estudio de la estructura social y lo concibió como un problema cultural. Según esta concepción, el rezago indígena se debía a la primacía de valores propios de los grupos étnicos, los cuales resultaban anti-téticos ante los propios de la modernización. Caso fue así el prototipo de las concepciones llamadas “desarrollistas” en la antropología mexicana, de forma que se excluyeron aquellos estudios que intentaban profundizar en las raíces sociales tras la explotación y opresión de los indígenas. Caso fue asimismo el director y fundador del Instituto Nacional Indigenista (INI) en 1948, como también lo fue del INAH. Aunque brillante arqueó-

logo, su influencia ideológica subordinó a los pueblos indígenas, de este modo convertidos en receptores pasivos de prácticas asistencialistas.

El más brillante de los antropólogos oficialistas fue Gonzalo Aguirre Beltrán, quizá el más importante director que haya tenido el INI. Para Aguirre el subdesarrollo de las zonas indígenas se debía a que éstas eran explotadas por un centro mestizo de carácter atrasado y reacio a la modernización capitalista, dirigido por caciques y arribistas discriminadores de los indígenas. Para tener acceso al progreso, tanto los indígenas como sus opresores debían convertirse en sujetos propulsores de la modernización, para lo cual Aguirre consideraba que unos y otros debían ser componentes de las clases más propulsoras en el mundo contemporáneo: la burguesía y el proletariado. Los afanes nacionalistas del doctor Aguirre fueron desechados en forma gradual; allá por la década de 1970 él me dijo que las acusaciones de oficialista en su contra se hallaban erradas porque el presupuesto del INI era muy magro.

En esta anorexia de la antropología mexicana, el INAH, y la ENAH en particular, fueron cayendo presas de una rutina burocrática que dificultaba tanto la enseñanza como la investigación. En la década de 1960 la influencia avasalladora de los movimientos de emancipación colonial y de las revoluciones china y cubana provocaron otro viraje en los senderos de la antropología. Se empezó a presionar para que esta ciencia apoyara las metas de “los condenados de la tierra” –para recordar a Frantz Fanon–, aunque muchos pensaban que la antropología, por su propia esencia, era una ciencia colonialista. En este marco apareció un conjunto de antropólogos apodado como *los Magníficos*, que realizaron una fuerte crítica al casismo, lo cual incluso ocasionó una enorme irritación a don Alfonso, que llenó de improperios a esos colegas. Éstos eran Ángel Palerm, Guillermo Bonfil, Arturo Warman, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera, Enrique Valencia y Daniel Cazés, los cuales consideraban que la burocracia del INAH había ahogado las tareas de investigación en esa institución. Tan fue así, que Bonfil habló con el entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Pablo González Casanova, para que la máxima casa de estudios absorbiera la enseñanza y la investigación antropológica, en una misión que no fructificó.

Ángel Palerm, que además de ser un excelente antropólogo era un hombre avezado en las lides de la política, procuró crear métodos y mecanismos para librar

el desarrollo antropológico del lastre oficialista, por lo cual impulsó la enseñanza de la antropología en la Universidad Iberoamericana con el apoyo de los jesuitas, en la Universidad Autónoma Metropolitana, campus Iztapalapa, y por último con la fundación del Centro de Investigaciones Superiores del INAH (CISINAH), cuya meta principal, precisamente, consistía en liberarse de esta última institución. Con diversos apoyos, muchos del propio gobierno, el CISINAH devino Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

De acuerdo con las concepciones palermianas, los objetivos antiguos del INAH ya no tenían razón de ser en un mundo urbano e industrializado. Por otra parte, Palerm consideraba que la máxima ambición de los antropólogos era crear una ciencia muy rigurosa, lo cual excluía a la antropología de ser sólo un instrumento político. De ahí que Luis Vázquez llame a esta antropología “antropología académica”, que en principio era opuesta a la “gubernamental” y que ahora se encuentra convergiendo con ella.

Además, apareció en la escena otra protagonista fundamental: la corriente marxista, estimulada a principios de la década de 1960 por estudiantes como Gilberto López y Rivas, Javier Mena, Héctor Díaz Polanco, Luisa Paré, Roger Bartra –hoy al parecer arrepentido de sus coqueteos con el señor Karl Marx– y otros más: las posiciones izquierdistas tuvieron un empuje fundamental debido al surgimiento y desarrollo del movimiento estudiantil de 1968, que en parte rompieron las inercias burocráticas del INAH y de la ENAH. Incluso aparecieron entidades donde las asambleas de académicos y administrativos eran la instancia máxima de decisión; por ejemplo, la ENAH y la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS).

La idea de que existen dos antropologías, la “gubernamental” y la “académica”, no toma en cuenta que la antropología en México posee una multitud de ramales y vertientes. La historia de la antropología en México no se reduce a una lucha entre Alfonso Caso y Ángel Palerm. Importantes papeles en estos desempeños han tenido antropólogos destacados desde finales del siglo pasado, como el propio Luis Vázquez, Jesús Jáuregui, Saúl Millán, Luisa Paré, Eckart Boege, Leticia Reina, Marta Lamas y otros. La confluencia de muchas corrientes en México se ha impuesto en forma casi sorpresiva. En la actualidad coexiste una multitud de escuelas, corrientes, enfoques metodológicos, técnicas adecuadas en diferentes especialidades antro-

pológicas e incluso proclividades subjetivas de los antropólogos. Hay escuelas de antropología en Veracruz, Puebla, Chihuahua y otros lugares.

Cabe recalcar aquí un hecho: si bien la antropología es una ciencia esencial para resolver lo que Andrés Molina Enríquez llamaba “los grandes problemas nacionales”, también resulta notable que la orientación actual del Estado conciba al patrimonio cultural como un objeto mercantilizable, en especial en escenarios turísticos. En este sentido, las formulaciones realizadas por el colega Bolfy Cottom parecen correctas: él dice que el INAH se ha convertido en un obstáculo para los planes privatizadores y neoliberales dominantes en el país.

A mi juicio, el rescate de la antropología en México tiene como uno de sus pivotes esenciales una trayectoria histórica de gran peso que se corresponde con las demandas esenciales de los sectores populares en pro del progreso y la emancipación de todos sus componentes. El contenido progresista de la antropología mexicana no puede ser echado junto con el agua sucia después del baño. Los Gamio, los Bonfil, incluso los Aguirre Beltrán, deben ser arquetipos ejemplares para las nuevas generaciones de antropólogos, que deben aprender de ellos para superarlos.

En su más famoso libro, Bonfil Batalla se quejaba con amargura de que la Revolución no derrotó a Porfirio Díaz, sino a Emiliano Zapata, representante del “México profundo”. En mi opinión no fue la Revolución, sino la contrarrevolución, y el “México profundo” no es sólo el México indígena mesoamericano, sino un pueblo que está creando una civilización basada en múltiples raíces. Al respecto se deben establecer estudios antropológicos avanzados también sobre el México de afuera, en particular del que radica en Estados Unidos. Llama la atención que muchos compatriotas en ese país se encuentren más interesados en revitalizar nuestro patrimonio cultural que muchos habitantes de nuestro país azteca. En el INAH existe el Seminario Permanente de Estudios Chicanos y de Fronteras (SPECHF), que ha logrado muchos éxitos en su desempeño. Sería importante que existiera ya un departamento del INAH abocado a tales estudios.

En sus 75 años de vida, el INAH sigue siendo un pilar fundamental que nutre el multiculturalismo, cuya impronta se está dejando sentir en todo el mundo. A pesar de las grandes dificultades y obstáculos, esto hará que nuestro planeta sea un lugar más adecuado para la existencia humana.

Diario de Campo: una revista para hacer comunidad.

Conversación con Gloria Artís

Óscar de Pablo*

En diciembre de 2013 conversamos, en las instalaciones de la Coordinación Nacional de Antropología (CNAN), con la maestra Gloria Artís Mercadet, la principal responsable del nacimiento y desarrollo de la revista *Diario de Campo*. Magnífica conversadora, Artís conserva recuerdos precisos y apasionados de su gestión al frente de la revista. Y tiene buenas razones para sentirse orgullosa.

Experiencia previa

A finales de 1997, durante la primera gestión de Teresa Franco como directora general del INAH, Gloria Artís fue nombrada titular de la CNAN. Para ese punto Artís ya tenía una experiencia considerable. Etnóloga y maestra en ciencias antropológicas, con una larga trayectoria en la docencia y coordinadora de varios libros, había sido directora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), así como directora de Operación de Sitios Arqueológicos. Estas experiencias aportaron muchos de los instrumentos y relaciones de colaboración que luego harían posible el éxito de *Diario de Campo*.

Así, como directora de la ENAH Artís entró en contacto por primera vez con la labor editorial, pues desde entonces la escuela producía la revista académica *Cuicuilco*, entre otras publicaciones. De esa época data su colaboración con el diseñador editorial Euriel Hernández, que luego sería una pieza clave de *Diario de Campo*, junto con Daniel Hurtado.

Del mismo modo, su gestión con los sitios arqueológicos le dejó una experiencia editorial que resultaría clave, pues desde este puesto dirigió la señalización

de 148 zonas arqueológicas. De esta labor cabe destacar la versión de la totalidad de los cedularios en las lenguas indígenas correspondientes a cada zona. Gran parte de esa señalización multilingüe sigue accesible en los sitios arqueológicos del país.

El desafío de la vinculación

No bien ocupó la CNAN, en 1997, Artís decidió llevar a cabo un estudio del estado de las investigaciones que le permitió detectar un problema fundamental: la dispersión de la labor de los investigadores. Según el diagnóstico al que se llegó, en todo el país se llevaban a cabo trabajos excelentes que muchas veces abordaban temáticas semejantes, aunque pocos sabían lo que estaban haciendo los demás. “El diálogo entre pares”, explica Artís, enfática, “es fundamental para la academia”. Ningún antropólogo ignora que la producción de conocimiento no ocurre en forma aislada, pues se trata de una labor por necesidad social, colectiva. La comunicación académica, la conversación con el objeto de estudio, con los libros, con uno mismo y con los otros es una tarea intrínseca de la investigación.

A fin de responder a este desafío, en el primer año de su gestión como coordinadora Artís lanzó diversos proyectos. Uno fue la compilación y publicación de un catálogo nacional que daba cuenta de más de 900 investigaciones en curso. Otro fue una serie de proyectos colectivos de investigación, la cual se inició con uno dirigido a las regiones indígenas –“Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio”–, en el que se conjuntaron y organizar los esfuerzos de 120 investigadores del INAH, especialistas en la temática. Muchos de ellos, por cierto, no se conocían a pesar

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH
(revista.cnan@inah.gob.mx)

de haber formado parte de la misma institución durante años. “El propósito”, explica Artís, “era lograr una mayor proyección e impacto de los resultados de investigación hacia fuera, pero esto no podía darse sin un profundo y sistemático diálogo interno.”

Por último, el tercer proyecto que la CNAN emprendió en 1998 para favorecer la vinculación entre los antropólogos de las distintas disciplinas fue *Diario de Campo*, que surgió como un modesto “boletín interno” mensual. Su primer número, de apenas ocho páginas, apareció en mayo de 1998. En su mayor parte se componía de anuncios y convocatorias académicas, ilustrados con grabados, aunque también incluía una página de noticias y un breve artículo que los doctores Alicia Barabas y Miguel Bartolomé enviaron desde el Centro INAH Oaxaca, para comentar una iniciativa de ley de derechos indígenas en esa entidad.

El número incluía una presentación firmada por la CNAN que vale la pena citar completa:

El propósito de *Diario de Campo* es el de proporcionar información de interés para los investigadores del INAH y, también, el de constituirse en vehículo de comunicación académica entre ellos. Es una necesidad sentida vencer el aislamiento con el que con frecuencia se trabaja. *Diario de Campo* busca contribuir a lograr esta tarea. Por su misma naturaleza, la Coordinación Nacional de Antropología concentra información sobre proyectos y avances de investigación sobre actividades académicas programadas en el área metropolitana y en los Centros INAH, y otras estrechamente vinculadas con la docencia y la investigación. Es nuestra intención socializar esa información. Pero no se trata solamente de esto, sino también de dar a conocer inquietudes, búsquedas, tropiezos y éxitos de los investigadores en su cotidiana labor como tales. Es, por tanto, este boletín de los investigadores y para ellos. En mucho dependerá de su participación que se alcancen los objetivos trazados.



Y así ocurrió. Gloria Artís estableció una estrecha colaboración con Roberto Mejía, que junto con los diseñadores Euriel Hernández y Daniel Hurtado sería otra de las piezas clave de la primera época de *Diario de Campo*.

Por su parte, la Dirección General del INAH aprobó el proyecto de publicación y le destinó una cantidad determinada de papel, pero nada de fondos por el momento: “La mayor parte del trabajo”, recuerda Artís, “era estrictamente voluntario: el de los diseñadores, los correctores, los impresores”.

Con el objetivo de distribuir el boletín se compiló una base de datos de todos los investigadores del INAH en el ámbito nacional. La revista se distribuyó, siempre de manera gratuita, tanto a los investigadores y personal de confianza como a los archivos y bibliotecas que la solicitaban.

Un apoyo fundamental, comenta Gloria, agradecida, lo representó el de los trabajadores de la Oficialía de Partes del instituto, quienes empezaron a cumplir, sin pago extra alguno, una función que resultaría esencial: su distribución mensual en los centros de trabajo del INAH a lo largo y ancho del país, una labor que realizaban a la par con la nómina. Conforme el volumen de la publicación empezó a crecer, el trabajo se volvió considerable, si bien los trabajadores de Oficialía de Partes jamás se negaron a llevarlo a cabo.

En cuanto al contenido, Artís es enfática: “Publicábamos lo que los colegas nos enviaban. No poníamos ninguna restricción”. Debe tenerse en mente que el fin de la publicación de ningún modo consistía en servir a una línea editorial propia, sino tender puentes entre los investigadores del INAH.

Muy pronto se amplió el número de colaboradores que enviaban artículos y textos de diversos géneros, incluyendo necrologías y notas sobre titulaciones y logros académicos, de modo que en cierto sentido el boletín empezó a funcionar, dice Artís, como una “radio de pueblo”.

De boletín interno a revista

Poco a poco los colegas se fueron animando a enviar, además de noticias y textos de investigación, poemas, dibujos, fotografías y otros materiales, así como a proponer secciones. Desde el principio se consideró que el contenido gráfico no se trataría como una mera ilustración de los textos, sino como un documento con valor autónomo: un criterio que *Diario de Campo* ha mantenido.

Esta política de “no restricciones”, recuerda Gloria Artís, obligaba a los operadores de la revista a trabajar con intensidad y a editar números con extensiones muy variables. Nunca se pudo –ni se quiso– establecer un número fijo de páginas. Aquella política no restrictiva era el factor decisivo para conseguir que el personal académico del INAH en verdad se sintiera dueño de la publicación. Y, en efecto, explica Artís, “los colegas se apropiaron de ella”. Desde luego, la presión del tiempo y la falta de recursos obligaban a los editores a trabajar a contrarreloj, por lo que en esa época surgió un lema jocoso: “Si no tiene erratas, su *Diario de Campo* es apócrifo”.

Algunas anécdotas

Uno de los números memorables fue el que apareció en junio de 1999 para conmemorar el primer año del boletín. En aquella ocasión, con la autorización de la Dirección de la ENAH, Artís acudió en forma personal a los Libros de Actas de Exámenes Profesionales para conseguir las fotos de titulación de varias centenas de investigadores, la mayoría aún en activo. Fue un número de antropología de los antropólogos e historia de los historiadores. Así, se reunieron fotografías que se remontaban a décadas hacia atrás.

Conforme el número se preparaba, José Luis Motezuma, entonces director de Lingüística, sugirió que las fotografías se presentaran sin nombre, pero numeradas, y con un acertijo en la portada: “Adivine quién es quién”. Al final de la revista aparecía el listado que permitía reconocer a cada uno. El número tuvo tal éxito que fue necesario extender este juego a los dos números siguientes. Muchos antropólogos de otras instituciones buscaron adquirir por cualquier medio la publicación: fue inútil, pues se agotó.

Para 2002 o 2003, recuerda Artís, *Diario de Campo* ya era una revista tan exitosa que la Dirección General del INAH le destinó fondos. Para entonces habían pasado casi cinco años de funcionamiento con base en el trabajo voluntario. Al poco tiempo, el aumento en el tamaño de la publicación obligó a transformar su periodicidad de mensual a bimestral.

Pronto los artículos más extensos empezaron a publicarse en suplementos o cuadernos temáticos. El primero fue “Un etnólogo estudia al mariachi”, de Jesús Jáuregui. Los artículos de estos suplementos empezaron a pasar por un dictamen riguroso, si bien esa restricción, aclara Gloria, “no la pusimos nosotros. La pidieron los propios colegas”.

Una anécdota en particular conmovedora tuvo lugar en relación con el número 100, de 2008, dedicado a conmemorar los 40 años del célebre movimiento estudiantil. Para ese número Gloria Artís solicitó artículos a varios investigadores, entre ellos la doctora Margarita Nolasco, que había participado en el movimiento y estuvo en Tlatelolco aquel 2 de octubre de 1968. En ese momento Nolasco convalecía de una operación y se quejaba de algunas dolencias. Sin embargo, el encargo de escribir sobre el 68 la entusiasmó, por lo que aceptó de inmediato y se puso a escribir.

Por desgracia, las molestias de la doctora Nolasco resultaron ser síntomas de una complicación más grave y falleció el mismo día en que se le pidió el artículo, por lo que lo dejó inconcluso. Sin embargo, uno de sus hijos decidió terminarlo. El texto se publicó en *Diario de Campo* hasta donde lo dejó Margarita, con el añadido de su hijo.

Otra sección memorable de *Diario de Campo* correspondía a las semblanzas, que eran piezas dirigidas a conmemorar el conjunto de la obra de antropólogos reconocidos. En general, estos homenajes se hacían a espaldas del homenajeado, con la colaboración de sus colegas, discípulos y familiares, de manera similar a una “fiesta sorpresa”.

No obstante, a veces resultaba imposible mantener el proyecto en secreto. Por ejemplo, cuando el maestro Fernando Cámara Barbachano se enteró de que se estaba preparando una semblanza dedicada a él, insistió en participar, y una vez publicada solía llevar el número bajo el brazo para mostrárselo a quien quisiera verlo. Se sentía honrado, sin saber que era él quien honraba a *Diario de Campo*.

Según relata Artís, era frecuente que fotógrafos muy talentosos y reconocidos ofrecieran parte de sus acervos para su publicación en *Diario de Campo*. Y eso no sólo ocurría con fotógrafos vivos. En más de una ocasión los deudos de algún fotógrafo o antropólogo fallecido enviaban a la revista el acervo gráfico que conservaban. En ningún caso mediaba un interés monetario: sólo pedían que los materiales aparecieran en la revista con los créditos correspondientes.

Uno de los mayores entusiastas de la revista era nada menos que el escritor Carlos Monsiváis. Al cumplirse 10 años de la revista, en 2008, Julieta Gil, directora de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, propuso celebrar un acto conmemorativo. En cuanto tuvo noticia del acto que se preparaba, Monsiváis se ofreció de modo espontáneo a tomar parte como orador en el acto.

Otro amigo y colaborador voluntario de la revista, que participó en el nutrido evento celebrado en el emblemático Museo Nacional de Antropología, fue el fotógrafo Pedro Valtierra.

Desde entonces

Los proyectos de vinculación que lanzó Artís, entre los cuales *Diario de Campo* ocupó un lugar destacado, permitieron cimentar una comunicación permanente entre los investigadores. Otro de los muchos frutos concretos y relevantes de esta comunicación fue el proyecto colectivo, multidisciplinario e interinstitucional de estudios sobre Guerrero, cuyas actividades continúan.

Bajo la dirección de Gloria Artís y Roberto Mejía, entre mayo de 1998 y mayo de 2009 se publicaron nada menos que 104 números, además de 54 suplementos de *Diario de Campo*. Pese al profesionalismo de su apariencia gráfica y el interés de sus contenidos, durante ese periodo la revista nunca perdió el cintillo que la describía, modestamente, como “Boletín interno de los investigadores del área de antropología”.

También en 2009, cuando el director general del INAH era Alfonso de María y Campos, el doctor Francisco Barriga asumió la titularidad de la CNAN y, con ella, la dirección de la revista. Con un nuevo equipo –con la participación de Gloria Falcón–, una nueva visión y un diseño más uniforme, en julio de 2010 empezó a aparecer una nueva época de *Diario de Campo*, con una presentación en que se enfatizó su función como “medio de divulgación”.

Entre los desafíos que *Diario de Campo* enfrenta en la actualidad se incluye el de regularizar, catalogar y completar su propio acervo de números anteriores, con miras a la realización de un índice analítico y a su conservación a largo plazo.

De manera fundamental, estamos convencidos de que el estudio de la primera década de *Diario de Campo* no sólo cumple una deuda de reconocimiento con Gloria Artís, Roberto Mejía, Euriel Hernández, Daniel Hurtado y el reto de los colaboradores de la revista, sino que también nos proporciona un instrumento invaluable para reorientar la publicación en el sentido de las necesidades actuales de nuestra comunidad científica.

En cuanto a la propia maestra Gloria Artís, tras su paso por la CNAN volvió a la investigación y a la docencia. En la actualidad imparte clases en la ENAH y lleva a cabo un proyecto de investigación en torno al proceso actual de independencia en Cataluña.

In memoriam

A lo largo de 2013 y en lo que va de 2014 murieron varios compañeros y colegas destacados en los ámbitos de la antropología, etnohistoria, historia, arqueología, arquitectura, restauración y otros campos de las ciencias y artes en México. Quienes integramos la Coordinación Nacional de Antropología del INAH celebramos hoy sus vidas, agradecemos sus contribuciones a la cultura y al patrimonio de nuestro país y manifestamos nuestra solidaridad con sus deudos.

Pedro Ramírez Vázquez (1919-2013)

Destacado promotor de la cultura antigua de México, el arquitecto Ramírez Vázquez proyectó algunos de los principales recintos del INAH, entre ellos el Museo Nacional de Antropología –que en 2014 cumple 50 años–, el Museo del Templo Mayor, la Galería de Historia –Museo del Caracol–, y el Museo de Sitio de Teotihuacán. También fue responsable del Museo de las Civilizaciones en Nubia, Egipto, entre otros recintos internacionales. Como urbanista fue autor de diversos proyectos arquitectónicos relevantes, como el Estadio Azteca, el trazo de Ciudad Satélite o la nueva Basílica de Guadalupe, en la ciudad de México. En 1973 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes que otorga el gobierno mexicano. En 1986 obtuvo el grado de comendador de la Orden de las Artes y de las Letras, conferido por el Ministerio de Cultura de Francia. En 1996 recibió el doctorado *honoris causa* por la UNAM, y en 2004 un reconocimiento del INAH.

Santiago Genovés Tarazaga (1923-2013)

Nacido en Orense, España, llegó a México a los 15 años de edad, cuando sus padres buscaron refugio

en nuestro país durante la Guerra Civil española. Estudió antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y obtuvo su doctorado en ciencias antropológicas en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA) de la UNAM, desarrolló trabajos de paleontología y de evolución. Sus estudios de antropología física incluyeron temas como los orígenes del conflicto, la fricción, la agresión y la violencia, a la que consideraba producto de la cultura y no de determinaciones genéticas. Su libro *Expedición a la violencia* (México, FCE/UNAM, 1993) se convirtió en una ampliación de la declaración sobre la violencia, adoptada por la UNESCO y por más de 100 sociedades científicas del mundo.

Guillermo Tovar y de Teresa (1956-2013)

Historiador erudito, promotor de la cultura y defensor del patrimonio cultural, a los 23 años de edad publicó su primer libro: *Pintura y escultura del Renacimiento en México*. Fue colaborador del INAH en diversos proyectos y en 1985 recibió el nombramiento oficial como cronista de la ciudad de México. Dos años más tarde propuso la fundación del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, donde colaboraron pensadores como Octavio Paz, Rufino Tamayo y José Luis Martínez. A lo largo de su vida mostró una gran pasión por el mundo novohispano. Entre sus numerosos libros destaca *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*. También fue miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, así como miembro honorario de la Sociedad Hispánica de América, con sede en la ciudad de Nueva York.

Salvador Díaz-Berrio Fernández (1940-2013)

Promotor y gestor del patrimonio en México, el arquitecto Díaz-Berrio fue uno de los principales responsables de las declaratorias de zonas de monumentos históricos, así como de la promoción de distintas ciudades del país para ser reconocidas como patrimonio de la humanidad —él se encargó de preparar el expediente para la declaratoria de Chichén Itzá, en 1988—. Fue fundador de la maestría en arquitectura con especialidad en restauración de monumentos de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía “Manuel del Castillo Negrete” (ENCRYM), donde impartió la cátedra de Teoría de la Restauración. También fue autor de más de 50 libros sobre restauración e impartió clases en diversas instituciones. En 1986 recibió el Premio Francisco de la Maza del INAH.

Rubén Bonifaz Nuño (1923-2013)

Poeta y filólogo, dedicó gran parte de su vida a la labor pionera de “descolonizar” a México mediante el análisis de las imágenes prehispánicas como fuente primaria. Fundó y dirigió el Centro de Estudios para la Descolonización de México en la UNAM. Como académico y colegiado en la Junta de Gobierno de la UNAM, instó a que los programas de estudios y los libros de texto gratuito retomaran la trascendencia de las civi-

lizaciones prehispánicas, lo cual se logró mediante el Programa de Formación Cívica y Ética. Fue fundador y director del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Reconocido como traductor de los clásicos griegos y latinos, fue también autor de *Imagen de Tláloc*, análisis iconográfico y textual donde argumentó que la escultura mexicana conocida como *Coatlicue* era una representación del dios Tláloc. Su producción poética entre 1945 y 1971 quedó recopilada en el libro *De otro modo lo mismo, poesía 1945-1971* (1978), cuya producción posterior se reunió en *Versos, 1978-1994* (1996), publicada por el FCE. Obtuvo el Premio Nacional de Ciencias, Letras y Artes en 1974, el Premio Alfonso Reyes en 1984, el Jorge Cuesta en 1985, el Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde en 2000, y fue miembro de El Colegio Nacional.

Luis Ortiz Macedo (1933-2013)

Al enfocar su labor profesional en la conservación patrimonial, en 1963 fundó el Instituto de Restauración de Monumentos, el primero en su tipo en América. Estudió un posgrado en restauración de monumentos en Francia y se desempeñó en esta área en Italia, Bélgica y España. En 1956 creó el Seminario de Historia de la Arquitectura en la UNAM, del que fue secretario hasta 1960. Dirigió el INAH a finales de la década de 1960 y más tarde el Instituto Nacional de Bellas Artes (1972-1974). Fue



responsable de la restauración de las plazas de Santo Domingo, la de Regina Coeli, la Loreto, la de Santa Catarina, la de la iglesia de la Santa Veracruz, así como del jardín de San Fernando y la Rotonda de las Personas Ilustres, en el panteón civil de Dolores. Asimismo participó en los trabajos de restauración de Palacio Nacional, del Teatro de la Ciudad “Esperanza Iris” y del Palacio de Bellas Artes, entre otras. Fue docente en la UNAM y en las universidades Iberoamericana, de Guanajuato y Anáhuac, donde estuvo al frente de la Facultad de Arquitectura entre 1982 y 1994, además de que escribió alrededor de una docena de libros.

Julio César Montané (1927-2013)

Nació en Chile, donde estudió arqueología y paleontología e investigó el caso de los primeros asentamientos humanos en Cahuil (1951). Trabajó en los museos de La Serena y el de Historia Natural. Perteneció a la Sociedad de Antropología e Historia “Doctor Francisco Fonck” en Viña de Mar. Llegó a México invitado por el antropólogo Guillermo Bonfil Batalla, entonces director del INAH, y dedicó sus estudios a la historia novohispana de Sonora, entidad donde fue investigador del Centro INAH, con el desarrollo de proyectos como el de “Historia de la mujer en Sonora. De la prehistoria a la época actual”. Impartió clases en las licenciaturas de historia y sociología en la Universidad de Sonora. Sus obras son un referente clave para comprender el desarrollo histórico de esta región. Entre otras destacan *Marxismo y arqueología* (1980), *Atlas de Sonora* (1993), *Por los senderos de la quimera: el viaje de Fray Marcos de Niza* (1995), *Intriga en la corte* (1997), *Viaje por Sonora. Alphonse Louis Pinart* (1998), *Diccionario para la lectura de textos coloniales en México* (1998), *El mito conquistado: Álvaro Núñez Cabeza de Vaca* (1999), *La expulsión de los jesuitas de Sonora* (1999) y un “Diccionario enciclopédico de Sonora”, aún sin editar.

Eleazar López Zamora (1947-2013)

Director de la Fototeca del INAH entre 1982 y 1995, sentó las bases de una institución moderna, convertida hoy en la Fototeca Nacional. Enriqueció este fondo con acervos como el de las tarjetas de visita de Cruces y Campa, del siglo XIX, los registros de Guillermo Kahlo de los edificios históricos nacionales y otras miles de imágenes con soportes en placas, nitratos, albúminas,

ferrotipos y negativos de diverso formato. Durante su gestión la Fototeca se convirtió en el modelo para otros repositorios de imágenes en el país, al iniciar la digitalización del inmerso acervo en 1993. Su trayectoria le valió en 2006 la entrega de la Medalla al Mérito Fotográfico por sus aportaciones al desarrollo de la investigación, conservación y difusión de la imagen, otorgada por el Sistema Nacional de Fototecas del INAH.

María Teresa Jaén Esquivel (1933-2014)

De origen panameño, ingresó al INAH en 1959 y a partir de 1964, año en que se creó el Departamento de Antropología Física, hoy Dirección de Antropología Física, recibió el nombramiento de profesora investigadora de tiempo completo. En 1962 presentó la tesis de grado “Comparación de los métodos para estimar la capacidad craneana”. En 2012 presentó su examen doctoral, titulado “Condiciones de vida y salud en una comunidad religiosa de la ciudad de México, en los siglos XVI al XIX”. Fue docente en instituciones como la ENAH, la Universidad Iberoamericana, la Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional y el Centro Universitario de Ciencias Humanas. El trabajo de laboratorio absorbió buena parte de su tiempo académico. Muchos de los antropólogos físicos más notables de la actualidad aprendieron con ella no sólo sobre la limpieza, restauración, consolidación, reconstrucción, marcado y embalaje de restos óseos, sino también cómo realizar la descripción morfométrica de un esqueleto y, sobre todo, a reconocer e identificar aquellos padecimientos que dejan huella en los huesos.

Sumó más de 50 años ininterrumpidos de labores como investigadora del INAH, cuyos más recientes trabajos versan sobre condiciones de salud y vida entre las monjas del ex convento de San Jerónimo (trabajo de tesis doctoral), displasias óseas en el México antiguo y paleopatología en colecciones del occidente del país. También llevó a cabo la exploración de dos tumbas en la zona arqueológica de Zaachila, Oaxaca; de restos del convento de Tepetzotlán, en el Estado de México; de enterramientos humanos en la zona arqueológica de Tlatilco, en la misma entidad; de entierros coloniales en la nave de la iglesia del ex convento de San Jerónimo, en el Distrito Federal, y en otras áreas del mismo recinto. Fue cofundadora de la Sociedad Mexicana de Antropología Biológica, y miembro de la Sociedad Mexicana de Antropología y la American Association of Physical Anthropologists.

Beatriz Braniff Cornejo, Tita (1925-2013)

Arqueóloga emérita del INAH, estudió en la ENAH. En sus investigaciones exploró diversos sitios: comenzó en el valle de México, en el cerro de La Estrella y Tlatilco; siguió en la Sierra Gorda de Querétaro, hasta llegar al norte en Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas y Sonora. Sus intereses en el norte la ayudaron a redefinir el concepto de “culturas del norte”, a fin de integrarlas al atlas de la arqueología nacional, con lo que se le reconoció como un de las primeras arqueólogas que realizaron investigaciones de las culturas del norte. Dirigió el Centro de Estudios Antropológicos de Occidente en la Universidad de Colima y coordinó, entre otros, el proyecto arqueológico en Paquimé. Una de sus grandes propuestas sobre los términos para comprender el norte de México fue la consideración de que la frontera actual no sirve para entender el mundo mexicano durante la colonia y el periodo prehispánico, cuando llegaba hasta Arizona, Utah y Colorado.

En el prólogo del libro *Nómadas y sedentarios en el norte de México: homenaje a Beatriz Braniff*, de Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuente y muchos autores más, William Merrill se la reconoció por sus contribuciones al mejor entendimiento del norte de México y sus habitantes, así como por sus aportes a la investigación y desarrollo de la arqueología de México. También fue llamada por la arqueóloga Paloma Estrada Muñoz la “caminante de la Gran Chichimeca.” Entre sus publicaciones se encuentran *La posibilidad de comercio y colonización en el noroeste de México, vistos desde Mesoamérica* (1976), *La arqueología, la historia y la subsistencia moderna. Foro Interamericano la cultura Popular y la Educación Superior* (Universidad de Colima, 1980), *Diseños tradicionales mesoamericanos y nortños. Ensayo de interpretación. Arqueología del occidente y norte de México. Homenaje al Dr. J. Charles-Kelly*. (México, UNAM/INAH, 1986); *The Identification of Possible Elites in Prehispanic Sonora, Southwest Symposium. Arizona State Museum* (Tempe, 1987). Fue integrante del Consejo Nacional de Arqueología entre 1989 y 1991, así como directora del proyecto “Museo de las Culturas del Norte Casas Grandes” entre 1992 y 1995. Coordinó el Centro de Estudios Antropológicos del Occidente, Colima, entre 1995 y 2000.

José Emilio Pacheco (1939-2014)

Narrador, columnista, poeta, antologador y traductor, fue investigador del Centro de Estudios Históricos

del INAH y profesor en la UNAM, en la Universidad de Maryland y algunas otras instituciones de Reino Unido, Canadá y Estados Unidos. La mayoría de sus títulos poéticos se encuentran reunidos en el libro *Tarde o temprano. Poemas 1958-2000*, (México, FCE, 2000). Fue autor de las novelas *Morirás lejos* y *Las batallas en el desierto*, y tres libros de cuentos: *La sangre de Medusa*, *El viento distante* y *El principio del placer*. También editó *Antología del modernismo* y obras de autores como Federico Gamboa y Salvador Novo. Entre otros galardones recibió el Premio Cervantes (2009); el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2009); el José Donoso (2001); el Octavio Paz (2003); el Internacional Alfonso Reyes (2004) y el Xavier Villaurutia (1973).

François Lartigue Menard (1943-2014)

Antropólogo francomexicano y conocedor inigualable del mundo maya guatemalteco, Lartigue llegó a México en la década de 1970. Fue fundador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y a partir de entonces investigador de esa casa de estudios. Apasionado conocedor de México y acucioso investigador de los procesos étnicos en las sierras tarahumara, huasteca y de Oaxaca, entre otros.

En el campo del arte no podemos dejar de mencionar la aportación de los siguientes creadores:

- *Guillermina Bravo* (1920-2013), bailarina, coreógrafa y fundadora de la Academia de la Danza Mexicana, maestra de los más destacados bailarines del país.
- *María Teresa Rodríguez* (1923-2013), pianista relevante y concertista de escala internacional, fue la primera mujer en convertirse en directora del Conservatorio Nacional de Música. En 2008 recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes.
- *Rafael Corkidi* (1930-2013), cineasta, guionista, escritor y fotógrafo de cine, conocido por su trabajo en las películas de Alejandro Jodorowsky.
- *Federico Campbell* (1941-2014), periodista, editor, ensayista, traductor y narrador, fundó la editorial La Máquina de Escribir. Entre sus novelas destacan *Transpeninsular*, *La clave Morse* y *El imperio del adiós*.
- *José María Pérez Gay* (1944-2013), escritor, traductor, académico y diplomático mexicano, autor de *El imperio perdido* y *Tu nombre en el silencio*.

Presentación

El inicio de esta tercera época de *Diario de Campo* coincide en el tiempo con los 50 años del Instituto Nacional de Antropología e Historia, un punto en que el conocimiento generado y acumulado por la antropología mexicana a lo largo de las décadas justifica y exige un esfuerzo consciente de aprovechar este rico patrimonio intelectual.

En este espíritu, consideramos que los antiguos lectores de *Diario de Campo* se beneficiarán con la relectura de algunos artículos publicados en el pasado, los cuales de cierto modo han llegado a convertirse en clásicos. Asimismo esperamos ofrecer a los nuevos lectores, colegas que se enfrentan por primera vez a estos textos, una oportunidad de apropiarse de un valioso legado intelectual que pertenece a todos.

Así, deseamos que sea una sección constante en la nueva época de *Diario de Campo*. Para esta primera aparición elegimos dos artículos publicados originalmente hace seis años, y que nos enorgullecen de manera particular.

El primero, “A la sombra del árbol pionero”, vincula dos nombres clave de la antropología mexicana: se trata de una reflexión del doctor Antonio García de León en torno a la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán (1908-1996), el primer antropólogo que estudió a la población afrodescendiente de nuestro país. García de León publicó este artículo por primera vez en el número 96 de *Diario de Campo*, correspondiente a los primeros meses de 2008.

El segundo artículo que seleccionamos para reimprimir en esta sección, “El 68 no es un recuerdo”, lo escribió la doctora Margarita Nolasco (1933-2008) especialmente para el número 100 de *Diario de Campo*, correspondiente a octubre de 2008. El texto vincula la experiencia de la autora en el movimiento estudiantil con la coyuntura en que fue escrito, 40 años después. Debido a la súbita muerte de la investigadora el artículo quedó inconcluso, el cual fue completado por uno de sus hijos para su publicación póstuma –Gloria Artís, entonces directora de la revista, refiere la historia en la conversación que publicamos en este mismo número.

Por cierto que, en una coincidencia no buscada, los tres antropólogos que celebramos en esta sección –Aguirre Beltrán, García de León y Nolasco– son originarios del estado de Veracruz.

A la sombra del árbol pionero

Antonio García de León*

El explorador

La población negra de México. Estudio etnohistórico, obra clásica de Gonzalo Aguirre Beltrán que en 2006 cumplió 60 años de su primera edición, implica un acontecimiento de gran relevancia y convierte al autor en el supremo *babalawo* de las nuevas generaciones de africanistas mexicanos, que fue además uno de los fundadores de la antropología mexicana moderna y de los estudios indigenistas, teóricos y aplicados.

Aguirre Beltrán fue el gran constructor y artífice del tema de la presencia africana en México. La pasión que imprimió a su trabajo brota en todos sus textos y se transforma en una serie de lugares históricos que desembocan en una obra singular y polémica: una mezcla de antropología, historia y reconstrucción cultural, de seguro inseparable del hecho de haber nacido en Tlaxotalpan, un pueblo de la cuenca del Papaloapan situado en una región de paso del comercio colonial, teñida de pies a cabeza por el mestizaje.

Así, esta obra se ocupa de un tema que el autor construyó de manera global y etnohistórica, alrededor de los documentos que logró reunir con avidez –sobre todo en el Archivo General de la Nación–, para intentar dar una explicación coherente a la participación de la población africana en el mestizaje de Nueva España: lo cual le confirió a sus resultados un carácter único dentro del contexto de su época. A veces, a partir de una sola fuente, reconstruyó y dio sentido a toda una red de relaciones que terminaron por constituir hechos contundentes, a tal punto que el negro colonial de Aguirre Beltrán se convirtió en un personaje arquetípico de las historias

posteriores: “el negro esclavo de Nueva España”, imposible de imaginar sin las viñetas de Alberto Beltrán.

Su gran aporte, en todo caso, fue poner sobre la mesa un tema olvidado por el relato oficial de la historia construida después de la Independencia en aras de la construcción de una identidad nacional, basada sólo en el “esplendor del México antiguo” y en la “herencia española”: el mérito de haber evidenciado la existencia de los negros y “afromestizos” –como él los llamaba en los términos de la antropología integradora de su tiempo–, con lo cual sentó las bases iniciales de una corriente historiográfica que después se ocuparía del tema, aunque durante más de 30 años haya sido el “africanista solitario de México”, como lo llamó el venezolano Acosta Saigones. En este contexto, y como lo corrobora en un libro póstumo que conjuga nuevos ensayos (Aguirre, 1994), su trabajo inicial y fundador no se puede desligar de la atracción que sobre él ejercieron los estudios hechos en tres países donde la presencia africana es decisiva: Cuba, Brasil y Estados Unidos, pues es de allí de donde provenía su insistencia en la condición social de los esclavos. Así, en las páginas de *La población negra* no sólo aparecen los espectros culturales de varios grupos étnicos traídos a México desde el África subsahariana y a la fuerza, sino que también se pasean los fantasmas de los cubanos Fernando Ortiz, Manuel Moreno Fraginals y Julio Le Riverend; del anglocaribeño Eric Williams; de los brasileños Raimundo Nina Rodrigues y Arthur Ramos –contemporáneos de él y apasionados investigadores del tema en sus respectivos países–, y sobre todo la influencia directa de su maestro estadounidense Melville Herskovits, cuyas investigaciones, ubicadas en estos contextos de gran africanía, no dejaron de marcar los pasos ulteriores de nuestro pionero solitario.

* Investigador del Centro INAH Morelos (hom_shuk@hotmail.com)



Rosario Nava, *Guerrero*, México, 2002

Siempre he imaginado el libro de Aguirre Beltrán no sólo como el faro que alumbra la investigación de este tema en México, sino como algo que, como todas las obras clásicas, se encuentra en movimiento permanente, sometida a continuas interpretaciones. *La población negra de México* es una gran obra “interactiva” y “viva”, en el sentido de que cada vez que se la lee revela nuevas pistas y ofrece imágenes novedosas. Ésta ha sido también una obra que con el paso de los años se ha convertido en un gran referente colocado en el camino de la investigación del tema, un inmenso baobab de cuya sombra es difícil escapar. Cuando los estudios africanistas se reanudaron en México hacia la década de 1970, y cuando varios historiadores más jóvenes se unieron a aquel patriarca solitario,¹ la obra de Aguirre Beltrán era ya un farallón ineludible desde cualquier punto del paisaje que uno se colocara. De este modo los trabajos posteriores empezaron refiriéndose a Aguirre Beltrán como el verdadero tótem de una tribu que seguiría por siempre sus pasos; algo que, por lo demás, le molestaba, como

¹ Su impulso fue continuado por la doctora Luz María Martínez Montiel, investigadora del INAH, quien en la década de 1960 y 1970 heredó la tarea solitaria del “afromexicanismo”. Por fortuna hoy muchos investigadores mexicanos realizan aportes a la temática, como María Elisa Velásquez, Ethel Correa, Arturo Motta, Juan Manuel de la Serna y muchos más.

me lo confesó alguna vez en su refugio final de Jalapa, pues inhibía la búsqueda de nuevos caminos, nuevas fuentes y nuevas interpretaciones.

Los saldos

No hay que perder de vista que, después de aquel trabajo pionero y explorador, el conocimiento acerca de la participación afrodescendiente en el México colonial y contemporáneo ha tomado relevancia, pues se han unido a él muchos investigadores de diferentes tendencias y nacionalidades, por desgracia no exentos de prejuicios: algo que por lo general se olvida es que en los tres siglos coloniales la mayoría de los africanos y sus descendientes eran libres y sujetos a jornal, en tanto que los esclavos era un grupo particular. Al poner el énfasis en este último, por razones de densidad bibliográfica se tiende a aplicar los esquemas de la esclavitud ocurrida en el Caribe y Estados Unidos.

Por lo mismo, se requieren varios pasos para lograr una interpretación histórica en relación con los negros y mulatos esclavos y libres de Nueva España, y a la estructura económica del mundo colonial en toda su diversidad, así como en los distintos momentos de integración a la economía mundial. Sin embargo, la nueva oleada de

estudios acerca del tema, desatada a partir de la década de 1980 entre mexicanos, estadounidenses y europeos, se caracteriza por estar a menudo limitada a estudios de caso particulares, a contextos regionales específicos o a giros temáticos aislados de las realidades históricas generales. Al tomar del maestro apreciaciones aisladas sobre la “esclavitud” o la “magia”, no obstante se carece de la visión global y de conjunto pretendida en origen por el trabajo pionero –y a cuya sombra se realizaron los siguientes–, o en muchos casos se deriva en interpretaciones sesgadas o forzadas a causa del ruido que introduce en la investigación la ineludible construcción de las nuevas identidades regionales y étnicas.

Esta reinterpretación es necesaria en función de romper muchos de los mitos que se han conformado en los últimos años –algunos derivados de una lectura parcial del mismo trabajo del maestro– y ayudaría a plantearse rutas de investigación a partir de un replanteamiento de la diáspora forzada africana y la forma como ésta se insertó en el complejo México colonial. Las variables históricas que hoy habría que considerar para evaluar la cuestión de la esclavitud y de la presencia de la población de origen africano en Nueva España son muchas, sobre todo porque la diversidad de nuevos conocimientos sobre el mundo colonial es amplísima y por completo distinta a lo que era hace 60 años. Aquí sólo quiero referirme a algunas.

En principio, habría que decir que en Nueva España –y a diferencia del Caribe, Brasil y Estados Unidos– la trata de esclavos nunca alcanzó niveles de consideración y declinó para siempre desde mediados del siglo xvii, antes de que se iniciara el periodo más alto de importaciones a las primeras tres regiones mencionadas arriba. Como se apreciar en un gráfico elaborado por Fogel y Engerman en su clásico *Tiempo en la cruz* (1981: 10-16), de los nueve millones 735 mil esclavos introducidos según ellos al Nuevo Mundo, poco más de seis millones entraron en el siglo económico que abarca de 1701 a 1810, es decir, cuando las introducciones casi habían cesado en Nueva España.

Sin embargo, lo que distinguió en particular a Nueva España de la mayoría de las colonias americanas durante el periodo colonial fue la conformación de una economía muy diversificada y autosuficiente, donde la esclavitud, si bien sólo se justifica en términos económicos, nunca fue tampoco un proyecto central ni el núcleo de las diversas formas de explotación de la fuerza de trabajo empleada aquí, sino que fue una forma empleada de modo aleatorio para llenar los espacios donde la

población indígena más o menos libre, que era la principal fuerza de trabajo existente, no se hallaba presente o había disminuido de manera drástica. Esto marca la primera diferencia con los países que eran enclaves de plantación y dependían en exclusiva de la mano de obra esclava de origen africano para su desarrollo.

Además, la complejidad del sistema económico del México colonial y las características distintivas de este virreinato no habían sido puestas en claro en la historiografía del siglo pasado –mucho menos hace 60 años–, ya que entonces predominaban las variables de la “teoría de la dependencia”, las cuales partían de un modelo bastante simplista de relación desigual y unívoca de metrópoli-colonia que impedía ver las sutilezas impuestas por el comercio interregional, la autonomía creciente de las élites criollas y la autosuficiencia productiva de muchas regiones. En las economías de plantación y en los enclaves monoprodutores que prosperaron en el Caribe, Brasil y Estados Unidos el esclavo era una inversión pura, parte del capital constante de una plantación, y como tal era tratado. Por el contrario, en los complejos virreinos de México y Perú –es decir, en la mayor parte de la tierra firme americana colonizada por la corona española–, un gran número de los esclavos se hallaba fuera del modelo productivo primario y eran objetos de lujo del sector “terciario” de servicios públicos y domésticos, si bien en la segunda o tercera generación se logró la liberación de la mayoría de sus descendientes. Esto implica una diferencia fundamental y explica por qué, sobre todo después de 1701, la mayor proporción de esclavos fue introducida a los países que desarrollaron el modelo de plantación exportadora.

En el conjunto de la trata, para dar una sola idea de esta diferencia, Nueva España sólo representó, si tomamos como ciertas las cifras de Curtin (1969) y de Fogel y Engerman (1981), 1.07% de la totalidad de las introducciones, mientras que el conjunto de las colonias españolas en América alcanzó 17%, con todo y que Cuba y Puerto Rico, después de 1770, se integraron también a la “revolución de las plantaciones intensivas”, como la ha llamado Sheridan, y aumentaron sus introducciones forzadas, que cesaron hacia 1870 con la abolición de la esclavitud.

Si intentamos un breve recuento de las importaciones de esclavos para tener una idea muy general y provisional, veríamos que las concesiones dadas a los genoveses y a algunos particulares antes de 1580 introdujeron a Nueva España una cantidad creciente de

esclavos bozales, hasta casi 20 mil en entradas esporádicas, la mayor parte de ellos proveniente de Guinea y Cabo Verde, así como algunos “negros criollos” de la península ibérica. Estas primeras introducciones forzadas se hallaban destinadas a alimentar las necesidades laborales de las primeras plantaciones azucareras y a los reales de minas en el avance colonizador hacia el norte. Los “asientos” portugueses, durante los 50 años de labor de su factor en Veracruz (1590-1640), introdujeron de manera oficial el contingente más grande, alrededor de 70 mil, sobre todo del Congo y Angola, sin contar las entradas de contrabandos.² En la segunda mitad del xvii y hasta 1713 –según los registros de Sevilla–, los asentistas españoles, holandeses, franceses e italianos³ importaron alrededor de 10 mil individuos, primordialmente criollos del Caribe español, destinados a cubrir ciertas áreas de la economía afectadas por la depresión comercial de aquel siglo.

Desde 1700 la Real Compañía de Guinea –o del Senegal– introdujo más de siete mil, mientras que la Real Compañía de Inglaterra –South Sea Co.–, el último gran asentista autorizado, vendió no más de tres mil en poco más de cuatro décadas, en su mayoría del Caribe inglés –sobre todo de Jamaica– y algunos de Costa de Oro y Whydah –en África occidental–. Las introducciones posteriores, a cargo de la Compañía Gaditana de Negros y de otras firmas de particulares, no tuvieron ya una gran importancia, debido a la contracción de la demanda del mercado local. Así, y en resumen, diremos que según Colin Palmer (1976: 28) el total de esclavos importados a Nueva España en ese periodo de tres siglos llegó a los 110 mil 525 individuos, lo cual representa, precisamente, sólo un poco más de 1% de las introducciones totales al Nuevo Mundo.

En el México colonial esta presencia se caracterizó sobre todo por una más exitosa integración social que en los países donde se desarrolló una economía de plantación orientada al mercado mundial. El resultado fue que, si bien durante el siglo xvii esta población fue la segunda en importancia –mucho después que

los indios–, para finales del periodo colonial apenas representaba 10% de la población total, aun cuando la mayoría de la población mestiza tenía, en función del crecimiento natural interno de la población, en mayor o en menor medida, algún antepasado de origen africano. Así, la apreciación de Humboldt al minimizar la esclavitud africana en México, la cual tanto molestó a Aguirre Beltrán, se ubica en una realidad colonial tardía y adquiere sentido si consideramos que desde el siglo xvii la mayor parte de los clasificados como “negros y mulatos” eran libres, integrados a varios oficios y actividades, a la defensa militar y contribuyentes cautivos del sistema tributario de la Real Hacienda.

Es muy claro además que si tomamos el conjunto del periodo virreinal, la esclavitud de los africanos en Nueva España nunca fue económicamente rentable, debido a las mismas condiciones impuestas por el particular crecimiento económico y a un proceso inevitable de rentabilidad decreciente que terminó por volver obsoleta a esta injusta institución. Por el contrario, por encima de sus ruinas se erigió un mundo socialmente abigarrado, donde los esclavos y sus descendientes interactuaban en muy diferentes niveles y formas. Para finales del siglo xvii, y con la excepción de algunos pequeños enclaves azucareros que surtían el mercado interior, los esclavos resultaban más caros que los jornaleros y los peones “acasillados”, por lo que la esclavitud se desmoronó y desagregó por todas partes.

En cuanto al trabajo en las minas, ubicadas en el norte y donde la esclavitud funcionó más o menos durante los primeros 100 años de colonización, varios estudios, como el de Bakewell (1997) sobre Zacatecas, demuestran que también era obsoleta desde la segunda mitad del xvii (véanse sobre todo las conclusiones de Bakewell, 1976). Aquí vale la pena mencionar el comentario de un factor de la compañía inglesa South Sea Co., que en 1718 atribuía la escasa demanda de esclavos, la cual hacía innecesaria la presencia de la compañía en México, “al vasto número de indios tributarios que en el Reino de la Nueva España abundan y quienes ejecutan todas las labores a muy bajo costo” (*apud* Aguirre, 1946).

Otro aspecto digno de tomarse en cuenta en la historia global de la colonización de la América española –y muy en particular en México– es que la política de la corona hacia el interior de sus colonias no sólo se basó en la represión, sino principalmente en la manipulación, el manejo político y el control de los conflictos entre las clases y los grupos sociales, al permitir que la corona y sus representantes locales mantuvieran el

² Es decir, un promedio anual de 1 166 “cabezas” (véanse Aguirre, 1946; Curtin, 1969; Ngou-Mvé, 1994; Vila, 1977).

³ Aquí destaca el asiento de la compañía de Grillo y Lomelín, uno de cuyos socios principales, Agustín Lomelín, fue ajusticiado por los 300 esclavos “bozales” del río Congo, a los que conducía personalmente a México. El motín ocurrió en La Rinconada, Veracruz, en octubre de 1669, y dio lugar al levantamiento del “rey” Mbomba, que terminó por diluirse años después en las montañas de Actopan, en el lugar hoy conocido como “Rincón de Negros”. Se trata de un episodio poco difundido del cual hemos encontrado testimonios en el Archivo General de Indias de Sevilla.



Rosario Nava, *Mujer cocinando*, México, 2003

poder por encima de la discordia social y alimentándose de ella. Por lo mismo, la corona jamás favoreció la homogeneidad, sino en todo caso la más absoluta diversidad –expresada en el famoso “sistema de castas”– para imponer sobre la sociedad colonial en conjunto la fuerza indiscutible del poder central.⁴

Los intereses enfrentados de criollos y gachupines, de indios y mestizos, de mulatos y negros, ponían en un delicado ejercicio de equilibrio al sistema entero, pero favorecerían la legitimidad absolutista de la corona. Por lo mismo, esta situación obligaba no sólo al aplastamiento de las rebeliones y las revueltas, sino también a la negociación. Si a la falta de integración del esclavo en un sistema único, a ser parte de una minoría y a hallarse bajo estas condiciones políticas unimos la revuelta y la resistencia, la suma de factores nos explicaría por qué, por ejemplo, las dos principales revueltas cimarronas –originadas en la cuenca azucarera de Veracruz (la de Yanga a principios del xviii y la de Macute y otros líderes un siglo después)– terminaron negociándose y produjeron un relativo triunfo de los sublevados: ser liberados, respetados como grupo y reducidos a pueblo: San Lorenzo de los Negros en el primer caso (1613) y Santa María Guadalupe de los Morenos de Amapa en el

segundo (1769). Al mismo tiempo, y eso es lo que por lo común se olvida, es que estos resultados negociados aseguraron en varias regiones el control estatal.

Asimismo, si uno penetra con la lupa puesta sobre las políticas españolas de poblamiento en torno a minas y puertos, verá con mucha claridad la existencia de una población libre, en su mayoría de negros y mulatos, que fue parte de un poblamiento inducido, de una política deliberada y destinada a fijar una reserva laboral y agrícola que permitiera dinamizar estas regiones clave para el funcionamiento del sistema en su conjunto y como parte de la seguridad y la defensa militar. Es decir, al convertirla en una población integrada a los intereses y a la estructura del Estado colonial.

Así, con la excepción de algunos núcleos descendientes de negros cimarrones, fueron ignorados por el Estado colonial e independiente –como las actuales comunidades de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca–. En México los afrodescendientes casi nunca formaron grupos separados en el campo ni en la ciudad: en todo caso la tendencia fue hacia la integración étnica, racial y social en los amplios sectores marginados que la administración colonial llamaba “castas”, los cuales ocupaban un estrato intermedio entre los “indios” y los “españoles”. Esto se puede constatar con toda claridad en muchos de los documentos disponibles, en particular los de finales del periodo colonial.

⁴ Por eso, en México, los regímenes de Porfirio Díaz y del pri serían los mejores herederos de esas formas de control estatal y de mantenimiento de la paz social.



Rosario Nava, *Zafra*, Veracruz, México, 2002

Para concluir, me parece que la herencia de Gonzalo Aguirre Beltrán la podremos usar de la mejor manera cuando dejemos de considerar a su obra como la última palabra. Creo que el deseo del maestro sólo consistió en plantar en México la necesidad de estudiar una parte fundamental de nuestras raíces como pueblo, y que su trabajo pionero era una guía inicial a partir de la cual ya podemos comenzar a profundizar a la luz de éstas y muchas otras posibilidades. Insisto en esto porque, de seguir usando el libro clásico de Aguirre Beltrán como la única guía, lo más posible es que hagamos generalizaciones a partir de una o muy pocas fuentes documentales o que, dada la importancia que le confiere en su libro al estudio de las regiones africanas y a los orígenes tribales –por razones de información–, se constituyan, como muchas veces ocurre, en un método que distorsione la evaluación del conjunto, de los procesos sociales ocurridos en la colonia y del justo peso que esta población tuvo en los orígenes del país, convertido en Estado-nación desde 1821.

Nuestra obligación y el mejor homenaje al maestro consistirán en desarrollar el reto que su trabajo nos heredó: la necesidad de contextualizar, de conferirle un sentido novedoso a las fuentes y de darle a la historia un carácter lo más alejado posible de las visiones victimistas, maniqueas o dependientes de las moder-

nas ideologías y de la nueva construcción, muchas veces artificial, de las identidades. Si la visión criolla de la historia de México había negado de manera absoluta la presencia del factor africano, nada ganamos al colocarnos en la posición de magnificarlo en exceso. El aporte de Aguirre Beltrán es valioso porque se basa en fuentes, en dudas, en conjeturas y en otras posibilidades de interpretación: sigamos ese camino aunque nos alejemos un poco de la sombra del árbol pionero.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra de México. Estudio etnohistórico*, México, FCE, 1946 [aumentada en 1972].
—, *El negro esclavo en Nueva España. La formación colonial, la medicina popular y otros ensayos*, México, FCE, 1994.
- Bakewell, P. J., *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*, México, FCE, 1997 [1976].
- Curtin, Philip D., *The Atlantic Slave Trade. A Census*, Madison, University of Wisconsin, 1969.
- Fogel, Robert W. y Stanley L. Engerman, *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, Siglo XXI España, 1981.
- Ngou-Mvé, Nicolas, *El África bantú en la colonización de México (1595-1640)*, Madrid, csic, 1994.
- Palmer, Colin A., *Slaves of the White God. Blacks in Mexico, 1570-1650*, Cambridge, Harvard University Press, 1976.
- Vila Vilar, Enriqueta, *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*, Sevilla, EEHS, 1977.

El 68 no es un recuerdo

Margarita Nolasco*

En 1968 salí a Europa después de participar en la marcha encabezada por el rector Javier Barros Sierra y, a mediados de septiembre, a mi regreso, me encontré una ciudad de México cambiada: pintas en las que abiertamente se insultaba al presidente; las universidades y escuelas superiores del país dedicadas a difundir la gravedad de los hechos¹ contra la UNAM, contra los estudiantes y contra el pueblo de México por el déspota presidente Díaz Ordaz. Poco después se conformó el Consejo Nacional de Huelga (CNH), en el que participaban los principales centros de educación superior del país. Pedían la libertad de los estudiantes presos, la indemnización a los familiares de los muertos en la destrucción de la puerta de la Preparatoria de la UNAM, la renuncia de los jefes policiacos y la derogación de los artículos del Código Penal que se referían a los delitos políticos.

El mismo 15 de septiembre asistí al “Grito” que dio Heberto Castillo en la UNAM y me uní a las manifestaciones de protesta contra la política represiva de Díaz Ordaz. La respuesta de este déspota consistió en

¹ Hay que recordar que todo empezó por la brutalidad policiaca al reprimir un pleito entre estudiantes de bachillerato de un plantel privado contra otro del Instituto Politécnico Nacional (IPN). Poco tiempo después, el 29 de julio en la noche, esto llevó al Ejército mexicano a destruir con un proyectil de bazuca la puerta principal de la entonces Escuela Nacional Preparatoria, planteles 1 y 2. Además de que se trata de un edificio colonial cargado de historia y siempre relacionado con la educación superior, propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), había sido mi amada *prepa*. Me dolió por todo: no respetaron un edificio que además de su belleza arquitectónica es parte de nuestro pasado; tampoco les importó que fuera de la UNAM ni tomaron en consideración las muchas generaciones de estudiantes que por ahí pasamos y que amábamos y amamos nuestro antiguo colegio. Una bazuca bastó para destruir la puerta y mancillar a la historia, a la UNAM y a sus miles de estudiantes y ex estudiantes, así como al pueblo de México.

que el 23 de septiembre se tomaron militarmente diferentes recintos universitarios –el IPN primero, luego la UNAM y después otros–. Hubo enfrentamiento entre estudiantes y jóvenes de la ciudad y las fuerzas armadas, además de otras manifestaciones de protesta. El 2 de octubre de 1968 se realizó un mitin en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Allí comienza mi visión de hasta dónde puede llegar la perversidad de un presidente.

Días antes había quedado con la doctora Mercedes Olivera de comer juntas ese 2 de octubre en su departamento del edificio Chihuahua, en Tlatelolco, situado en el cuarto piso; esto es, arriba del tercero, donde se ubicaba una terraza en la que estaban los líderes del CNH, algunos invitados que hablarían durante el mitin y diversos periodistas, casi todos extranjeros.² En efecto, recogí al más pequeño de mis hijos y a las dos hijas de Mercedes en la escuela, así como a una amiga de éstas, y me dirigí al edificio Chihuahua.

Al llegar a Tlatelolco vimos que estaba rodeado de tanques que apuntaban sus cañones hacia el centro de la plaza. Estos tanques se encontraban rodeados de militares. Pasé con los cinco niños entre soldados, tanques y cañones, y me dirigí al departamento de Meche. Al llamar a los elevadores para subir, éstos no respondieron; alguien nos dijo que no estaban funcionando, por lo que optamos por las escaleras. Al llegar al departamento Meche, me dijo que todo estaba bien, como siempre que había algún mitin, por lo que todos

² Eran corresponsales de periódicos extranjeros que habían venido con motivo de los Juegos Olímpicos que unos días después se realizarían en el país. Al llegar se encontraron con un pueblo alzado en la ciudad de México y decidieron aprovechar la ocasión para reportear el proceso.



Manifestación estudiantil, 13 de agosto de 1968

contentos nos sentamos a comer. Todo el tiempo los niños estaban asomados a las ventanas, viendo cómo se llenaba la plaza de gente, sin importarles el impresionante y amenazador cerco de tanques y soldados, y por supuesto pedían permiso para bajar a la plaza, el cual, como es obvio, les fue negado. Poco después me dijo Meche que saliéramos a comprar pan para la cena, porque después, con tanta gente y con el mitin ya empezado, nos sería difícil. Salimos con los cinco niños –que insistían en ir con nosotras–, nos dirigimos con ellos a la panadería y, al regresar, vieron un carrito que vendía helados y pidieron que les compráramos algo. Nos detuvimos, se le dio su helado a cada niño y ya con éste en la mano se fueron corriendo por las escaleras hacia el departamento. Nosotras, con bolsas de pan y helados en las manos, empezamos a pagar la compra y en eso estábamos cuando oímos algo que sonaba en el cielo. Al parecer era una señal luminosa arrojada, tal vez, desde la parte donde está la iglesia colonial de los franciscanos.

En ese momento vimos que se abrían los elevadores y salían unos individuos que llevaban un guante blanco, portaban pistolas en las manos y empezaban a disparar contra la muchedumbre. Corrimos hacia uno de los pilares cercanos a los elevadores y a las escaleras, donde esperamos mucho tiempo. Junto a nosotros

estaba una joven que llevaba un bote como alcancía y un abrigo negro y largo.

Estábamos muy preocupadas por los niños y varias veces hicimos el intento de llegar a las escaleras, pero ahí se hallaban tres o cuatro individuos con guante blanco que a cada intento nos amenazaban y nos impedían subir. En tanto, vimos a la gente correr hacia el edificio Chihuahua, donde estábamos nosotras, y oímos que les disparaban. Se retiraron entonces hacia la plaza, pero al poco rato volvieron. Desesperadas, nosotras les gritábamos que se alejaran, que desde el edificio Chihuahua estaban disparando, pero en el barullo de balas y gritos nadie nos escuchaba. Se retiraban, pero volvían una y otra vez.³

³ Más tarde me enteré de que la gente estaba acorralada. Desde el cerco de tanques y soldados, alrededor de la plaza, les disparaban, y cuando trataban de buscar refugio en el edificio Chihuahua también eran rechazados por las balas.

Aclaración de Sergio Ricardo Melesio Nolasco: Mi madre siempre se preguntó por qué los estudiantes que se retiraban al recibir los disparos por el lado del edificio Chihuahua, luego de un rato volvían a ese lugar mientras ellas gritaban que no lo hicieran. Parecía no entender la razón ni hallar una explicación lógica a esta conducta. No sé por qué, hasta un par de días antes de que ella comenzara a escribir este artículo nunca lo habíamos comentado. Entonces le dije que, debido a que ella veía los acontecimientos desde la misma plaza, desde abajo, no alcanzaba a distinguir lo que yo sí había visto desde el departamento de Meche, en el cuarto piso del edificio Chihuahua. La gente corría hacia el edificio porque los soldados les disparaban desde el lado contrario, por lo que trataban de



Manifestantes llegando al Zócalo, 27 de agosto de 1968

Empezamos a ver cuerpos caídos que quedaban solos o rodeados de amigos y parientes que intentaban llevárselos en los momentos en que se detenía la balacera. Fue una escena terrible que tanto los que estaban en la plaza como las tres observadoras detrás del pilar nunca olvidaremos.

En un momento en que paró el fuego le pedimos a uno de los hombres de guante blanco, colocados frente a las escaleras –al que nos parecía que mandaba–, que nos permitiera subir al cuarto piso, porque nuestros hijos se habían ido escaleras arriba y no sabíamos si estaban bien. Primero se negó y tuvimos que esperar repitiendo nuestra súplica cada vez que callaban las balas, hasta que Meche, ya desesperada, le dijo que de

escapar, pero entonces se encontraban con los policías y con los “guantes blancos”, quienes también les disparaban, por lo que otra vez corrían hacia el lado contrario y producían ese tétrico vaivén al que mi madre se refiere –aunque a mi parecer los soldados disparaban hacia el aire, y no veía que por ese lado cayeran al suelo los estudiantes, a diferencia de los costados, donde estaban los “guantes blancos” y los policías, quienes sí disparaban contra los estudiantes, los cuales caían al piso muertos o heridos–. De igual manera, en una discusión bizarra que se prolongó más de 20 años, siempre insistí en que la luz de bengala que dio inicio a la masacre había sido lanzada desde el helicóptero, no desde el campanario de la iglesia, como todos decían, y que en realidad fueron dos luces: primero una de color rojo y poco después una de color verde. Eventualmente, cuando el “Comité de la Verdad” publicó los primeros resultados de sus investigaciones sobre los hechos del 2 de octubre del ‘68, se supo que, en efecto, las luces habían salido desde el helicóptero.

todas maneras íbamos a subir y que si quería matarnos que nos mataran, pero que nuestros hijos estaban arriba. Al vernos tan decididas, ese hombre dio la orden a otros tres individuos de guante blanco de que subieran con nosotras. La joven del abrigo negro que se había refugiado a nuestro lado, detrás de los pilares, se nos unió y subimos lo más rápido que podíamos con el pan y el helado, ya todo derretido en las manos, pues simplemente no se nos ocurrió tirarlo y menos comerlo.

Al llegar al tercer piso, donde está la terraza en que estaban los líderes del CNH, se veía sangre en el piso, pero no pudimos detenernos a tratar de saber qué había ocurrido. Llegamos a la puerta del departamento de Meche y los individuos que iban con nosotros nos hicieron a un lado, nos dejaron pegadas a la pared y tocaron la puerta.

Abrió la muchacha de Meche, la empujaron brutalmente hacia dentro y entraron con sus armas listas. Al parecer...

[Las anteriores son las líneas que Margarita Nolasco escribió unas horas antes de morir. Su hijo menor, Sergio, quien estuvo con ella en esos trágicos momentos, reunió memoria, entereza y cariño para terminar, con las palabras que su madre habría empleado, el relato que el destino dejó incompleto.]

En este instante mi madre se sintió mal y decidió detenerse. Eran las 8:03 PM y me pidió que apagara la computadora. Se dirigió a su recámara y se recostó en su cama. A las 10 PM entré a su cuarto y se quejaba mucho de su estomago y de un muy fuerte dolor de cabeza. A las 10:30 PM mi padre y ella decidieron ir al hospital. Llegamos a emergencias. Ella bajó por su propio pie. En el servicio de urgencias se le controlaron sus molestias, pero una insuficiencia respiratoria, una tos pertinaz y un fuerte dolor en su costado derecho, más los resultados de los análisis realizados, hicieron que el doctor tomara la decisión de llevarla a arterioscopia. Era la 1:30 AM. En ese momento mi padre me indicó que me fuera a la casa y descansar, y que más tarde, hacia las nueve y media o diez de la mañana, regresara para quedarme con mi madre mientras él descansaba en casa. Esperé a que la prepararan, y cuando la llevaban hacia arterioscopia me despedí de ella. Se quejaba, pero le dije que no se preocupara, que en unos días estaría de regreso en casa, que yo le llevaría su laptop al hospital cuando saliera de terapia intensiva. Me respondió: "Ay, sí, carajo, aún tengo que terminar ese artículo", refiriéndose justo al presente texto. Fue la última vez que hablé con ella. A las 4:55 AM me llamó mi padre a la casa. La doctora Margarita Nolasco Armas había pasado a la inmortalidad.

[Al parecer] sospechaban de una emboscada o algún peligro generado por algún grupo terrorista o guerrillero. Con cautela, revisaron el departamento, y al no hallar nada sospechoso, nos advirtieron sobre el peligro existente, que no deberíamos salir, y se retiraron. Lo primero fue preguntar sobre los niños. La muchacha indicó que se encontraban en el baño, el cual, al localizarse en el centro del departamento, parecía el lugar más seguro. De inmediato fuimos hacia ellos. Y allí estaban, temblorosos, asustados, pero bien. Los abrazamos y tranquilizamos. Ahora lo más importante era mantenerlos a salvo, y teníamos que sacarlos de Tlatelolco a cualquier costo.

La joven del abrigo negro que habíamos rescatado y que venía con nosotros –una estudiante de la Universidad Iberoamericana– estaba pálida y sin hablar, pero pegada a nosotras. Recordamos que el bote de colectas que ella guardaba tenía propaganda pegada del CNH y se lo pedimos, a fin de quitársela y guardar el dinero en una bolsa, por si llegaban a revisar otra vez los de guante blanco, quienes al ver eso podrían cau-

sarnos problemas, que era lo que menos deseábamos. La joven protestó, diciendo que el bote era propiedad del CNH, pero muy serias se lo exigimos y le explicamos que el dinero sería puesto en una bolsa para que ella se lo diera al CNH, pero que lo importante era que no lo vieran así los policías ni los soldados, ni los del guante blanco, porque entonces no nos dejarían salir y tal vez estaríamos en un problema mayor. Ella accedió y se abrió el abrigo donde lo traía escondido. Pero al abrirlo, junto con el bote cayó también un bulto grande con volantes de propaganda en contra del gobierno y a favor del movimiento estudiantil. "¿Por qué no los tiraste cuando se inició la balacera?", fue la primera pregunta que se nos ocurrió. No contestó. También teníamos que deshacernos de eso a toda costa. Optamos por quemar la propaganda y tirar las cenizas por el escusado.

Corría el tiempo. De manera ocasional pasaban grupos de soldados, quienes tocaban a la puerta. Les gritábamos que por favor nos sacaran de allí, pero no nos hacían caso, hasta que pasaron unos preguntando si había heridos. Abrimos la puerta y vimos que eran de la Cruz Roja militar. Les insistimos que nos sacaran, que teníamos niños, que queríamos salir. Ante sus negativas, nosotras insistíamos más, hasta hacerlos sentir acorralados, y se compadecieron. Preparamos de prisa a los niños y salimos todos juntos, por detrás de este grupo militar. Meche y sus hijas y la pequeña amiga de éstas pegados a ella, yo con mi hijo menor y la joven.

Las escaleras se veían mojadas tanto por la lluvia como por la sangre, que provocaban que al caminar se sintiera el piso pegajoso. Salimos del edificio y al cruzar vimos grupos de soldados aventando como bultos los cuerpos de los estudiantes y personas fallecidas, todos envueltos en cobijas, dentro de los camiones militares. Vi que mi hijo pequeño se retrasaba y volteaba a ver hacia los camiones, por lo que lo jalé hacia mí y con la mano en su cara traté de evitar que mirara esa terrible acción. Pasamos por un primer cordón de tipo militar, donde nos preguntaron quiénes éramos y adónde íbamos. El militar que nos había sacado respondió con rapidez y nos dejaron pasar. Vino un segundo cordón, éste compuesto de granaderos y policías, quienes nos gritaban que no podíamos salir y que nos regresáramos. Sin embargo, el militar que nos acompañaba habló con un superior de ellos, quien les dio la indicación de que nos dejaran salir. Pasamos el cordón, el militar se quedó y nosotros nos dirigimos hacia la aveni-



En la Plaza de las Tres Culturas, 7 de septiembre de 1968

da Reforma, donde tomamos un taxi hacia mi casa. En el camino, Meche y yo le gritábamos a cuanto paseante veíamos que en Tlatelolco estaban matando a estudiantes, y a los voceadores callejeros que regresaran a sus periódicos y denunciaran los hechos, sin respuesta alguna.

Llegamos a la casa. Mi preocupación eran mis otros dos hijos. Por fortuna allí estaba mi hija mayor, pero no mi segundo hijo, Carlos. Llamamos por teléfono buscándolo en las casas de sus amigos y nos enteramos de que había asistido al mitin en la plaza de Tlatelolco. Desesperadas, contamos cuanto habíamos visto y le dije a mi esposo que teníamos que buscar a nuestro hijo, que teníamos que regresar. De inmediato mi marido y mi padre estuvieron listos y salimos para regresar a Tlatelolco a buscarlo, mientras poníamos toda nuestra esperanza en encontrarlo bien y a salvo.⁴ Aun entonces me era difícil pensar que el gobierno, déspota, re-

presor, intolerante y perverso como era, pudiera llegar a ese nivel, a cometer esos crímenes, esas barbaridades, todo por sostener un sistema corrupto y retrogrado, y por “mantener limpio” un evento internacional, paradójicamente dedicado a la paz y la armonía, como lo eran los Juegos Olímpicos, a inaugurarse 10 días después, el 12 de octubre de 1968.

Desde un par de días atrás mi madre y yo habíamos platicado sobre el tema. Recordábamos los hechos, me aclaró ciertas sospechas –como la sensación pegajosa del piso de las escaleras o los camiones donde los soldados aventaban bultos–, y sobre el sentido y contenido del artículo que estaba comenzando a escribir. Por esa razón me he dado la libertad de terminar este documento, respetando todo aquello que discutí con ella y únicamente aquellas partes en las cuales yo fui testigo, a su lado. Espero con esto concluir la que fue su última obra. Por su memoria, y con el cariño y respeto que siempre le he profesado.

Ciudad de México, septiembre de 2008
Sergio Ricardo Melesio Nolasco

⁴ Esa noche mi madre, mi padre y mi abuelo no lo encontraron en Tlatelolco ni en las delegaciones de la policía, ni en los hospitales ni en las clínicas donde lo buscaron. Mi hermano llegó después por sus propios medios. El relato de esta parte de la historia se encuentra compilado en *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska (México, Era, 1971).

XV aniversario de *Diario de Campo*

Desde su origen, la revista *Diario de Campo* comprendió que la documentación antropológica no se restringe a lo textual e incluyó en sus páginas materiales gráficos de diversos géneros, donde confluía la estética con los datos que sólo el análisis de imágenes aporta a los estudiosos. Las portadas de los sucesivos números, que recogían algunos de los materiales más valiosos o impactantes, dejaron una marca indeleble en la memoria de los lectores.

En este número, dedicado a celebrar la trayectoria de la revista, quisimos incluir un homenaje gráfico a los fotógrafos y archivistas que hicieron posible este acervo, al reimprimir una selección de 20 de las imágenes de portada más memorables de las dos épocas anteriores de *Diario de Campo*.

Entre los fotógrafos que han colaborado con la revista se cuentan talentos como Ernesto Lehn, Ricardo Ramírez Arriola, Gloria Marvic, Zaida del Río, Evelyn Flores, Jorge Ceja, Juan Carlos Reyes y Eduardo Williams.

Del mismo modo, entre los archivos que han prestado sus imágenes a la revista se incluyen los fondos del propio INAH, como el Sistema Nacional de Fototecas, SINAFO-Fototeca Nacional, el Museo Nacional del Virreinato, la Fototeca del Museo Nacional de las Culturas y los fondos Casasola y Nacho López. También han colaborado archivos como el de la Texas Tech University Press, el Archivo Histórico del Distrito Federal “Carlos de Sigüenza y Góngora”, el Museo Regional de Guanajuato-Alhóndiga de Granaditas y el Fondo Etnográfico de la Fototeca Culhuacán.

Agosto
1999
No. 14



Diario

DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES DEL AREA DE ANTROPOLOGÍA

El Instituto Nacional de Antropología e Historia,
a través de la
Coordinación Nacional de Antropología,
con el apoyo del
Instituto Mexicano de Cooperación Internacional
de la Secretaría de Relaciones Exteriores,
convoca al
CURSO

an POS tropo m logía d e r n a

IMPARTIDO POR EL
Dr. Carlos Reynoso
Universidad Nacional
de Buenos Aires, Argentina

Auditorio Javier Romero Molina de la
Escuela Nacional de Antropología e Historia
del 30 de agosto al 3 de septiembre de 1999

Costo: \$250.00 por persona
Investigadores, docentes y estudiantes del INAH
quedan exentos de pago.

Mayores informes: Antrop. Gloria Santos
Coordinación Nacional de Antropología
Puebla No. 95, Col. Roma C. P. 06700, México D.F.
Tels. 5611-1112, 5525-3376 y 5207-3787
Correo electrónico: gsantos@maier.main.conacyf.mx

CONACULTA • INAH



Diaria

DE CAMPO

SUPLEMENTO 7 / ABRIL DE 2000

Democracia y diversidad cultural

Miguel Alberto Bartolomé / Pedro Lewin

Ricardo Melgar / L. Miguel Morayta / Alfredo Paulo Maya / Ma. Cristina Saldaña

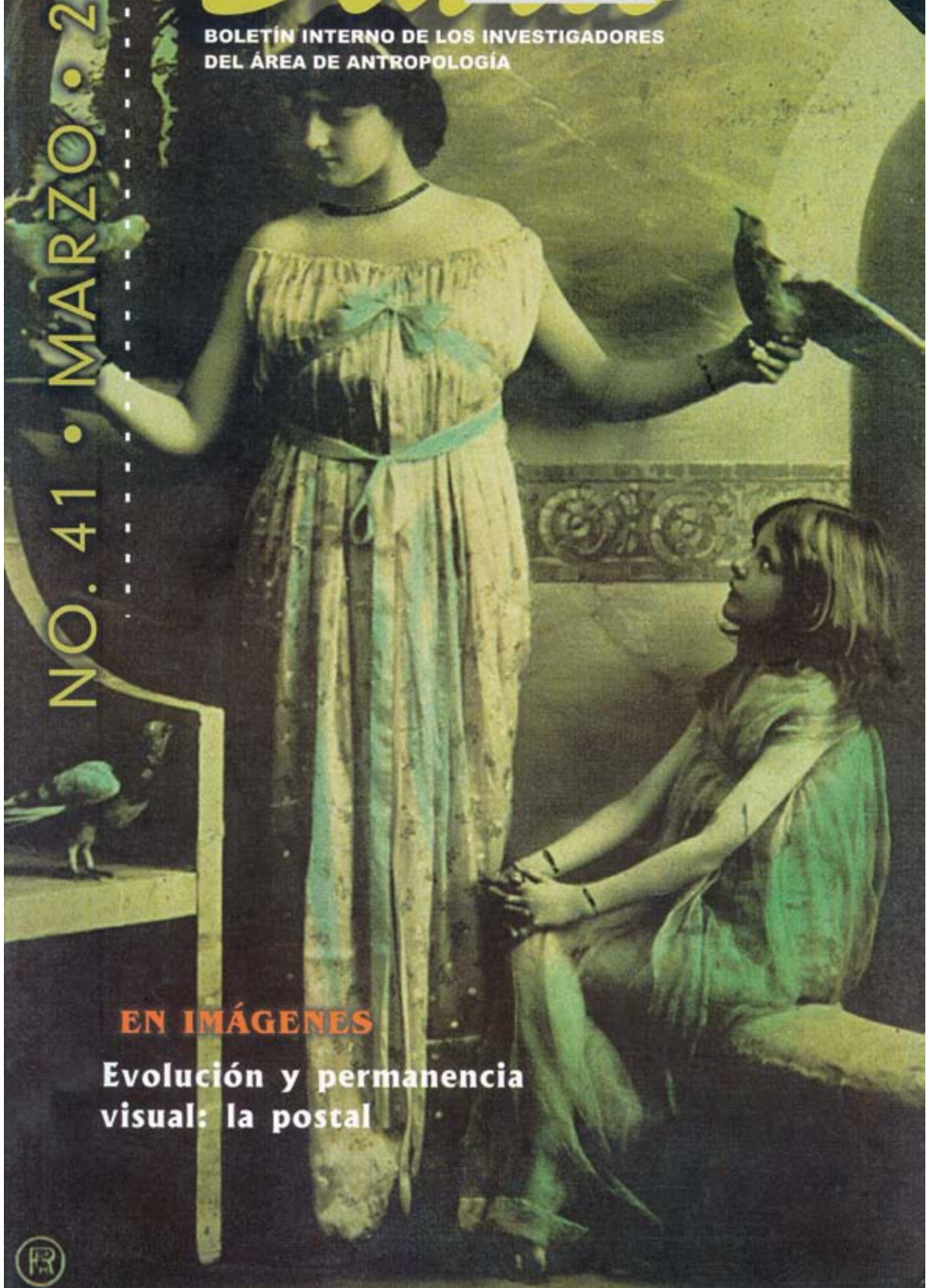
Pablo Yanes Rizo / Isidro H. Cisneros / Norbert Bilbeny

NO. 41 • MARZO • 2002

Guadalajara,
Diciembre 1910.
Diario
DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES
DEL ÁREA DE ANTROPOLOGÍA

INCLUYE
SUPLEMENTO



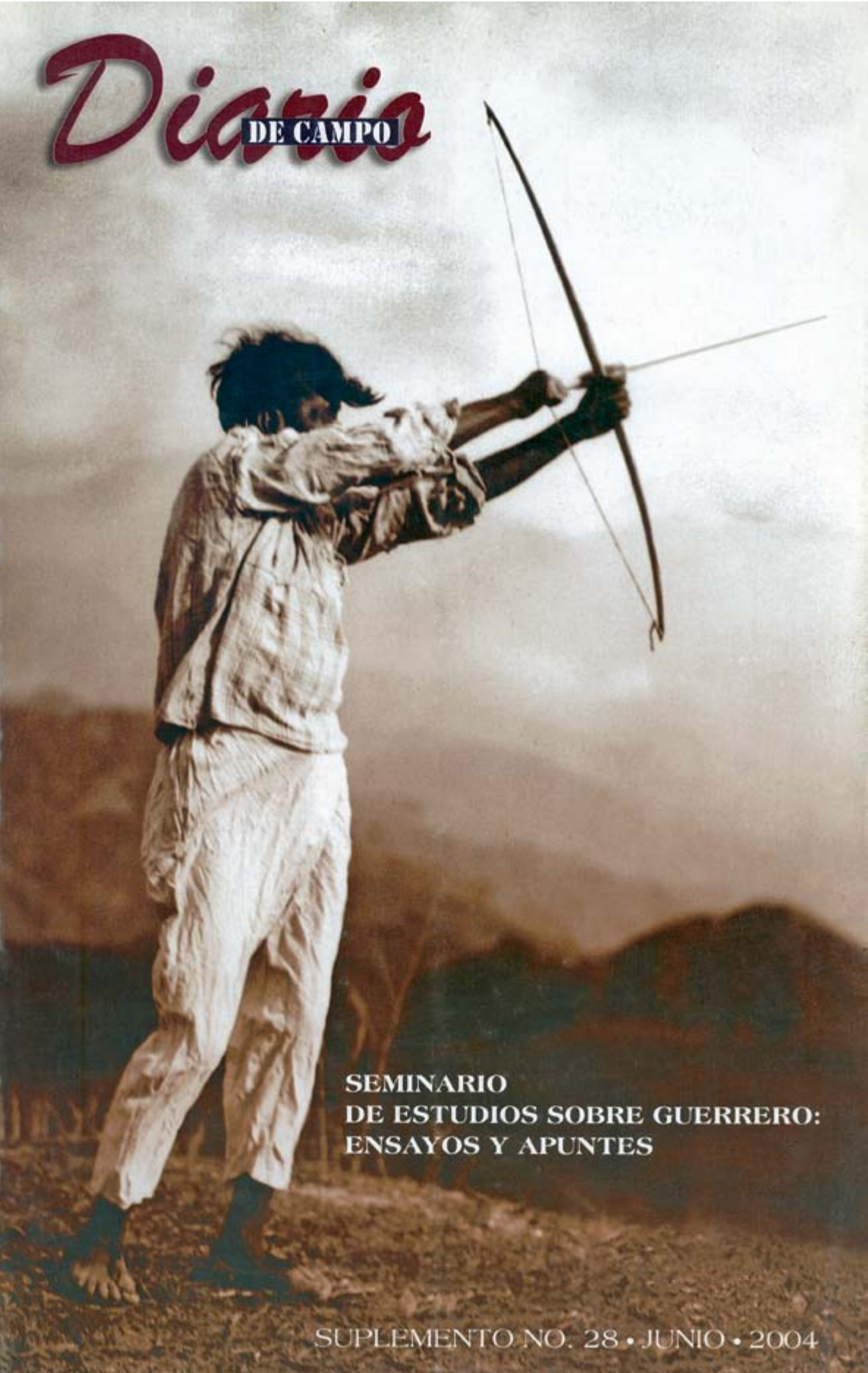
EN IMÁGENES

**Evolución y permanencia
visual: la postal**



Diario

DE CAMPO

A person in traditional white clothing is shown from the side, aiming a bow. The background is a hazy, mountainous landscape. The person is barefoot and wearing a long-sleeved shirt and loose-fitting trousers. The bow is held with both hands, and an arrow is visible in flight.

SEMINARIO
DE ESTUDIOS SOBRE GUERRERO:
ENSAYOS Y APUNTES

SUPLEMENTO NO. 28 • JUNIO • 2004

Diaria

DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LAS INVESTIGACIONES
DEL ÁREA DE ANTROPOLOGÍA

60to
Aniversario

No. 65 • MAYO • 2004

EN IMÁGENES MONJAS CORONADAS. LA EXPOSICIÓN

Diaria

DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES
DEL ÁREA DE ANTROPOLOGÍA

INCLUYE
SUPLEMENTO

No. 66 • JUNIO • 2004

EN IMÁGENES

ATLTZATZILISTLI:
CEREMONIA DE
PETICIÓN DE LLUVIAS

Diaria DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES
DEL ÁREA DE ANTROPOLOGÍA

No. 71 • NOVIEMBRE • 2004

EN IMÁGENES

Imágenes de la
Revolución en Guerrero

A. Salmerón
FOT

Diaria

DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES
DEL ÁREA DE ANTROPOLOGÍA

No. 72 • DICIEMBRE • 2004

En imágenes
Pescadores

Diario

DE CAMPO

SUPLEMENTO No. 36 • OCTUBRE/DICIEMBRE • 2006

El bosque
de Chapultepec:
un manantial de historias

Diaria
DE CAMPO

SUPLEMENTO No. 39 • OCTUBRE • 2006



Diversidad y Reconocimiento

Aproximaciones al Multiculturalismo

y la Interculturalidad en América Latina

Oración al Justo Juez

Oh justo juez, creador del cielo y la tierra!

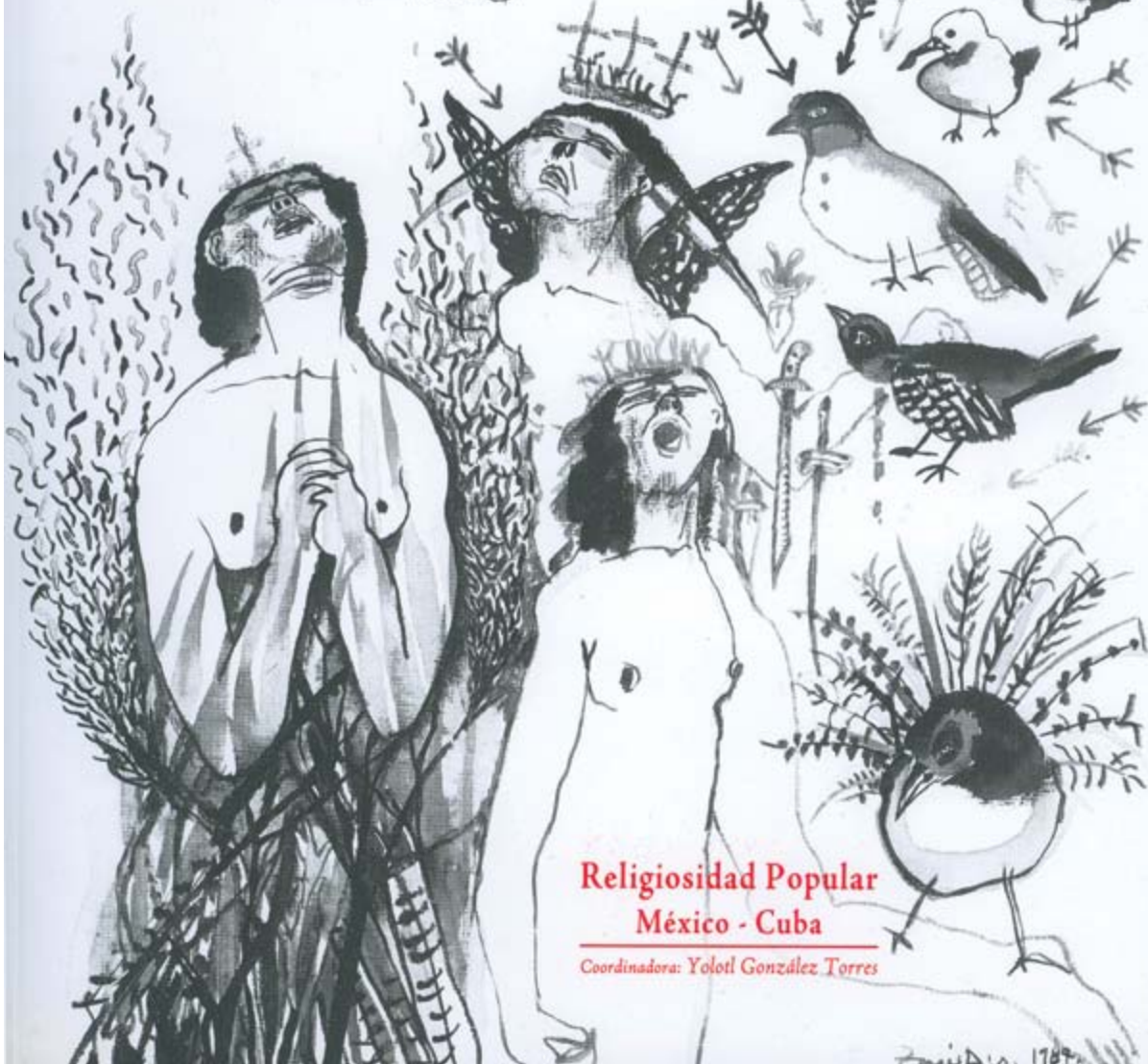
Redentor

Hacedor de todo cuanto existe

mi padre, mi guía, mi rey, mi amor, mi protector
mi gloria, mi gracia.

Así como liberaste a María Magdalena y a muchas vírgenes
de peligro en el alma y el cuerpo

libérame de mis enemigos, de satélites y ladrones
de malas lenguas y falsos testimonios
de caer en pecado mortal



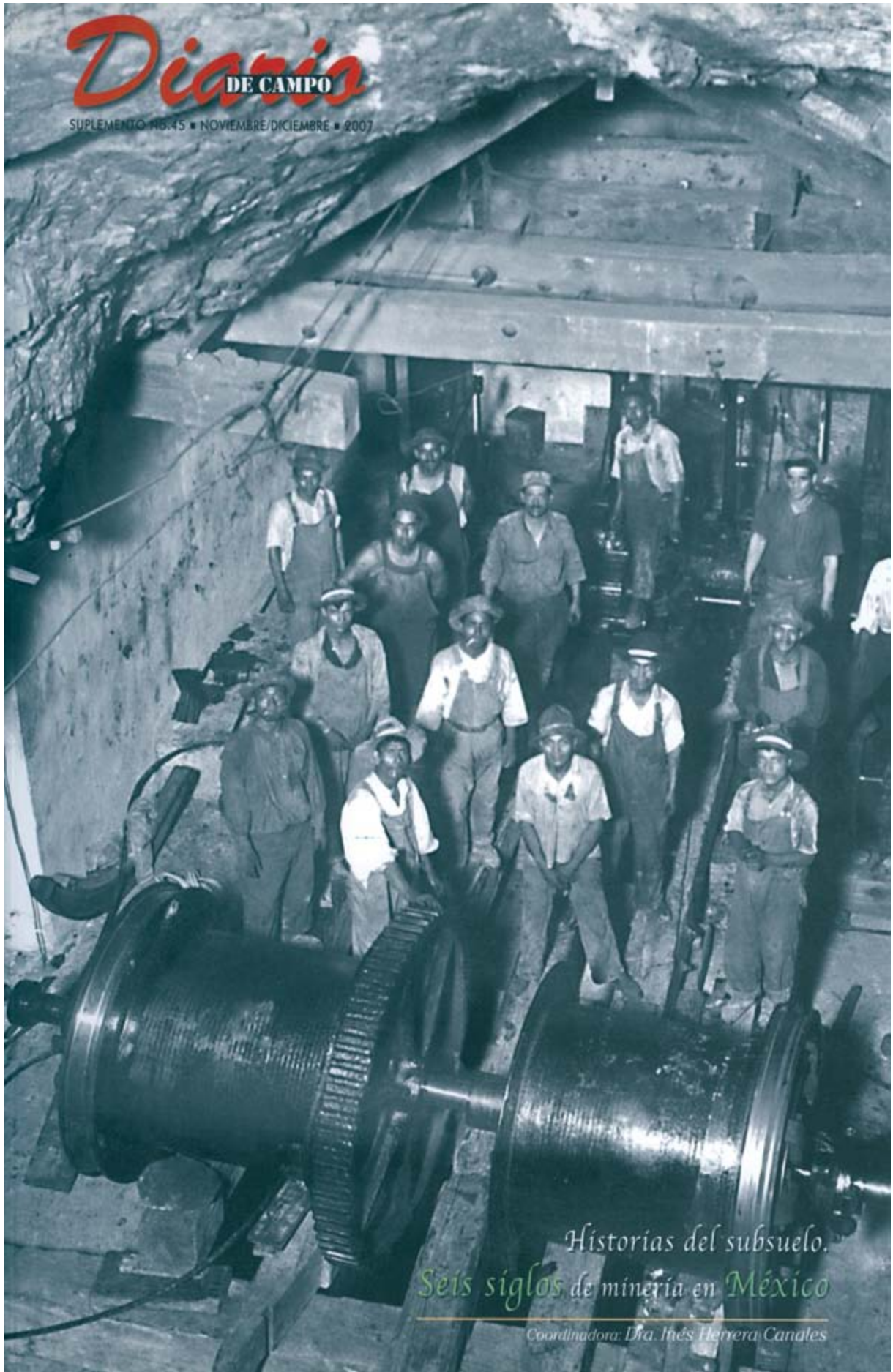
Religiosidad Popular
México - Cuba

Coordinadora: Yolotl González Torres

Diario

DE CAMPO

SUPLEMENTO N.º 45 ■ NOVIEMBRE/DICIEMBRE ■ 2007



Historias del subsuelo.
Seis siglos de minería en México

Coordinadora: Dra. Inés Herrera Canales

Diario

DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES
DEL ÁREA DE ANTROPOLOGÍA
ENERO-FEBRERO 2007 / No. 90



El Sahara Occidental:
El mundo los mira y luego los olvida

Diaria

DE CAMPO

Suplemento No. 49 • Julio / Agosto • 2008



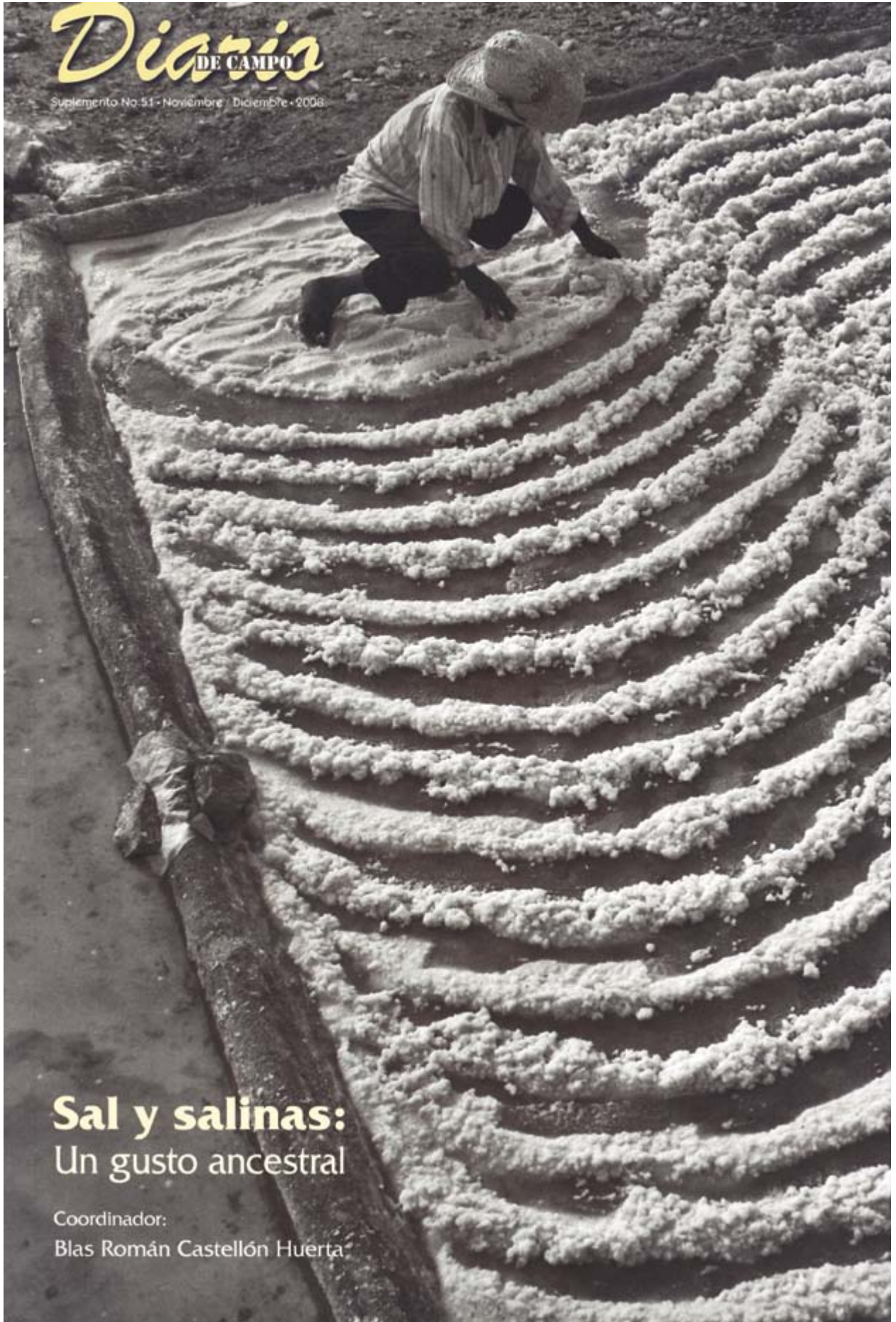
William Niven:
un explorador y aventurero
en el umbral revolucionario de Guerrero

Coordinadores:
Rosa María Reyna
Samuel Villela • Juan José Atilano

Diaria

DE CAMPO

Suplemento No. 51 - Noviembre - Diciembre - 2008



Sal y salinas: Un gusto ancestral

Coordinador:
Blas Román Castellón Huerta

Diario DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES
DEL ÁREA DE ANTROPOLOGÍA
JULIO • AGOSTO 2008 / No. 99

INCLUYE
SUPLEMENTO



ACATLÁN, GUERRERO.
EL RITUAL AGRÍCOLA
EN IMÁGENES

1.000
INCLUYE
SUPLEMENTO

Diario

DE CAMPO

BOLETÍN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES
DEL ÁREA DE ANTROPOLOGÍA
SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2008
No. 100

68

INÉDITO

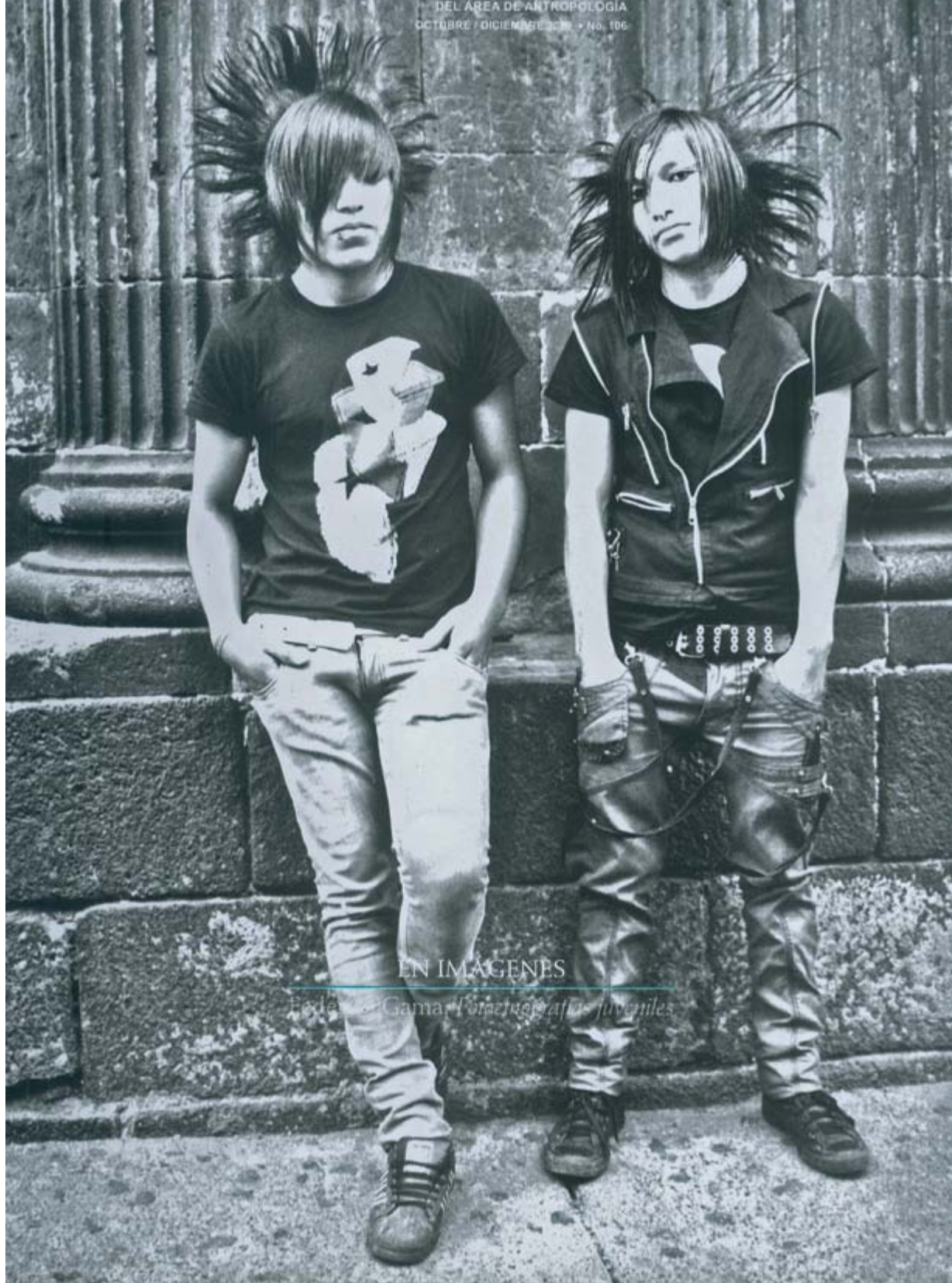
El ojo del Poder

EN IMÁGENES

CURADOR: EDUARDO ANCIRA

Diario DE CAMPO

BOLETIN INTERNO DE LOS INVESTIGADORES
DEL AREA DE ANTROPOLOGIA
OCTUBRE / DICIEMBRE 2011 • No. 106



EN IMAGENES

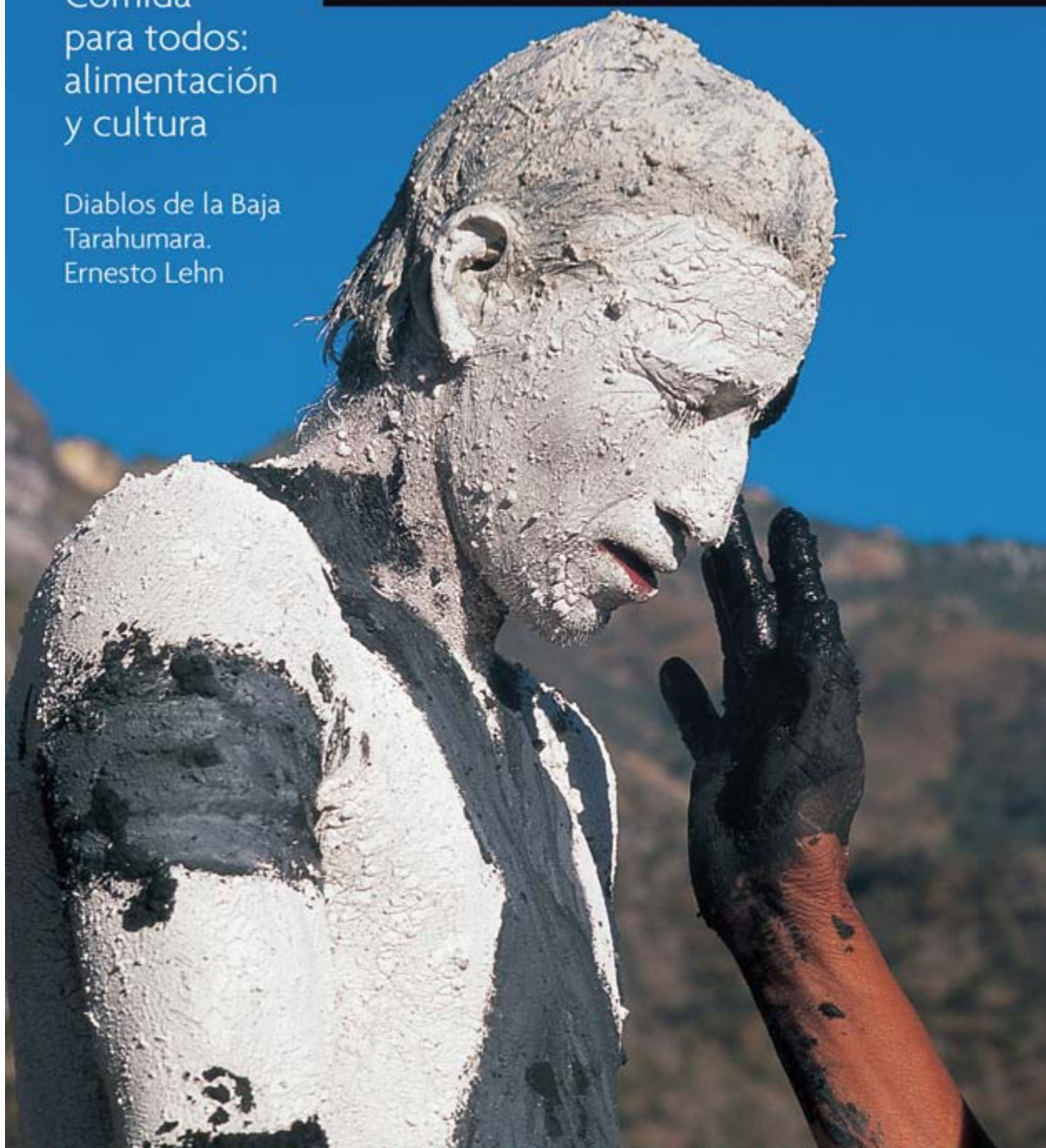
Federación Gama Fotografías juveniles

DIARIO DE CAMPO 1

NUEVA ÉPOCA / JULIO-SEPTIEMBRE 2010

Comida
para todos:
alimentación
y cultura

Diablos de la Baja
Tarahumara.
Ernesto Lehn



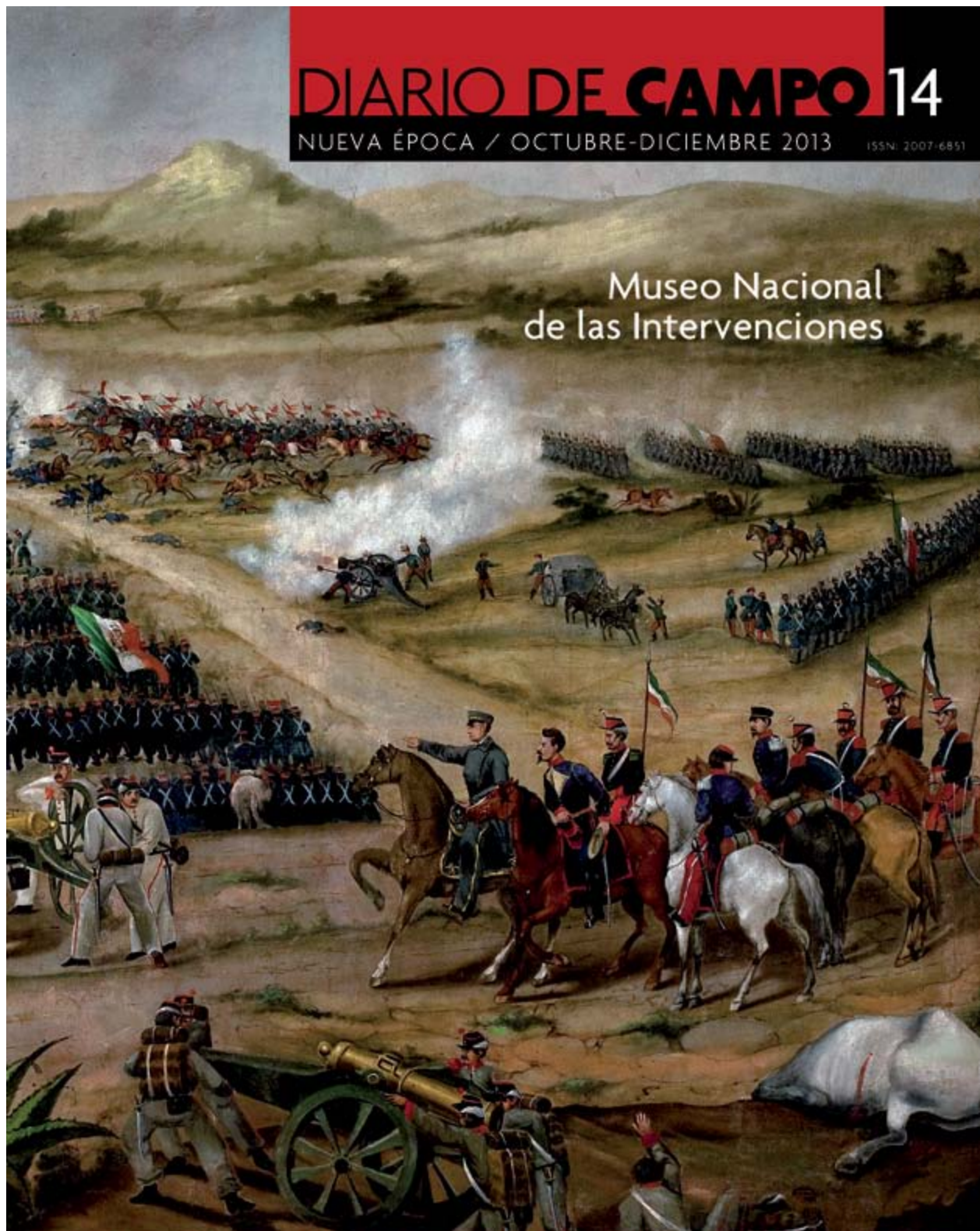
COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA / INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

DIARIO DE CAMPO 14

NUEVA ÉPOCA / OCTUBRE-DICIEMBRE 2013

ISSN: 2007-6851

Museo Nacional
de las Intervenciones



COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA / INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Lourdes Báez Cubero, Gabriela Garret Ríos, David Pérez González, Beatriz Moreno Alcántara, Ulises Julio Fierro Alonso y Milton Gabriel Hernández García (coords.), *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico*, México, Gobierno del Estado de Hidalgo/INAH, 2012

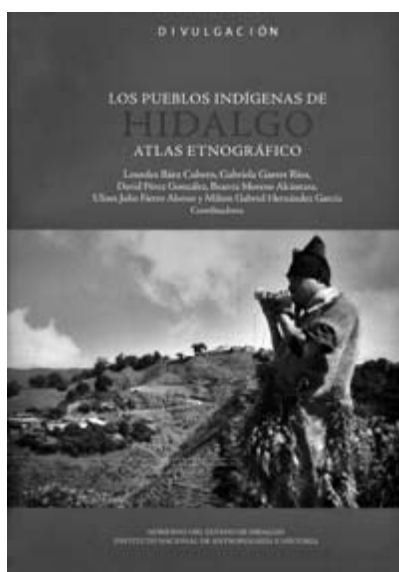
Ana María Salazar Peralta*

El proyecto de investigación del Atlas Etnográfico de México, desarrollado entre 1999 y 2012 por iniciativa de la Coordinación Nacional de Antropología, marcó en la historia de la antropología mexicana un esfuerzo institucional de suma relevancia respecto a la atención de la diversidad cultural en nuestro país. Ahí se reflexiona en torno a los siguientes temas y problemas: estructura social y organización comunitaria; territorialidad, santuarios y ciclos de peregrinación; relaciones interétnicas e identidad; sistemas normativos, conflicto y nuevas tendencias religiosas; procesos rituales; cosmovisión y mitología; chamanismo y nahualismo; patrimonio biocultural de los pueblos indígenas de México, así como la migración indígena (causas y efectos en la cultura, la economía y la población). Todos estos son de suma importancia para entender los significados socioculturales, económicos y políticos, además de su inserción en el Estado-nación multicultural en el presente de la globalización económica.

En consonancia, el "Equipo regional del valle del Mezquital, Hidalgo", coordinado desde la Subdirección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología, se unió en la práctica a la reflexión de "eso que llaman antropología", es decir, un aporte crítico de los antropólogos reflexivos respecto al "indigenismo institucional", que señalaba el atraso y la invisibilización del vertiginoso proceso de cambio cultural en

las comunidades indígenas de México, al cuestionar a esas etnografías que parecían estáticas frente al proceso de la formación social mexicana.

Lo anterior fue resultado de la expansión capitalista en nuestro país, lo cual impulsó la conformación de las Declaraciones de Barbados I y II, y junto a ellas el surgimiento del "etnodesarrollo" y el reconocimiento del "control cultural de



las comunidades indígenas de México". En tales posturas subyace el planteamiento contestatario de la antropología mexicana frente al rezago y la injusticia social concerniente al reconocimiento de la diversidad y el multiculturalismo ejercido por el Estado-nación, así como a la composición pluricultural de la población que habita la nación mexicana.

De manera acuciosa, el equipo citado organizó a un grupo profesional de investigación para atender los temas y problemas planteados como coordenadas para avanzar en su estudio histórico-cultural y aportar conocimiento científico en torno a las particularidades culturales de las comunidades hnähñüs, en 39 colaboraciones, divididas en 22 capítulos, que conforman un vasto compendio de curiosidades científicas interdisciplinarias que

conforman una narrativa etnográfica de profundo contenido cualitativo.

Ésta, a su vez, aporta un enfoque de divulgación mediante un lenguaje amable y fluido que deja de lado la pedantería académica para aportar, a manera de viñetas, miradas empíricas de las culturas de la entidad, estudiadas a profundidad y con grandes reflexiones teóricas en torno a la interpretación antropológica. Todo ello se resume en 412 páginas, que incluyen una rica bibliografía que pone al día el estado de la cuestión.

La antología deja establecido el objetivo de mirar la diversidad cultural hnähñü al corroborar la vitalidad de las formas de organización social, de sus tradiciones y de su ancestral cultura. Por medio de un interesante inventario académico este volumen permite valorar la persistencia de la riqueza cultural de las comunidades de filiación otomame, en particular las establecidas en el territorio del estado de Hidalgo y las entidades vecinas (Querétaro, San Luis Potosí, Veracruz, Puebla, Tlaxcala y Estado de México), por cuyas fronteras permea la identidad y filiación de esta familia lingüística, las cuales se matizan en una serie de estudios concretos que dan una profundidad histórico-cultural a aspectos "ecológicos regionales, procesos productivos e interrelaciones étnico-culturales, de circulación de bienes e ideas", e incluso de "parentesco y patrones de residencia", además de "consumo ritual y cultural", que imprimen de policromía a la diversidad cultural abordada.

De este modo se establece que la cultura otomame es una de las grandes culturas mesoamericanas que a lo largo de la historia dejaron huella del establecimiento de alianzas y fronteras étnicas, por medio de las cuales se conformó una extensión territorial cuyos enclaves se extienden hasta hoy desde el Altiplano Central hasta la región del Golfo y la frontera con Aridoamérica.

* Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM (anamasalazarperalta@gmail.com)

En la actualidad existen comunidades de origen otomí en Guanajuato, Veracruz, Puebla, Michoacán, Tlaxcala, Querétaro, Hidalgo y el Estado de México. Como efecto del proceso histórico y la formación social mexicana, se extienden incluso allende la frontera con Estados Unidos, en poblaciones como Clearwater, en el sur del estado de Florida, además de otras entidades del país vecino.

El estado de Hidalgo, explican los coordinadores del volumen, se divide en tres regiones culturalmente diferenciadas: otomí, nahua y tepehua. Éstas se extienden por sus interacciones culturales con la vecindad a los grupos totonacos y huastecos. Históricamente, en el territorio hidalguense se establecieron dos grandes polos de atracción y vínculos interculturales con la cuenca de México y con la costa del Golfo, primordiales en el proceso de formación social y cultural. La antigüedad de este proceso tiene una importancia fundamental para entender el proceso civilizatorio mesoamericano, junto con la profundidad histórica de la presencia de la familia otopame en diversas regiones del Altiplano Central.

Los estudios arqueológicos en la entidad, en especial los que se presentan en este volumen, evidencian que las poblaciones cazadoras-recolectoras protootomangues habitaron Teotihuacán, Tula y otros importantes centros poblacionales desde hace unos siete mil años, y desde el tercer milenio antes de nuestra era desarrollaron una economía agrícola incipiente para la subsistencia. Se infiere así que la agricultura propició el incremento y la expansión poblacional que dio lugar a las sociedades estatales del México antiguo.

La relevancia histórica cultural de los hñāhñü, la cual se enfatiza en este volumen, apunta a que lejos de ser interpretados por la academia como “los dueños del silencio” –como alguna vez los nombró Jacques Galinier–, con el dato duro de

la investigación arqueológica y de la genética humana contemporánea se reivindica su preeminencia y temporalidad.

La información señala que la presencia y antigüedad de este pueblo es de suma importancia para entender el proceso civilizatorio mesoamericano, en el que se conjuga la exuberante cosmovisión indígena, que integró una especialización económica alcanzada por la domesticación y explotación del maguey, así como un excepcional panteón religioso más tarde compartido con los pueblos nahuas, de cuya preeminencia quedó huella por cuanto a númenes como la luna, deidad netamente otomí cuyo simbolismo se relaciona con el pie-conejo, deidades cuyas ofrendas se asociaban con el culto lunar, el agua, la fertilidad y los mantenimientos.

La cosmogonía y explotación del maguey se presentan en el magnífico trabajo en torno al pulque, así como su matriz cultural, también compartida en la región otomí mazahua del noroeste del Estado de México y las variantes tecnológicas de su proceso productivo, cuya persistencia se sostiene a lo largo del tiempo no sólo en términos de filiación, sino también respecto a la nutrición y supervivencia.

Las poblaciones de las regiones semiáridas como la región del valle del Mezquital, donde se desarrolló la explotación del maguey, se han sostenido mediante la agricultura precaria con el aporte de esta planta, al que se suman otras especies que generan fibras para crear segmentos productivos de gran diversidad creativa; por ejemplo, para la circulación de bienes y objetos de uso doméstico que más tarde cobran importancia para el mercado. Estas formas productivas y económicas han sido el sostén de una población creciente que suele hallarse en condiciones de pobreza, aparejadas con bajos índices nutricionales –los mismos que históricamente se abatieron por la ingesta del pulque y otros productos estacionales como los in-

sectos, ricos en proteína y nutrientes, producto de estas regiones semiáridas.

En materia de organización social se distinguen las formas colectivas y los usos y costumbres de raigambre hñāhñü dentro de los sistemas normativos indígenas, en los que se sustentan los antiguos derechos de sangre y de tierra en el mundo mesoamericano, así como en las repúblicas de indios, además de su adecuación en el mundo novohispano, de la misma forma que los conflictos y revueltas indígenas en contra de la dominación y el despojo territorial. Lo anterior es muestra de esa raigambre rebelde de la matriz cultural hñāhñü y su tránsito histórico como resultado de las legislaciones decimonónicas liberales, las cuales disolvieron la tenencia del territorio de los pueblos indios y los bienes de la Iglesia, al homologarlas como si ambas fueran bienes de manos muertas. Esto motivó el surgimiento de los movimientos indígenas en la región de Ixmiquilpan, que desde entonces reivindicaban el reconocimiento indígena y la redistribución de la riqueza, notoriamente invisibilizados en los tribunales. Sin embargo, la prensa del siglo XIX los consignó con amplitud, cuyos documentos son analizados a profundidad por los coautores del volumen.

La religiosidad y organización de la vida ceremonial abordados en el libro dan cuenta de una riqueza exuberante, con expresiones únicas en creatividad cultural. Se trata de dimensiones que amalgaman el plano de lo religioso con el plano cotidiano de las mujeres, quienes visten a sus familias con la indumentaria tradicional, pero también lo hacen con sus deidades en el “costumbre” o vida ceremonial. Esto constituye dispositivos sociales y culturales cuyo objetivo consiste en restablecer el equilibrio del cosmos por medio de la adivinación, la salud y el propio orden del cosmos. En el costumbre se articulan también expresiones estéticas al compás de la música ritual del canto y la danza,

que crean y recrean el simbolismo cosmogónico ancestral.

Respecto a los sistemas productivos, además de los remanentes de cazadores-recolectores y de la agricultura temprana se estudian los sistemas extractivos de la minería en Zimapán y su influencia en otros sistemas productivos articulados con la misma, como los ranchos y haciendas productores de bienes para la minería, pero también con las haciendas pulqueras de Apan y Tulancingo, ya que junto a éstas hallamos la producción de textiles y la extendida producción de ganado lanar en la entidad. Todo ello sirve de antecedente para entender el proceso histórico y el tránsito a la realidad contemporánea, donde las contradicciones estructurales impusieron el desmantelamiento de la estructura agraria y, con ello, la expulsión de la mano de obra (un proceso que parece confirmar el aforismo de Gamio "México, un país de migrantes"). Otros aspectos de igual relevancia se relacionan con la imposición del monolingüismo como estrategia de integración, lo cual no resolvió la desigualdad social ni la discriminación de la sociedad nacional respecto los pueblos indígenas.

Se trata en suma de un volumen que no insiste en el tema de la igualdad del Estado multicultural, el mismo que encubre la desigualdad social y la carencia de democracia. Por el contrario, los ensayos exponen la preocupación de los lingüistas respecto a la diglosia y el desplazamiento lingüístico, aspectos de gran relevancia para comprender el enorme peso del sistema educativo mexicano en la responsabilidad en cuanto al desplazamiento lingüístico de los hablantes de lenguas amerindias y su discriminación social. Este proceso ha mostrado la inoperancia del modelo multicultural como sustento para la arquitectura del Estado-nación, carente de una auténtica democracia.

Los ensayos que abordan esta realidad explican que el reconocimiento a los de-

rechos lingüísticos y el reconocimiento de los derechos culturales harán avanzar la posibilidad de construir un México pluricultural y pluriétnico, con el que se erigirá una verdadera perspectiva intercultural, inclusiva y democrática. Para que ello se consolide, tendrá que haber un reconocimiento a la diferencia de clase, género y cultura, la cual respete a los ciudadanos, cualesquiera que sean sus orígenes y condición social, de modo que sean visibles y considerados en el escenario político y cultural de esta gran nación mexicana, y se dé lugar a ciudadanos orgullosos de su origen y pertenencia étnica.

• • •

Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*, México, CIESAS/UAM/UIA, 2012

Gabriela Iturralde Nieto*

Las formas de vida cotidiana, las creaciones artísticas y las ideas sobre el mundo material y simbólico de las poblaciones afrodescendientes en las Américas, ¿se deben comprender como huellas de la herencia de las culturas de origen en África? O, por el contrario, ¿podemos considerarlas como nuevas culturas en permanente creación, en las que se elaboran y expresan la vida compartida con diversos grupos sociales en diversos contextos espacio temporales? Son preguntas que desde varias perspectivas atraviesan los debates sobre los estudios sobre población afrodescendiente en las Américas, enmarcados en un debate más amplio sobre las identidades étnico-raciales que discuten su carácter esencial o construido.

Desde hace al menos 20 años se observa en América Latina un importante

* Docente de la maestría en estudios latinoamericanos, UNAM (giturraldenieto@gmail.com)

proceso de visibilización de las colectividades y organizaciones afrodescendientes, que reclaman ser reconocidas como parte de la historia y del presente de este continente, exigen el pleno ejercicio de sus derechos y una vida libre de racismo. En este contexto los estudios sobre las comunidades afrodescendientes parecen "ponerse de moda", y debates que parecían superados adquieren nueva vigencia –como el mencionado antes.

Este texto tiene como propósito reseñar de manera breve un libro de reciente publicación en México, que sin duda es una lectura obligada para los interesados en documentar y comprender los procesos de intercambio social a que dio lugar la llegada a nuestro continente, a partir del siglo XVI y hasta el XIX, de personas de origen africano esclavizadas y libres.

El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), junto con la Universidad Iberoamericana (UIA) y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) se han dado a la tarea de publicar una colección de clásicos de la antropología. Su principal objetivo es acercar a nuevos lectores textos que han construido el acervo de conocimiento de esta disciplina.

Los editores de la colección acertaron al incluir allí esta obra de Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*. Publicada originalmente hace casi 40 años, fue y sigue siendo, como lo señalan atinadamente Catherine Good y María Elisa Velázquez en el prólogo a esta primera edición en español, un parteaguas en los estudios sobre las culturas y colectividades de la diáspora africana en las Américas, pues sentó las bases para el desarrollo de una comprensión holística de los procesos experimentados por las poblaciones de origen africano en el continente y sus creaciones culturales.

Los autores plantearon, en su momento, una ruptura metodológica con las tra-

diciones de la antropología culturalista, que a grandes rasgos comprendía la experiencia de africanos y afrodescendientes en las Américas, al considerar que las formas de vida contemporáneas eran una expresión del legado cultural del pasado africano que había sobrevivido, un poco de manera milagrosa, a los avatares de la esclavización y el colonialismo, así como a otros que sostenían que en el caso de la población de origen africano –debido al atraso de sus culturas de origen–, éstas habían sido incapaces de sobrevivir y se trataba de colectividades que reproducían la cultura dominante en forma sistemática.

Los autores proponen alternativas analíticas a la identificación y clasificación de las expresiones culturales de las colectividades contemporáneas en clave de pervivencia o franca pérdida cultural de sus culturas ancestrales, una orientación centrada en la comparación de la experiencia de las comunidades africano-americanas con sus comunidades de origen –aquéllas del pasado histórico o con las comunidades contemporáneas en África–, al hacer caso omiso de las influencias que los contextos espaciotemporales tienen sobre la producción cultural, tanto material como inmaterial, de cualquier sociedad.

Mintz y Price proponen en este libro –y de ahí su importancia– un modelo de aproximación teórico-metodológica para estudiar y comprender el surgimiento o nacimiento –como lo dice su título en inglés– de “nuevas culturas”. Para estudiar las expresiones culturales, la vida material y simbólica de los grupos, pueblos o comunidades “diferenciadas” sugieren partir de la comprensión de la cultura como complejos sistemas de producción material y simbólica en permanente transformación, los cuales adecuan los bagajes ancestrales a los contextos actuales y recrean viejos saberes en relación con nuevos paisajes.

Afirman que las sociedades y culturas africano-americanas no son portadoras inmaculadas de la cultura africana –si es que se puede hablar de ella en singular– ni recipientes vacíos que aceptaron de modo irreflexivo las imposiciones culturales de los grupos dominantes. Se trata de nuevas formas de expresión surgidas del intercambio –conflictivo o armonioso– con otros grupos, en nuevos espacios y en diversos contextos sociales y económicos donde los afrodescendientes esclavizados o en libertad requirieron crear y recrear nuevas reglas de parentesco, maneras de hablar, comer, vestir, festejar; en resumen, de interpretar el mundo y su situación en él.

Esta propuesta nos ayuda a comprender los complejos procesos mediante los cuales las sociedades crean y reproducen recursos para existir, darle sentido a la vida e imaginar el futuro; nos aleja de comprensiones maniqueas o simplistas que han conducido a la esencialización de las identidades y, a la larga, a la folclorización de las prácticas de la cultura y del patrimonio cultural. Así pues, contar con este libro en español –a casi cuatro décadas de su publicación original– contribuye a alimentar, enriquecer y quizá dilucidar un debate al parecer aún vigente en el estudio y comprensión de las etnicidades, y de manera particular de las identidades afrodescendientes, además de que contribuye a esclarecer el quehacer del científico social ante estos procesos.

Entre los estudiosos interesados en conocer, documentar, analizar la vida y las expresiones de la cultura de las poblaciones afrodescendientes contemporáneas, algunos insisten en afirmar que la vida material y el patrimonio de estos pueblos son expresión de una herencia cultural “intacta” trasladada hace 500 años y que se expresa hoy en día sin cambio o con pequeñas modificaciones. Ante ello, la labor de los etnólogos y an-

tropólogos consiste en ordenar, clasificar y catalogar estas prácticas para identificar su origen y preservar su pureza en la medida de lo posible.

Otros trabajan con base en la consideración de que nos situamos frente a sujetos con agencia, colectividades vivas y creadoras, y por lo mismo que el quehacer del investigador es tratar de comprender cuáles fueron y son los contextos históricos, sociales y espaciales en que han nacido las culturas africano-americanas, cómo se sitúan y expresan estas identidades en la actualidad y cómo el patrimonio artístico y cultural es empleado como herramienta para insertarse en los distintos contextos locales, nacionales y regionales.

En relación con la población afrodescendiente, en México vivimos un momento muy importante en el que las comunidades y asociaciones han levantado en forma vigorosa su demanda de visibilización y reconocimiento de su presencia y participación en la construcción de la nación.

La lectura de un trabajo como éste resulta imprescindible para documentar y comprender con mayor precisión la historia de la población afromexicana, las distintas modalidades de expresión actual de estas identidades y los procesos políticos que se están desarrollando.

Dos apostillas sobre la publicación:

La primera tiene que ver con la portada. Considero –y creo que me hago eco de la opinión de varios colegas– que se hizo una elección desafortunada al incluir la foto que ilustra los forros. Por lo común, allí se busca hacer una síntesis gráfica del contenido del texto, por lo que la imagen seleccionado resulta una expresión contraria de aquello a lo que se refiere el libro. Si bien al caminar por las calles y plazas de La Habana vieja o de Cartagena es posible encontrar a mujeres que pasean así ataviadas, considero que asumirlas como la más signifi-

ficativa representación de estas nuevas culturas no es atinado. Estos personajes –no lo olvidemos– se encuentran ataviadas de esta forma en reclamo para el turismo, al poner de relieve los clichés asociados con la población afrodescendiente: el desenfado, la provocación y la estridencia. Los afrodescendientes en las Américas forman parte de las sociedades modernas; muchas personas se dedican a las labores del campo; otras a los servicios; hombres y mujeres son médicos, maestros, antropólogos y abogados.

Las comunidades y personas afrodescendientes en nuestro continente han creado un sinfín de referentes culturales que constituyen una mejor síntesis gráfica: pensemos, por ejemplo, en la pintura naïf de Haití, los cuadros de Jacob Lawrence o, sin ir más lejos, los grabados que hacen los miembros del taller Cimarrón en el Ciruelo, en la Costa Chica. Reproducir los clichés no contribuye a desarrollar comprensiones complejas sobre los fenómenos de la cultura y la política que involucran a la población afrodescendiente. La segunda se relaciona con la traducción del texto: para un lector que conoce la versión en inglés existen imprecisiones que muy probablemente no tengan relevancia. Pero hay otras que resultan significativas, y aquí sólo me referiré a una. En el texto se traduce la expresión propia de la literatura en inglés sobre el comercio de personas esclavizadas, *middle passage*, como “pasaje medio” (p. 36). Esta expresión hace referencia al viaje que hacían a través del Atlántico, desde la Costa Occidental de África hasta las islas del Caribe, los “barcos negreros”, que constituía la parte más larga de esta travesía. Estoy convencida de que en lugar de la traducción literal habría sido más atinado hablar de “viaje atlántico”, “travesía atlántica” o incluso “travesía intermedia”, fórmula que se utiliza en la traducción al texto de Mannix y Cowly *Historia de la trata negrera* (Alianza, 1968).



El “pasaje medio” es una expresión que en español carece de sentido en el contexto de este libro, y sin una nota al pie del traductor el lector no especializado y que no conoce la versión en inglés se perderá de una importante referencia. Desde la perspectiva de los autores, la travesía atlántica, lejos de convertirse sólo en una experiencia traumática o en un reservorio cultural, implica el primer contexto de elaboración de las nuevas creaciones culturales, con lo que disienten de otras perspectivas analíticas, sobre todo de aquellas que consideran que “la cultura” africana no sufrió modificación alguna a pesar de las circulaciones e intercambios experimentados desde el primer momento de viaje de las personas esclavizadas, o que encuentran en esta experiencia el argumento para justificar una supuesta “carencia” de cultura, que habría sido vaciada y extinta por el impacto de la dominación. Con base en su propuesta, los autores sugieren analizar este contexto en su complejidad, tanto como un espacio traumático como de intercambio social y creación cultural.

En síntesis, la publicación en español de este texto es motivo de celebración y una gran oportunidad para que las perso-

nas que ya lo conocían lo releen y, sobre todo, para que los jóvenes investigadores interesados en estos temas se hagan de más herramientas para comprender y explicar las diversas y complejas formas en que se experimenta la afrodescendencia en nuestro continente.

• • •

Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*, México, CIESAS/UAM/UIA, 2012

María Camila Díaz Casas*

La traducción del clásico *The Birth of African-American culture* de Richard Price y Sidney Mintz ha sido muy bien recibida por la comunidad académica mexicana y latinoamericana, en especial por los estudiosos de los grupos afrodescendientes en América. Esta obra ha sido por muchos años la guía metodológica de varios investigadores, por lo que su traducción al español posibilitará que permanezca como un referente importante para los interesados en temas como la creación de la cultura africano-americana, la esclavitud, la participación de los esclavizados como agentes históricos en las sociedades coloniales y en los procesos de transferencia, cambio y adaptación cultural.

Las reflexiones desarrolladas por Mintz y Price entre 1972 y 1973, publicadas por primera vez en 1976, aún poseen una importante vigencia teórica y metodológica en las ciencias sociales en general. Como era la intención de los autores, desde su publicación el texto se convirtió en un manual de estrategias para estudiar el pasado africano-americano y ha alentado a los historiadores, antropólogos y otros in-

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (maricamiladc@gmail.com)

investigadores a adentrarse en los estudios africano-americanos y a emplear modelos conceptuales acordes con la complejidad de los temas que se tratan en el texto.

Es posible identificar varios puntos para comentar respecto a este libro. Sin embargo, la reseña se dividirá en cuatro ejes temáticos que resumen algunas apreciaciones sobre el texto. En primer lugar se abordará de manera general el contenido del libro. En segundo lugar se explicarán cuáles han sido los aportes de Mintz y Price a los estudios sobre la población afrodescendiente en la antropología y la historia. En tercer lugar se comentarán los aportes de los autores para entender la esclavitud en América, y por último se retomarán algunos elementos críticos frente al texto y su aplicación en el estudio de la población afrodescendiente en México.¹

Primera parte: contenido del texto

Los autores dividen su texto en seis capítulos en los que se desarrollan varias discusiones respecto a cómo aproximarse a la historia de la cultura africano-americana, al presuponer que ningún grupo humano puede transferir sus formas de vida, valores y creencias de un lugar a otro sin ningún cambio, y que la variedad y fuerza de las transferencias se limitan ante variables como las características y materiales del entorno anfitrión.

En este sentido Mintz y Price proponen reconsiderar el modelo del encuentro que presupone la existencia de una cultura africana y una europea, al argumentar la heterogeneidad de la procedencia cultural entre los africanos que se establecieron

¹ A manera de aclaración, cuando se utiliza el término "afroamericano" se hace referencia a los afrodescendientes de Estados Unidos, y cuando se dice "africano-americano", a los afrodescendientes del continente americano. De esta manera aparece en la traducción, por lo que aquí se busca respetar las denominaciones que aparecen en el texto.

en el continente americano. Asimismo, para los autores esa heterogeneidad demuestra cómo los africanos en América se convirtieron en una comunidad cuando comenzaron a compartir una cultura, es decir, cuando ellos mismos la crearon en el nuevo entorno. De ahí que hagan énfasis en el cambio y las discontinuidades y critiquen que la cultura sea vista como un todo indiferenciado y estático.

En varios capítulos del libro señalan que los esclavos crearon instituciones² para cumplir con sus propósitos cotidianos. Estas instituciones, de alcance limitado, servían como puentes entre esclavizados y libres, y a su vez provocaron interacciones que influyeron en las nuevas culturas y las nuevas sociedades que tomaron forma bajo el sistema esclavista. Por otro lado, en los límites de maniobra que les permitía el poder de los amos, los esclavizados crearon otras instituciones para organizar su vida, tales como el establecimiento de amistades, el desarrollo de grupos familiares, la construcción de unidades domésticas, los nacimientos, muertes, enfermedades y la instauración de grupos religiosos. A partir de estos argumentos Mintz y Price explican que los procesos de formación cultural no fueron unilaterales ni se caracterizaron en exclusiva por la imposición de firmas europeas sobre africanos pasivos y homogéneos.

Así, para Mintz y Price la creación cultural por parte de los esclavizados se inició con las primeras interacciones y mediante la lucha con los traumas de captura, esclavización y transporte. Por ello expresan que, a pesar de las crueles y deshumanizadoras condiciones de la trata esclavista, los esclavizados africanos no fueron víctimas pasivas; es decir,

² Para comprobar este planteamiento, los autores definen institución como las interacciones sociales que adquieren un carácter normativo y que se puede emplear para cubrir necesidades recurrentes (p. 65).

además de actos de resistencia los esclavizados también sumaron esfuerzos cooperativos que podrían mirarse como los inicios de la cultura y la sociedad africano-americana.

Aun así los autores explican que las culturas africano-americanas se formaron durante los primeros años de asentamiento en los territorios americanos, como se observa en aspectos como la lengua y la religión. Los ejemplos retomados son de Surinam, por lo que exponen que el surgimiento de una nueva lengua criolla basada en el inglés con varias denominaciones, como "inglés negro" o "surinaams", surgió en las dos primeras décadas de la colonia. Asimismo explican que el grupo cimarrón saramaka realiza prácticas religiosas similares a las de los criollos de la región de Pará, donde se estableció la plantación, debido a que los cimarrones que huyeron a finales del siglo xviii a los bosques del interior llevaron consigo prácticas religiosas también aprendidas en la plantación.

En este sentido Mintz y Price no niegan las retenciones o supervivencias culturales en los africano-americanos, sino que complejizan esta idea al argumentar que, dado que la cultura es cambiante y dinámica, se necesita estudiar en qué contextos y coyunturas se presentan la persistencia y el cambio. De este modo resaltan la necesidad de comprender el pasado de los pueblos africano-americanos para comprender su presente y la importancia de las claves del presente para entender el pasado y llevarlas al trabajo de archivo.

Los autores concluyen que ni el contexto social ni las tradiciones culturales explican por sí solos las instituciones africano-americanas. En consecuencia, para entender la historia de la cultura africano-americana es necesario partir de la idea de que ésta no es sólo producto de las huellas de africanía ni de la completa innovación en América. Por el

contrario, ésta fue posible gracias a la creación y remodelación cultural en las muy particulares condiciones sociales, políticas, económicas y culturales que dieron forma a ese proceso.

Segunda parte: aportes al estudio de los afrodescendientes desde la antropología y la historia

En la introducción y el prólogo Mintz y Price advierten que su publicación se enmarcó en la lucha por los derechos civiles de la población afroamericana en Estados Unidos y en el establecimiento de programas de estudios afroamericanos en las universidades de ese país, producto del interés académico generado por la movilización política de la población afrodescendiente.

En ese contexto existían fuertes polarizaciones a la hora de explicar la cultura de los afroamericanos. Los autores señalan dos tendencias: la primera afirmaba que las expresiones culturales de la población afroamericana eran legados de África y así se explicaba su particularidad, mientras que la segunda sostenía que los africanos introducidos a territorio estadounidense nunca se asimilaron al resto de la sociedad, por lo que sus repertorios culturales fueron producto de la marginación, la exclusión y la ignorancia.

Resulta evidente que el texto de Mintz y Price hizo posible matizar tales posiciones, al tiempo que puso sobre la mesa el debate respecto a las retenciones culturales africanas, su permanencia o su inexistencia. Sobre esto habría que recordar que, en el estudio de la etnicidad desde la antropología, se desarrollaron dos corrientes denominadas constructivismo y esencialismo. Desde el primer enfoque se argumenta a la etnicidad como producto de una construcción histórica, mientras que desde el segundo se concibe a la etnicidad como una característica esencial que diferencia a determinadas poblacio-

nes de otras. Traducido al estudio de las poblaciones afrodescendientes, lo anterior significó, del lado esencialista, que las tradiciones culturales africanas eran una esencia que permanecía por medio del tiempo y se observaba en las expresiones culturales afroamericanas. Del lado constructivista significó que esas expresiones culturales debían ser vistas a partir de la historización, eventualización y desnaturalización de los supuestos que implicarían un ser-esencial compartido. Por consiguiente, para resumir el debate a grandes rasgos, se diría que mientras del lado esencialista los antropólogos se dedicaron a buscar huellas de africanías en los comportamientos contemporáneos, los constructivistas negaban que estos comportamientos tuvieran sus raíces en África.

A partir del rechazo de las numerosas presunciones acriticas de qué se entiende o no por africano, Mintz y Price aportan estrategias metodológicas que se ubican en un punto intermedio del debate entre constructivismo y esencialismo. Precisamente este texto, concebido por sus autores como un manual para orientar los estudios sobre la población africanoamericana, sugiere un argumento fundamental para el estudio de la población afrodescendiente: entender la cultura africano-americana como una creación realizada por los sujetos implicados a partir de su bagaje cultural adquirido en África, pero también a partir de las nuevas condiciones, las formas de asentamiento, las interacciones con los demás, las necesidades cotidianas y la relativa autonomía del poder de los esclavistas que gozaron en América.

Con esta idea los autores no pretenden negar la existencia de elementos africanos en las culturas forjadas en América, como se les acusó en la década de 1970. Por el contrario, hacen un llamado a pensar el tema de acuerdo con su complejidad y a emplear una mayor sutileza

analítica y mayor investigación socio-histórica para ello. De esta manera nos conducen a pensar, desde la antropología, el estudio de la historia de la cultura africanoamericana.

Sobre este tema subrayo que, si bien el libro de Mintz y Price se considera una obra antropológica, posee asimismo un profundo carácter histórico, el cual se puede explicar al resaltar aspectos fundamentales en la propuesta de los autores, como la obligación de entender las poblaciones africano-americanas desde un contexto temporal y espacial particular, de historizar sus formas de vida para entender cuándo y cómo se crean nuevos repertorios culturales, y de pensar en el paso del tiempo y en la noción del cambio o la persistencia que esto implica.

Los propios autores resaltan el hecho de que ningún grupo humano, por más cohesionado que esté, se puede transferir de un lugar a otro sin cambios, y aclaran que las condiciones de transferencia, las características humanas y materiales del entorno anfitrión limitarán la variedad y fuerza de las transferencias efectivas, por lo que se puede afirmar que las culturas africano-americanas se encuentran constituidas por retenciones del repertorio africano. No obstante, resulta fundamental observar en qué contextos y coyunturas se desarrollan para entender la persistencia y el cambio.

Además del llamado a pensar en el tiempo y en el contexto, el profundo sentido histórico del texto de Mintz y Price se evidencia en el diálogo que proponen entre el presente y el pasado. Los autores afirman que la comprensión del pasado de los pueblos africano-americanos es útil para comprender su presente y viceversa. Asimismo argumentan que las claves del presente son útiles para entender el pasado y llevarlas al trabajo de archivo. Por último, este es el trabajo de la historia: no reconstruir los datos del pasado como lo haría un anticuario, sino

establecer un diálogo entre el pasado y el presente que permita comprender no sólo a quienes vivieron antes que nosotros, sino a nuestros contemporáneos y a las sociedades donde vivimos.

A partir de estas premisas sobre el pasado, el presente y la investigación, y de su posición mediadora entre el esencialismo y el constructivismo, Mintz y Price ponen a dialogar a la antropología con la historia, y de esa relación deducen que ni el contexto social ni las tradiciones culturales explican por sí mismos la cultura africano-americana.

Tercera parte: aportes sobre cómo entender la esclavitud en América

La obra de Mintz y Price introduce una serie de reflexiones útiles para comprender la esclavización de personas africanas en América. Si bien es necesario partir de que la esclavitud es una práctica inhumana y cruel, en el continente americano ésta tuvo varios matices, muchos de ellos debido a la imposibilidad de construir un orden social en que el grupo dominante oprimiera en todos los espacios posibles al grupo dominado.

El fracaso de lo que Mintz y Price denominan la “esclavocracia idealizada”, donde los amos blancos dominan por completo a los esclavizados africano-americanos, es una premisa que debe acompañar los estudios sobre la esclavitud en nuestro continente. Existen varios indicios que los autores destacan para argumentar que es necesario abandonar la mirada maniquea de dominadores y dominados, y cómo debemos comprender y explicar una realidad mucho más compleja.

Cómo explican Mintz y Price, las fallencias de la “esclavocracia idealizada” se observan en la aparición de sectores libertos que no se hallaban contemplados en el orden social, en la existencia de espacios donde coincidían amos y es-

clavizados y en la existencia de oficios que se prestaban al establecimiento de relaciones más estrechas entre ambos sectores, como el servicio doméstico y los oficios artesanales, entre otros. De manera adicional, en espacios como la plantación los esclavizados establecieron cultivos en los que producían su propio alimento, pero también generaban excedentes que les permitían comerciar, tener poder adquisitivo y consumir según sus preferencias.

De acuerdo con lo anterior, es posible observar que los esclavizados no siempre fueron sujetos de dominación. Por el contrario, a pesar de ser víctimas de un sistema económico, político y social, fueron actores de la historia que no aceptaron el poder de los amos en forma pasiva ni constituyeron un grupo homogéneo de explotados. Mediante actos de resistencia abierta, como rebeliones, fugas y levantamientos, así como de otras acciones como la preservación de religiosidades diferentes a las hegemónicas, los esclavizados actuaron en el pasado sin aceptar con resignación su “suerte”.

En este sentido no pretendo hacer una apología de la esclavitud ni desestimar que muchos esclavizados y libres fueron víctimas de explotación y violencia; en todo caso busco destacar que muchos de los planteamientos de Mintz y Price devuelven el papel de agentes que presionan por sus intereses a los sectores dominados, en determinados contextos históricos, y no legitiman las miradas que los convierten en masas oprimidas sin ningún impacto en la sociedad.

En suma, no obstante la existencia de un sistema que esclavizó a los africano-americanos, a su captura en África, a las crueles condiciones de su traslado a América, a la llegada a un territorio por completo desconocido, a la obligación de realizar determinados oficios bajo el poder de sus amos y a la necesidad de hablar nuevas lenguas y adaptarse a las

nuevas condiciones, los hombres y mujeres africano-americanos fueron capaces de llevar a cabo rebeliones abiertas contra el sistema, así como esfuerzos cooperativos que sentaron los cimientos de la cultura y la sociedad africano-americana.

Las formas de esclavitud en el continente americano presentan variaciones según el periodo temporal que se investigue, además de la producción y la importancia de la mano de obra esclavizada en cada lugar. Sin embargo, uno de los legados más importantes de la obra de Mintz y Price consiste en recordarnos que, en general, la forma como actuaron los sectores esclavizados dentro de este sistema no fue pasiva, por lo que es necesaria una visión más compleja de la realidad que nos permita superar el dualismo entre dominadores y dominados.

Cuarta parte: aplicaciones para el estudio de la población afromexicana

Como se ha mencionado en líneas anteriores, Mintz y Price buscaban realizar un manual que orientara los estudios sobre la cultura africano-americana. En los apartados anteriores se rescataron algunos de los elementos que considero como guías para realizar estudios sobre las sociedades africano-americanas. Sin embargo, existen dos preguntas que no he resuelto con la lectura de *El origen de la cultura africano-americana*.

En primer lugar, me pregunto si es posible aplicar este modelo de análisis a sociedades esclavistas diferentes a los casos más estudiados de esclavitud, como Jamaica, Santo Domingo, Surinam, Brasil y Estados Unidos. En la mayoría de los casos Mintz y Price apoyan sus argumentos con ejemplos de Surinam, Jamaica y Santo Domingo, acaso porque es allí donde cuentan con una mayor experiencia de investigación. Sin embargo, en otras zonas donde existen evidencias empíricas menos notorias para estudiar

la cultura africano-americana, ¿podríamos rastrear las adaptaciones, innovaciones, creaciones y transferencias de los africano-americanos?

A su vez, esta pregunta remite a otra sobre un caso específico: ¿cómo se desarrollarían estas estrategias metodológicas en contextos que no sean de plantación, sino en otros caracterizados por la esclavitud urbana, la participación en milicias y el mestizaje, como en el caso de Nueva España?

A fin de dar respuesta a ambos cuestionamientos resulta indispensable involucrar algunas variables para estudiar las sociedades africano-americanas en lugares del continente diferentes al Caribe, Brasil y Estados Unidos. Éstas son la existencia de grupos indígenas, las formas de producción distintas a la plantación y el mestizaje, que volvió aún más confuso el sistema de clasificación de las “castas” en esas sociedades coloniales.

La colonización en el Caribe se caracterizó por la temprana desaparición de los grupos indígenas que poblaban el territorio, debido a las epidemias y a otras razones. Por este motivo es comprensible que Mintz y Price no incluyeran en su análisis la existencia de indígenas en las sociedades coloniales. En contraste, en varios lugares del continente, en especial en Nueva España, la población indígena sufrió una caída demográfica enorme durante el siglo *xvi*, pero se mantuvo en el *xvii* y se recuperó hacia el *xviii*. Aun así, en el territorio novohispano los grupos indígenas fueron la población mayoritaria a lo largo de los tres siglos de dominación hispánica.

La existencia de población indígena no es sólo un dato demográfico interesante, sino que nos muestra la complejidad de la sociedad colonial novohispana y la necesidad de analizar aspectos que no figuran en el libro, como las relaciones entre indígenas y africano-americanos, los intercambios culturales entre ambos grupos y

la mediación de lo indígena en la creación de las sociedades africano-americanas. Lo anterior no significa que sea necesario clasificar los rasgos culturales entre indígenas, africano-americanos y europeos y diferenciarlos entre sí. Por el contrario, la importancia de la población indígena en algunas sociedades coloniales hace que resulte fundamental involucrar su papel en los procesos de creación e innovación de los africano-americanos con variables específicas de tiempo y espacio.

En las orientaciones teóricas y metodológicas de los autores la mayoría de los ejemplos parten de la existencia de economías de plantación. Sin embargo, a diferencia del Caribe y Estados Unidos, estas formas de producción fueron minoritarias y primaron otras formas de esclavitud más ligadas con la servidumbre urbana y la minería. En específico, en el caso de Nueva España es posible identificar que las economías de plantación sólo existieron en regiones como Veracruz y Morelos, y la mano de obra esclavizada se desempeñó en otros sectores, como la minería y la servidumbre doméstica, entre otros. Estas diferentes formas de esclavitud determinaron la creación de sociedades que no estaban del todo jerarquizadas, hicieron que las relaciones entre europeos, indígenas y afrodescendientes adquirieran formas diferentes y que, dado el mestizaje y el constante intercambio entre amos y esclavizados, no fuera tan visible una cultura africano-americana diferenciada de los demás sectores. De ahí la referencia que hacía con anterioridad, a que tal vez no sea posible hallar en todos los casos evidencia empírica que nos permita hablar de la creación de una cultura africano-americana.

Por último, la cuestión de las formas de producción nos remite a un aspecto fundamental que no se aborda en la obra de Mintz y Price: la existencia del mestizaje en todos los países latinoamericanos. La presencia de una importante

población indígena, el contacto sexual entre europeos, africanos y afrodescendientes, así como la inexistencia de una sociedad donde los amos, los esclavos y los indígenas estuvieran aislados entre sí, fomentaron el mestizaje y la aparición de sectores ambiguos para la “esclavocracia” ideal de libres y de “castas”, que no podían ser clasificadas con facilidad por las autoridades coloniales. En el caso de Nueva España es posible observar que, para el siglo *xviii*, estos sectores mixtos denominados “castas” fueron la segunda población en términos demográficos, sólo después de los indígenas, y estuvieron sujetos a diferentes clasificaciones y padrones para identificar su estatus en la sociedad colonial. En este sentido la existencia de numerosos sectores intermedios, y de mestizos con posiciones ambiguas en el sistema colonial, pone de nuevo en dificultades la posibilidad de entender la sociedad a partir de esclavos y amos, y más aún de encontrar una cultura africano-americana diferenciada, tal como la de los saramaka de Surinam.

Con lo anterior no pretendo negar la existencia de una cultura africano-americana en México ni en otros contextos latinoamericanos; tan sólo considero que su estudio debe involucrar más variables que las señaladas por Mintz y Price y contemplar un análisis más complejo que incluya la alta presencia indígena, el mestizaje y las diversas formas de producción que caracterizaron los tres siglos de dominación hispánica en varias regiones de América.

El estudio de las sociedades africano-americanas ha sido abordado desde diferentes enfoques que han marcado los análisis de las ciencias sociales a lo largo del siglo *xx*. Tales enfoques han permitido llegar a conclusiones enriquecedoras o han sido replanteados para entender de manera diferente los datos que se han encontrado. En el caso de *El origen de la cultura africano-americana* estamos

ante una propuesta vigente sobre cómo abordar los procesos de creación cultural de los afrodescendientes en América y cómo hacerlo con base en la complejidad de cada caso de estudio. Por esta razón, de nuevo celebro la traducción de este clásico para la antropología y para la historia, y espero que cada vez más investigadores, estudiantes y profesores lo incluyan como una lectura obligada.

•••

Gilberto López Castillo, Cuauhtémoc Velasco Ávila y Modesto Aguilar Alvarado (coords.), *Etnohistoria del ámbito posmisional en México: de las reformas borbónicas a la Revolución*, México, INAH (Historia, Logos), 2013

Gilda Cubillo Moreno*

La mayoría de los antropólogos e historiadores de nuestro país ha centrado su atención en el estudio de Mesoamérica, lo cual hace indispensables investigaciones como las que condensa esta antología, que abren nuevos horizontes a la comprensión de la naturaleza y la diversidad de los grupos étnicos originarios del norte del país, sus culturas, identidades, territorios, actuaciones, interacciones, persistencias y cambios frente a las políticas y agentes del sistema de dominio colonial, del gobierno liberal en el México independiente y de la época porfirista.

En esta obra colectiva se reúne una selección de 12 trabajos de especialistas de diversas dependencias del INAH: "La Dirección de Estudios Históricos, los centros regionales de Sonora, Jalisco, Coahuila, Chihuahua y Sinaloa; así como de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de Chihuahua. También [...] de la Universidad Autónoma de Baja

* Dirección de Etnohistoria, Coordinación Nacional de Antropología, INAH

California Sur, la Universidad de Guadalajara, la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, la Universidad Autónoma de Sinaloa, el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y el Archivo Histórico de Nuevo León".

Sus contenidos ofrecen renovadas perspectivas y contribuciones –la mayoría fundamentadas en el análisis de abundantes fuentes históricas– acerca de lo que sus autores han denominado "el ámbito posmisional", que abarca desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta comienzos del XX en "territorios preponderantemente norteños, que durante buena parte del periodo colonial fincaron el desarrollo de las comunidades indígenas en las misiones, tanto jesuitas como franciscanas, dominicas y agustinas" (pp. 11-12).

Los trabajos brindan valiosas aportaciones sobre temáticas comunes o particulares relacionadas con la diversidad regional y los procesos que experimentaron los grupos étnicos del norte en la antigua California, Sonora, Coahuila y Sinaloa, y en algunos otros lugares del occidente de México como Jalisco y Michoacán, que comprenden diversas experiencias misioneras, los momentos de cambio y las problemáticas enfrentada por los pueblos originarios, los religiosos y las autoridades civiles en diferentes etapas y en torno a asuntos cruciales como la secularización eclesiástica, la tierra, la legislación, el poblamiento, los bienes de comunidad o las rebeliones indígenas. Por el interés que representa cada artículo o ensayo, a continuación presentaré una breve reseña de cada uno.

La primera de las cuatro partes del libro, subtitulada "Etnohistoria y ámbito posmisional", consta de dos colaboraciones. En su ensayo comparativo "La frontera misional novohispana a fines del siglo XVIII. Un caso para reflexionar

sobre el concepto de misión", José Rufino de la Torre Curiel aporta un nutrido balance historiográfico sobre el estado de la cuestión y un amplio y sólido fundamento científico, a fin de caracterizar y distinguir en toda su complejidad un ámbito misional de uno posmisional. Por los referentes clave que brinda y el amplio panorama interpretativo ofrecido, este será uno de los trabajos en que me extenderé un poco más.

El autor advierte que no existió un proyecto único ni homogéneo de misión para todo el septentrión novohispano. Entre los principales factores de lo anterior destacan la diversidad de los pueblos del norte –entre ellos los indios pueblo, mayos, yaquis, ópatas, pimas, guazapares, guarijios, acaxeos, xiximies, tarahumaras o rarámuris, tepehuanes, cahitas, eudeves, apaches, comanches y pames–, además del traslado de indios tlaxcaltecas a lugares como Zacatecas y Coahuila. También hace notar que los proyectos misionales se diferenciaron por los contrastes en sus medios geográficos, los distintos recursos, los objetivos prioritarios de cada orden religiosa y sus estrategias particulares. Por encima de las diferencias, De la Torre Curiel propone que la misión, en tanto "institución de frontera", como "pueblos de indios administrados por religiosos" (p. 25), debe entenderse no sólo por su labor evangelizadora, sino como "un hecho de poblamiento hispano", de "apropiación de un espacio", que igualmente tuvo como fines y funciones primordiales comunes "congregar a una población dispersa [...] propiciar el intercambio cultural, asegurar territorios, frenar avances enemigos, activar la economía de una zona y abastecer trabajadores para áreas vecinas" (p. 62).

Además, opina que las misiones evolucionaron desde "la etapa de expansión misional sostenida hacia el norte de la Nueva España [...] señalada por la llega-

da de los franciscanos a Nuevo México en 1582 y la de los jesuitas a Sinaloa, Sonora y la Tarahumara a partir de 1591" (p. 30). No faltaron serios conflictos entre frailes, indios, pobladores hispanos, autoridades civiles y militares, hasta alcanzar un estado de crisis a finales del siglo XVIII, frente a la inversión en la composición poblacional con el crecimiento mayor del componente demográfico español y la inserción de sus habitantes en una dinámica ajena al control de los frailes. Esto agotó los propósitos del proyecto fundador de una parte importante de las misiones, circunstancias que derivaron en la secularización de sus poblados. Otro factor fue la suerte de las misiones en las sierras tarahumara, tepehuana y nayarita, donde prevaleció la población indígena hasta las postrimerías coloniales, y donde los frailes fracasaron en sus intentos de que las etnias originarias abandonaran sus antiguas creencias y prácticas religiosas, sin tampoco lograr que adoptaran a plenitud la lengua española ni el régimen social y de trabajo ajenos (pp. 56-57, 60).

En su ensayo "Etnogénesis y etnocidio. La suerte de los pueblos nómadas en las Provincias Internas de Oriente en el siglo XVIII", Cuauhtémoc Velasco Ávila presenta algunas hipótesis respecto a la fortaleza o debilidad de las identidades de los grupos étnicos del noroeste y a la persistencia de algunos en el tiempo o a la disolución de otros. Al respecto, alude a la enorme diversidad de grupos nómadas y a los múltiples nombres con que se distinguían, parte de los cuales dejaron de ser mencionados en los documentos conforme transcurría el siglo XVIII, lo cual presupone su dispersión. En cambio, otros más continuaron apareciendo en la documentación a lo largo de ese siglo. Para sustentar su análisis, Velasco recurre al concepto de "etnogénesis", "que en resumen alude esencialmente a la emergencia de pueblos o sujetos sociales que

se autodefinen en relación con una herencia sociocultural compartida" (p. 75) y se sustenta, a su vez, en el concepto de "etnocidio", definido por Pierre Clastres como "la destrucción sistemática de los modos de vida y de pensamiento de gentes diferentes a quienes llevan a cabo la destrucción", es decir, a la destrucción de su cultura (p. 76). En la historia de las relaciones interétnicas –en especial de carácter asimétrico, es decir, entre pueblos sometidos y aquellos que han ejercido la dominación– ambas categorías y sus realidades deben entenderse en su interdependencia (p. 77).



Al enfocarse en particular en los apaches y comanches, destaca el impacto de la avanzada del poblamiento hispano en su territorio y en el hecho de que la misión formara una "parte [importante] de la política monárquica para el control de los indígenas, en que el etnocidio del nómada se justificaba por la evangelización y por la política del Estado". Entre los apaches se contaban los mezcaleros, orgullosos e inflexibles a negociar con los españoles, distribuidos con diferentes nombres y distintas divisiones en Coahuila, Nueva Santander, Nueva Vizcaya y Nuevo México, en tanto que

la nación comanche era famosa por su peligrosidad, por la eficacia de sus estrategias y negociaciones y por su acción unitaria frente a los españoles, y que con mayor diversidad de apelativos se encontraba asimismo en Nueva Santander y Nuevo México, además de Nuevo León y Texas (pp. 82-84).

Es oportuno destacar que Velasco Ávila abre su texto con la advertencia de que "las identidades étnicas cambian con el tiempo [y que] la etnohistoria finca su razón de ser en el estudio de los pueblos indios de épocas remotas mediante fuentes históricas" (p. 73), a más de que dicha disciplina busca, entre sus principales fines, explicar los aspectos comunes o diferenciados de sus procesos y responder a la realidad pluricultural, los conflictos y los movimientos radicales de origen étnico del México de hoy. Esto implica –nos dice– romper con la idea preconcebida que negó como protagonista al nativo americano y desmantelar el enfoque unívoco del desarrollo. A partir de estas bases el autor busca mostrar cómo en un determinado universo temporal y territorial de pueblos nómadas, en el que fue el noreste novohispano, se experimentaron procesos que dieron lugar a "la construcción de identidades fuertes que lograron, al menos de momento, superar la difícil relación con los occidentales, mientras que numerosos pueblos sucumbieron a las presiones para acceder a los recursos que por tradición explotaban" (pag. 74).

La segunda parte del libro, "Misiones, secularización y reformas: estudios de caso en épocas de transición", consta de tres trabajos: el de Gilberto López Castillo se enfoca en dos rebeliones indígenas verificadas en el antiguo territorio de indios cahitas. Una de las rebeliones, en 1740, fue multiétnica, acaecida en el contexto de la justificada sublevación yaqui, llamada así por tener como epicentro a los pueblos asentados en las márgenes del río del mismo nombre, con la participa-

ción de los indios mayos y fuerteños de las misiones y de los eudeves y apaches en determinados momentos. Se trató de una rebelión casi desconocida en su historia, que por causas como el trabajo forzoso y sin paga en las misiones y la usurpación de sus tierras, “en buena medida trastocó el proceso de poblamiento español” en las provincias de Ostimuri, Sinaloa y Sonora, por ser la más violenta desde los tiempos de la conquista. La otra ocurrió en 1769 en los pueblos de la jurisdicción del Río Fuerte, al noroeste, que tuvo como centro la ex misión de Charay, en la provincia de Sinaloa, con la concurrencia de indios de varias ex misiones jesuitas. Allí el poblamiento del territorio también resultó un factor primordial vinculado con la tradición de lucha de los indios fuerteños por conservar sus tierras comunales, además de otras causas como los traslados masivos de trabajadores indios a California, reclutados de manera forzada, y la imposición de tributos, situación que se agudizó con la presencia del visitador José de Gálvez, representante de la política reformista borbónica.

En su artículo “Villa Unión: entrada a las misiones franciscanas de Río Grande”, Juana Gabriela Román Jáquez se encarga de explicar cómo ocurrió el poblamiento del norte de Coahuila, en especial en torno del río Grande, y las dificultades que enfrentaron los franciscanos para establecerse y consolidarse desde el siglo *xvi*, ante la resistencia de los grupos nómadas. Para el siglo *xviii* refiere a la fundación de presidios militares para apoyar el débil sistema misional en la larga empresa colonizadora de la región. Su autora destaca también cómo los mandos militares aprovecharon la fragilidad de las misiones para apropiarse de sus tierras, mediante la creación de grandes haciendas cerealeras y ganaderas, entre las que destacaron las de los Garza Falcón y los Sánchez Navarro.

El enfrentamiento entre autoridades eclesiásticas y civiles fue un problema frecuente en la historia colonial de las localidades, en especial en la época borbónica, que con sus reformas “marcó una ruptura en el orden político tradicional [...] del poder [con la intención de] establecer el predominio absoluto de la monarquía [...]” (pp. 137-138). Este asunto lo abordan Wilfrido Llanes Espinoza y Gilberto López Castillo en su trabajo “Excomuniación y antirregalismo en la subdelegación de Sinaloa a fines del dominio español”, desde un estudio de caso sobre un proceso judicial iniciado en 1800 en San Miguel Mocorito, misión jesuita de la provincia de Sinaloa secularizada en 1767. Este lugar era entonces un “populoso vecindario de rancheros españoles”, de donde se narran los hechos y se describen los “roles” de actores sociales, como el cura, el teniente, el subdelegado y una india. Con su descripción se ilustra la relación de las potestades eclesiástica y judicial del lugar, donde se agudizó –como en otros lugares– la pugna entre el poder del Estado y el de la Iglesia, en especial contra el clero parroquial. Todo comenzó cuando “una mujer [la india Serafina] corría asustada y que en un alto repentino se introdujo en la casa cural” (p. 142).

La tercera parte del libro, “Los nuevos escenarios: representaciones, instituciones, legislación y participación armada”, se conforma de cinco colaboraciones que, con la excepción de la primera, son de carácter más general, se enfocan en el ámbito posmisional. El primer trabajo de esa sección, firmado por Érika Julieta Vázquez Flores, aborda el complejo proceso que da título a su artículo, “La construcción del indígena en el imaginario de los intelectuales del siglo *xix*”, tamizado por el conflicto jurídico-político entre las elites criollas para arrogarse el poder y en aras de crear un imaginario político, disputa que distinguió las décadas que prosiguieron a la consumación de la Independen-

cia. No obstante que todas las facciones coincidían en la idea de que los indígenas, si bien constituían la mayoría de los habitantes, no podían ser la base social de la nación en ciernes, el grupo que ocupara el mando tendría que “imponer las condiciones mínimas del ‘progreso’” y la forma en que debían participar los indios, que a su parecer eran moradores indeseables, para propiciar que se convirtieran en “auténticos ciudadanos”.

A mi entender, no todas las ideas sobre lo indígena por parte de los intelectuales del siglo *xix*, tanto liberales como conservadores, fueron tan originales como para abonar en la nueva construcción de un imaginario; varios de los criterios declarados por unos u otros reflejaban, hasta cierto punto, una continuidad de la ideología colonial (incluso anterior al pensamiento ilustrado de los Borbón). Aunque ya no estaban vigentes las Leyes de Indias, su posición era mucho menos sensible hacia los indios que la que tuvo en general la corona española desde los primeros tiempos coloniales, y sus ideas dieron cabida a un nuevo proyecto de nación moderna apoyado en los fundamentos que inspiraron el modelo liberal del nuevo Estado, al negar los derechos e identidades y destruir las estructuras corporativas de los pueblos originarios, de modo que, como destaca su autora, “la reducción de las tierras [indígenas] de comunidad a propiedad particular constituía el más eficaz sistema para asegurar mejores rendimientos” (pp. 161, 168), así como para responder a los intereses de los nuevos actores en el poder.

El siguiente artículo, “Las instituciones republicanas y los indios californios”, donde su autora, Rosa Elba Rodríguez Tomp, desafía al pasado desde el saldo del presente con la interrogante del subtítulo: “¿Eternos ‘menores de edad’ o ‘ciudadanos?’”, da una cuenta pormenorizada del difícil y lento proceso de colonización y en buena medida de los

infructuosos esfuerzos de los misioneros jesuitas primero (durante 70 años) y después, por un periodo más corto, a cargo de franciscanos y dominicos, empeñados en el proyecto colonial civilizatorio que representaron, en su afán de evangelización, sedentarización y organización de las bandas nómadas, en medio de un territorio de extrema aridez. En aquel escenario hostil, la autora da cuenta de las pugnas y la condición ambigua entre indios gentiles o insumisos y los indios de misión, de las rebeliones indígenas que terminaron por extinguir algunas misiones, de los conflictos entre autoridades civiles y religiosas antes y después de la guerra de Independencia, en especial ante la postura del gobierno liberal de considerar inútil la labor misional, postura bajo la cual subyacían sus intereses económicos y políticos. También aborda las pugnas entre conservadores y liberales y sus efectos en la región. La autora plasma el discurso asumido por los liberales, que consideraba la acción de las misiones nociva al atribuirle el atraso de los indios, perorata que solapaba su interés por apropiarse del territorio y las ambiciones de los nuevos colonos.

En su voluntad de extinguirlas, los liberales responsabilizaron a las misiones de la pobreza y marginación de los indios, ya que sostenían que su situación mejoraría si se les reconocía la calidad de ciudadanos. Este supuesto de las nuevas leyes mexicanas de "la igualdad de los indígenas como ciudadanos" en realidad no hizo más que favorecer "que perderan su identidad étnica y se incorporaran a la sociedad bajacaliforniana en calidad de rancheros o campesinos" (p. 184). Sin embargo, ni esta medida ni el reparto de tierras fueron la solución para los naturales californios, quienes en su mayoría no poseían las condiciones ni el interés de encargarse de las labores agrícolas, situación que favoreció la privatización y ocupación de su territorio.

En su trabajo "La legislación buelnista contra la tenencia comunal de la tierra y sus consecuencias. Sinaloa durante la República Restaurada", Rigoberto Rodríguez Benítez abunda en los efectos nocivos de la legislación liberal en la desmancomunización de la propiedad indígena de la tierra en la región sinaloense, al recuperar para el presente la activa participación política de los indios comuneros de las antiguas misiones ante aquella compleja y crítica situación. Entre los más graves efectos que sufrieron las comunidades indígenas de Sinaloa a consecuencia de la aplicación de la Ley Lerdo y de la legislación local derivada de la primera, el autor destaca que con la implantación de la propiedad privada y la inherente desamortización de sus tierras para abrirlas a la explotación comercial, los indios fueron despojados de éstas y arrojados a una situación por demás crítica. Estas leyes y medidas afectaron hasta tal punto a las comunidades indígenas de esa provincia, que aun cuando habían tenido una participación destacada en el movimiento liberal, con desilusión y resentimiento cambiaron su orientación política al responder a los llamados de Porfirio Díaz para actuar contra la reelección de Lerdo de Tejada y se unieron a los rebeldes tuxtepecanos.

Enseguida aparece el trabajo de Raquel Padilla Ramos, "El trato de la trata. Algunas consideraciones en torno al uso de los conceptos legales para la deportación de los yaquis", en el cual expone las justificaciones jurídicas del porfiriato para realizar la conocida infamia de la salida forzada de los yaquis de Sonora deportados a la península de Yucatán, hecho que compara con la acción contra los mayas de aquella misma península durante la guerra de castas, quienes a su vez eran vendidos. La conclusión de la autora es categórica al afirmar que el pago que la Secretaría de Marina recibía por cada indio yaqui deportado "y la exis-

tencia de abuso y maltrato físico en las haciendas henequeneras, nos conduce a pensar que se trató de tráfico humano o, lo que es lo mismo, *esclavitud*" (p. 220).

Lo sigue el artículo "Los yaquis en el movimiento constitucionalista, 1913-1914", de Ana Luz Ramírez Zavala, quien presenta la colaboración de los propios yaquis en ese movimiento y en aquel momento, para lo cual convergieron las reivindicaciones de la etnia con los objetivos de varios caudillos revolucionarios, con lo que su participación se tornó relevante a escala nacional.

La cuarta y última parte del libro, intitulada "Los indios en espacios marginales del occidente novohispano", consta de dos trabajos: el de María Isabel Marín Tello, "La república de indios de Nuestra Señora de la Asunción Parácuaro, 1787-1810" revela los sucesos acontecidos en esta población de Michoacán desde la instauración de las intendencias como parte de las reformas borbónicas hasta la guerra de Independencia. La repercusión de la Reforma se interpreta mediante los tributarios y su cuantificación, cuyos cobros y arrendamientos religiosos pasaron a la administración directa de la hacienda virreinal, lo cual implicó un cambio en el estatus de los indígenas, quienes comenzaron a sufrir mayores efectos del mercado y fueron víctimas del creciente interés de los arrendatarios españoles por sus tierras.

Eduardo González Velásquez cierra el volumen con el artículo "Lo marginal de la Independencia de México. La isla de Mezcala y los indígenas atrincherados", con el que aporta el caso de un levantamiento indígena marginal, expresión de la complejidad de la guerra independentista y de las múltiples historias locales ocurridas en aquel contexto, donde los pobladores de la isla de Mezcala, en las márgenes del lago de Chapala, Jalisco, se levantaron en armas a causa de las presiones sobre sus tierras comunales y por el crecimiento de

las haciendas. Su movimiento trascendió por varios años y superó la derrota de los destacamentos dirigidos por el cura Hidalgo, gracias a la cohesión sociocultural y religiosa que caracterizó a este grupo indígena, según explica el autor.

Para concluir, me parece pertinente señalar la necesidad de continuar profundizando en el estudio de las distintas configuraciones, los diferentes procesos, formas de adecuación o resistencia de los grupos originarios del norte de México frente al colonizaje español y sus diferentes agentes o frente a la política liberal de

los tiempos independientes, para entender de qué manera y sobre qué bases actuó históricamente cada una de aquellas etnias en la autodefensa de sus identidades culturales, sus territorios y sus recursos, así como para favorecer su propia preservación a modo de integridades étnicas o, en su caso, para explicar las causas por las que otras más se extinguieron.

Al ir respondiendo a estas y otras interrogantes no sólo se contribuirá a su caracterización y comparación en el pasado y en el presente; además, de esta manera tendremos una visión cada vez más clara

y amplia de la diversidad y del material humano con que se ha conformado y se constituye nuestra nación en aquellas latitudes. Con los fundamentos que sienta la obra aquí comentada y las investigaciones futuras será posible contribuir, asimismo, a fomentar un verdadero y respetuoso diálogo intercultural, a la vez que, con la auténtica participación de los grupos étnicos norteros sobrevivientes, se formulen y apliquen políticas encaminadas a la salvaguarda de su patrimonio cultural y natural, además de planes de acción incluyentes para su desarrollo.

III CONGRESO MEXICANO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y ETNOLOGÍA

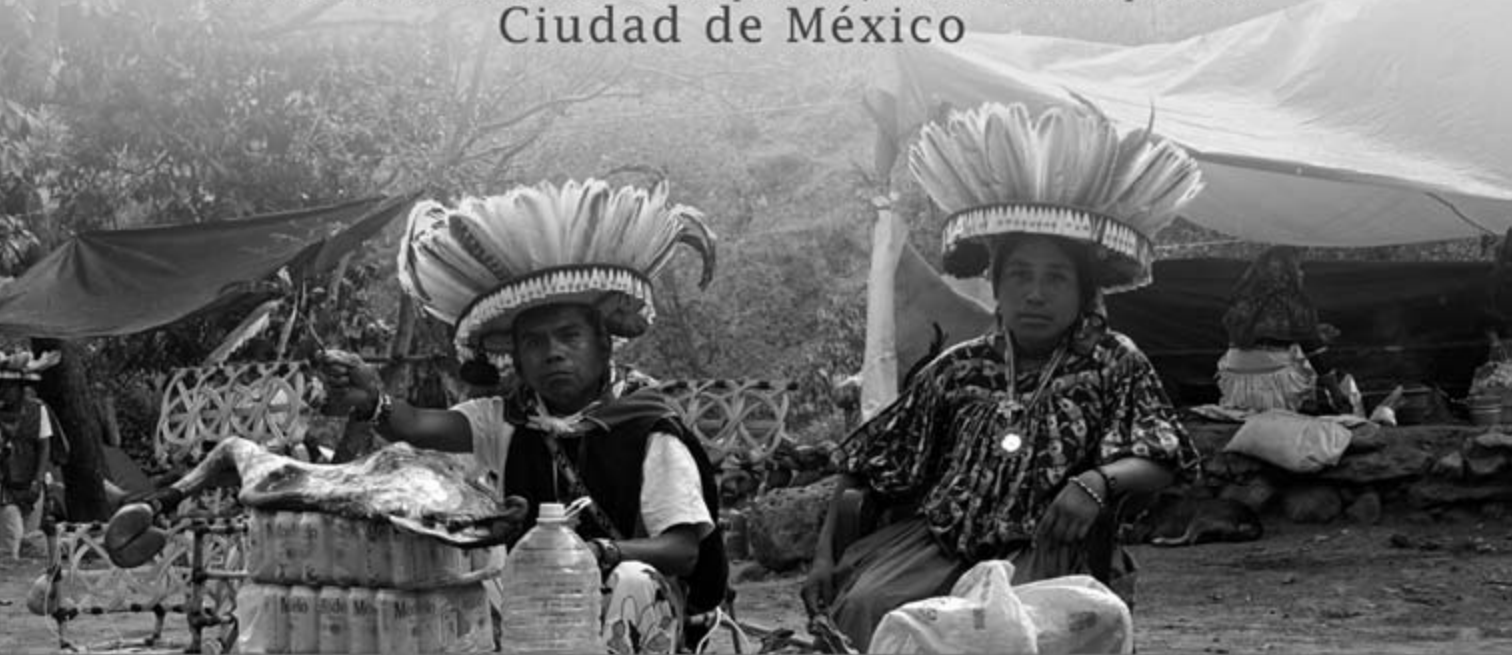
"Sociedades y culturas en transformación: nuevos debates y viejos derroteros en la antropología mexicana"

24 al 26 de
Septiembre de 2014

Sede del Congreso

Centro Cultural del México Contemporáneo / Palacio de la Inquisición

Ciudad de México



Informes: congresoantropologia.com • congresoantropologia2014@gmail.com



Congreso Mexicano de Antropología

El INAH en el Hay Festival,
Cartagena, Colombia

Desde hace 25 años, el Hay Festival, "Imagina el mundo", que esta vez se celebró en Cartagena de Indias, Colombia, ha reunido a los escritores más destacados del mundo para que dialoguen, compartan historias y hablen sobre los temas de sus libros. El Hay Festival se ha convertido en un espacio de encuentro entre escritores consolidados y jóvenes en el que durante varios días se reflexiona también sobre las problemáticas mundiales, en un ambiente festivo donde la música, la comida y las exposiciones de pintura y fotografía tienen un lugar destacado.

La literatura es la principal invitada, pero también se convoca a científicos, historiadores, músicos, actores, cineastas o ambientalistas dispuestos

a exponer las ideas que contribuyan a transformar el arte y la vida. El intercambio de puntos de vista, enfoques y preocupaciones enriquece a los participantes y al auditorio, al inspirarlos a pensar que los cambios y las transformaciones son posibles. Algunos lo han catalogado como el "Woodstock de las ideas".

El Hay Festival Cartagena de Indias 2014 se celebró del 30 de enero al 2 de febrero, con el lema "Imagina el mundo". Este año participaron, entre otros, Rosa Montero, Laura Restrepo, Irvine Welsh, Cees Nooteboom y Emmanuel Carrère. De México llegaron a Cartagena Gael García Bernal, Elmer Mendoza, Enrique Krauze, Juan Carlos Rulfo y, por primera vez, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con la participación de dos investigadores especialistas en el tema de la participación de los afrodescen-

dientes en México. El 2 de febrero María Elisa Velázquez, de la Coordinación Nacional de Antropología, y Carlos Ruiz, de la Fonoteca Nacional, ofrecieron una charla sobre las aportaciones culturales de las personas afrodescendientes en México y sus contribuciones en el pasado y presente de nuestro país.

Además, el INAH estuvo presente en el Hay Festival con la exposición fotográfica "Afrodescendientes de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca, México", con imágenes de Paulina García Hubard, José Luis Martínez Maldonado y Antonio Saavedra sobre bailes, danzas y vida cotidiana en las comunidades afrodescendientes de esta región de la costa del Pacífico, la cual estuvo abierta hasta finales del febrero en el Centro de Formación de la Cooperación Española, en el ex convento de Santo Domingo.



El Instituto Nacional de Antropología e Historia
A través de la Coordinación Nacional de Antropología y el
Programa Nacional de Investigación Afrodescendientes
y Diversidad Cultural

INVITA AL CURSO:

**Introducción a los estudios
sobre poblaciones africanas y
afrodescendientes en México**

del 6 de mayo al 12 de junio de 2014
Martes y jueves de 17:00 a 20:00 hrs

Informes: José Luis Martínez, orientacionac@hotmail.com tel. 4040 5400 ext. 4218
capacitacion2@yahoo.com te. 4040 5400 ext. 4251

Novedades editoriales



José Luis Moctezuma Zamarrón y Alejandro Aguilar Zeleny (coords.), *Los pueblos indígenas del noroeste. Atlas etnográfico*, México, INAH/ISC/INLI, 2013

En una colaboración entre el Instituto Sonorense de Cultura, el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas y el INAH, este minucioso atlas etnográfico dedicado a la divulgación de los pueblos indígenas del noroeste de México incluye más de 40 colaboraciones divididas en 12 capítulos, con 400 páginas y más de 400 imágenes.

...

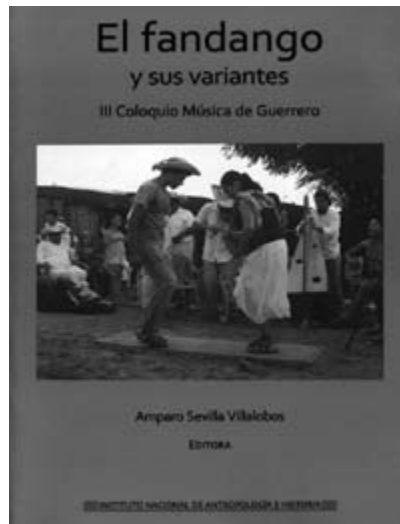
Alejandro Vázquez Estrada y Diego Prieto Hernández (coords.), *Indios en la ciudad. Identidad, vida cotidiana e inclusión de población indígena en la metrópoli*



queretana, México, INAH-Conaculta/Gobierno del Estado de Querétaro/Conacyt/UAQ/CONCYTQ, 2013

Este volumen colectivo es fruto de la colaboración de diversas instituciones públicas y académicas, tanto del ámbito federal como del queretano. El libro se compone de seis capítulos de diversos autores e incluye una rica sección gráfica con más de 60 fotografías de Alfredo Regalado y Antonieta González, destinadas a documentar la presencia indígena en la ciudad de Querétaro.

...



Amparo Sevilla Villalobos (ed. y prólogo), *El fandango y sus variantes*, México, INAH-Conaculta (Etnología y antropología social, Memorias), 2013

Este volumen reúne nueve aportaciones presentadas durante el III Coloquio Música de Guerrero, celebrado en octubre de 2010 y dedicado en específico al fandango como complejo cultural.

...

Leticia Reina y Ricardo Pérez Monfort (coords.), *Fin de siglos. ¿Fin de ciclos? 1810, 1910, 2010*, México, INAH/CIDHEM/CIESAS/Siglo XXI, 2013



Este volumen reúne más de 30 aportaciones de distintas disciplinas –historiografía, ciencia política, historia del arte, antropología y economía–, las cuales originalmente se presentaron en el coloquio con del mismo nombre celebrado en 2010 a instancias de la Dirección de Estudios Históricos del INAH y el CIESAS. La idea que articula estas aportaciones es la necesidad de considerar en toda su amplitud los procesos revolucionarios de 1810 y 1910, a fin de vincularlos con el contexto de 2010.

...



Catharine Good Eshelman y Laura Elena Corona de la Peña (coords.), *Comida, cultura y modernidad en México. Perspectivas antropológicas e históricas*, México, Conacyt/ENAH-INAH-Conaculta, 2013

Este volumen colectivo se compone de una introducción y 18 capítulos dedicados a investigar el modo en que la comida contribuye a la creación y reproducción cultural en México. Esta primera reimpresión, realizada dos años después de la primera edición, se debe al apoyo del proyecto “Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio”.

...



Edith Yesenia Peña Sánchez y Lilia Hernández Albarrán, *Entre saberes ancestrales y conocimientos contemporáneos. Las representaciones y prácticas curativas en Suchitlán, Comala, Colima*, México, INAH-Conaculta (Etnografía y antropología social, Enlaces), 2013

Esta obra examina y contrasta las representaciones y prácticas medicinales antiguas con las contemporáneas, al tomar como caso de estudio la comunidad de Suchitlán, en el municipio colimense de Comala. El volumen incluye un prólogo de María del Carmen Anzures, así como un ensayo de Óscar Valencia.

...

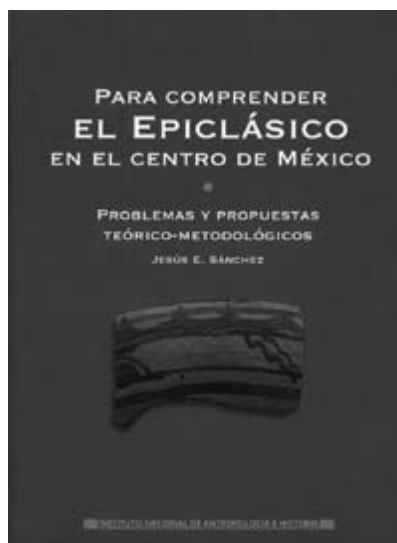


María Eugenia Sánchez Calleja y Delia Salazar Anaya (coords.), *Los niños. El hogar y la calle*, México, INAH-Conaculta (Historia, Logos), 2013

El volumen reúne 13 ensayos y una introducción. Los textos fueron resultado del III Coloquio que la Dirección de Estudios Históricos del INAH convocó en noviembre de 2009 para discutir el tema de la niñez.

...

Jesús E. Sánchez, *Para comprender el Epiclásico en el centro de México. Problemas*



y propuestas teórico-metodológicos, México, INAH-Conaculta (Antropología, Logos), 2013

Este libro es un minucioso estudio de más de 400 páginas sobre ese periodo y región durante la historia prehispánica, después de la caída de Teotihuacán, hacia el año 750 d.C. Se trató de una época marcada por la presencia de la cerámica Rojo sobre café, tradicionalmente designada como “Coyotlatelco”, una noción que el presente volumen considera desde un enfoque crítico.

...



Intervención. Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología, México, ENCRYM, año 4, núm. 8, julio-diciembre de 2013.

Tenemos el orgullo de informar que a partir de la edición anunciada aquí la revista internacional *Intervención*, editada por el INAH y la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, forma parte del Índice de publicaciones científicas del Conacyt. Recomendamos su lectura y felicitamos a su editora, Isabel Medina-González, así como a todo el personal que participa en el proceso de producción.

REDES SOCIALES

La Coordinación Nacional de Antropología cuenta con página web y distintas redes sociales en las que podrán encontrar información relacionada a sus investigadores, proyectos de investigación, eventos, cursos, diplomados, exposiciones, jornadas, coloquios, presentaciones de libros, publicaciones, convocatorias, videos, audios, entre otros materiales, así como noticias relacionadas con las ciencias antropológicas en México.

Visita nuestra página:

www.antropologia.inah.gob.mx



Coordinación Nacional de Antropología



@cnan_inah



CNAN INAH



cnanoficial



cnan-inah

Contamos con transmisiones de eventos académicos en vivo vía internet a los que puedes acceder mediante el seguimiento de nuestras redes sociales donde se indica la fecha, hora y dirección web de acceso.

Para mayor información pueden comunicarse con nosotros al teléfono 4040 5400 ext. 4232 o a la cuenta de correo: moises_lozano@inah.gob.mx

ACERVOS BIBLIOGRÁFICOS

**LAS BIBLIOTECAS SON DE QUIENES LAS CONSULTAN,
¡VISITA LAS BIBLIOTECAS DEL INAH!**

Biblioteca Miguel Othón de Mendizábal, de la Dirección de Etnología y Antropología Social.

La Coordinación Nacional de Antropología invita a investigadores, estudiantes y al público en general a visitar la Biblioteca "Miguel Othón de Mendizábal", de la Dirección de Etnología y Antropología Social, en la que podrán consultar colecciones sobre etnología, etnografía, antropología, antropología médica, antropología social e historia.

Actualmente, ponemos a disposición de nuestros visitantes:

- Catálogo en línea
(bibliotecas.inah.gob.mx:8099/DEASLW11)
- Acervo posterior a 1940 (aproximadamente 7400 libros)
- Facsímiles de Códices
- Fondo reservado (hasta 1940)
- Obras de consulta
- CDS, audio y video cassettes
- Colección del seminario permanente de iconografía
- Fondo Weitlaner
- Publicaciones periódicas
- Colección INEGI

También ofrecemos servicios de consulta en sala, reprografía y préstamo interbibliotecario. El horario es de lunes a viernes de 9:00 a 15:00 horas, y tienen convenios de préstamo interbibliotecario con 35 instituciones.

La *Biblioteca Miguel Othón de Mendizábal* se encuentra en las instalaciones de la Coordinación Nacional de Antropología. Para mayor información pueden comunicarse con el Lic. José Nava, responsable de la Biblioteca, al teléfono 4040 5400 ext. 4365 y a la cuenta de correo electrónico: deas_biblioteca@inah.gob.mx



LINEAMIENTOS EDITORIALES PARA COLABORAR EN DIARIO DE CAMPO, TERCERA ÉPOCA
Publicación periódica de la Coordinación Nacional de Antropología-INAH

En su tercera época, la revista *Diario de Campo* publicará artículos compilados de acuerdo con criterios temáticos y sujetos a dictamen. En este marco queremos darle voz a la comunidad de investigadores de las diversas disciplinas de la Coordinación Nacional de Antropología, así como a los especialistas y estudiosos de la antropología y la historia. Invitamos a los colegas a enviarnos sus propuestas tanto de artículos, reseñas y noticias como de temas para los números futuros de la revista o para los suplementos que aumentarán la cobertura de la publicación. A fin de facilitar su dictamen, solicitamos atentamente que toda propuesta de colaboración se ciña a los siguientes criterios editoriales:

1. Sólo se recibirán colaboraciones inéditas en forma de artículos, reseñas y notas sobre proyectos de investigación antropológica elaborada por investigadores del INAH y estudiosos de temas relacionados con la antropología y la historia.
2. El texto se presentará en archivo Word, con interlineado de espacio y medio, sin formatos especiales ni plantillas. La fuente será Arial en 11 puntos, con título en altas y bajas. El nombre del autor incluirá una llamada al pie, con asterisco, en la que se indique su adscripción o institución académica de procedencia, junto con su correo electrónico.
3. Las notas a pie de página sólo serán de carácter aclaratorio. En caso de aparecer una sola se empleará un asterisco. Si su número es mayor, se utilizará numeración arábiga progresiva.
4. Las referencias o bibliografía consultada se citarán al final del escrito en orden alfabético, de acuerdo con los apellidos de sus autores. Se observará el siguiente formato:

a) Para artículos:

Apellidos, Nombre del autor, "Título del artículo", en *Nombre de la publicación*, Ciudad, Editorial o Institución editora, vol., número, periodo que abarca, año, páginas consultadas.

b) Para libros:

Apellidos, Nombre del autor, *Nombre de la obra*, Ciudad, Editorial (Nombre de la colección, número), año, páginas consultadas.

c) Para capítulos de libro:

Apellido, Nombre del autor, "Título del capítulo", en *Nombre de la obra*, ciudad, Editorial, años, páginas consultadas.

d) Para tesis:

Apellido, Nombre del autor, "Título de la tesis", grado y especialidad obtenida, Ciudad, Institución académica, año, páginas consultadas.

e) Cuando se trate de un códice, otros documentos u obras sin autor, el nombre de éstos ocupará el lugar del autor y se resaltarán mediante cursivas. Ejemplo: *Códice de Dresde*.

5. Los artículos científicos, que forman el cuerpo principal de la revista, tendrán una extensión de entre 15 y 25 cuartillas. Las reseñas analíticas podrán ser sobre libros, documentales, música o exposiciones recientes vinculadas con nuestras disciplinas, con una extensión no mayor de 10 cuartillas.
6. Las notas sobre coloquios, congresos y otras actividades académicas no podrán exceder las 5 cuartillas.
7. Las imágenes incluidas en los textos deberán ir acompañadas de sus respectivos pies de foto, los correspondientes créditos de autoría, año y procedencia. Los trámites de permiso de su uso recaerán en los colaboradores que las utilicen.
8. Además de observar los permisos de uso, las fotografías y otras imágenes incluidas deberán ser enviadas en formato .tif o .jpg, en resolución de 300 dpi y tamaño media carta.

Las colaboraciones deberán ser remitidas a la Subdirección de Extensión y Coordinación Académica de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, a las cuentas de correo electrónico revista.cnah@inah.gob.mx y orientacionac@hotmail.com, o a la dirección Av. San Jerónimo 880, Col. San Jerónimo Lídice, México, Distrito Federal. Para mayor información, favor de comunicarse al teléfono 4040 5400, ext. 4219.

Consejo editorial de *Diario de Campo*

Marzo de 2014

Coordinación Nacional de Antropología

www.antropologia.gob.mx

recuento

Proyecto "Etnografía de las regiones indígenas de México en el nuevo milenio" 4

Cittalli Quecha Reyna / Karla Peniche Romero

A tres décadas de la muerte de Posada: estudio de un catálogo 9

Denise Hellion

enfoques

Ciento cuatro años de antropología mexicana 16

Luis Vázquez León

Las antropologías mexicanas y el multiculturalismo 25

Francisco Javier Guerrero

diálogos

Diario de Campo: una revista para hacer comunidad.

Conversación con Gloria Artís 30

Óscar de Pablo

precursores

In memoriam 34

Presentación 38

A la sombra del árbol pionero 39

Antonio García de León

El 68 no es un recuerdo 45

Margarita Nolasco

enimágenes

XV aniversario de *Diario de Campo* 50

reseñas, comentarios

Lourdes Báez Cubero, Gabriela Garret Ríos, David Pérez González, Beatriz Moreno Alcántara, Ulises Julio Fierro Alonso y Milton Gabriel Hernández García (coords.), *Los pueblos indígenas de Hidalgo. Atlas etnográfico*, México, Gobierno del Estado de Hidalgo/INAH, 2012 71

Ana María Salazar Peralta

Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*, México, CIESAS/UAM/UIA, 2012 73

Gabriela Iturralde Nieto

Sydney Mintz y Richard Price, *El origen de la cultura africano-americana. Una perspectiva antropológica*, México, CIESAS/UAM/UIA, 2012 75

María Camila Díaz Casas

Gilberto López Castillo, Cuauhtémoc Velasco Ávila y Modesto Aguilar Alvarado (coords.), *Etnohistoria del ámbito posmisional en México: de las reformas borbónicas a la Revolución*, México, INAH (Historia, Logos), 2013 80

Gilda Cubillo Moreno

preguntas

El INAH en el *Hay Festival*, Cartagena, Colombia 85

Novedades editoriales 86

Diplomados, cursos, seminarios, redes sociales y acervos bibliográficos

